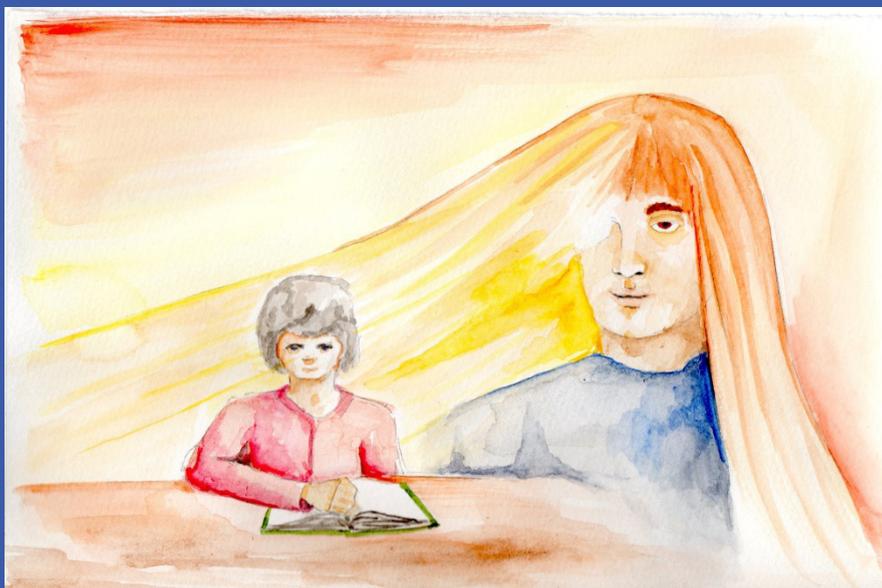
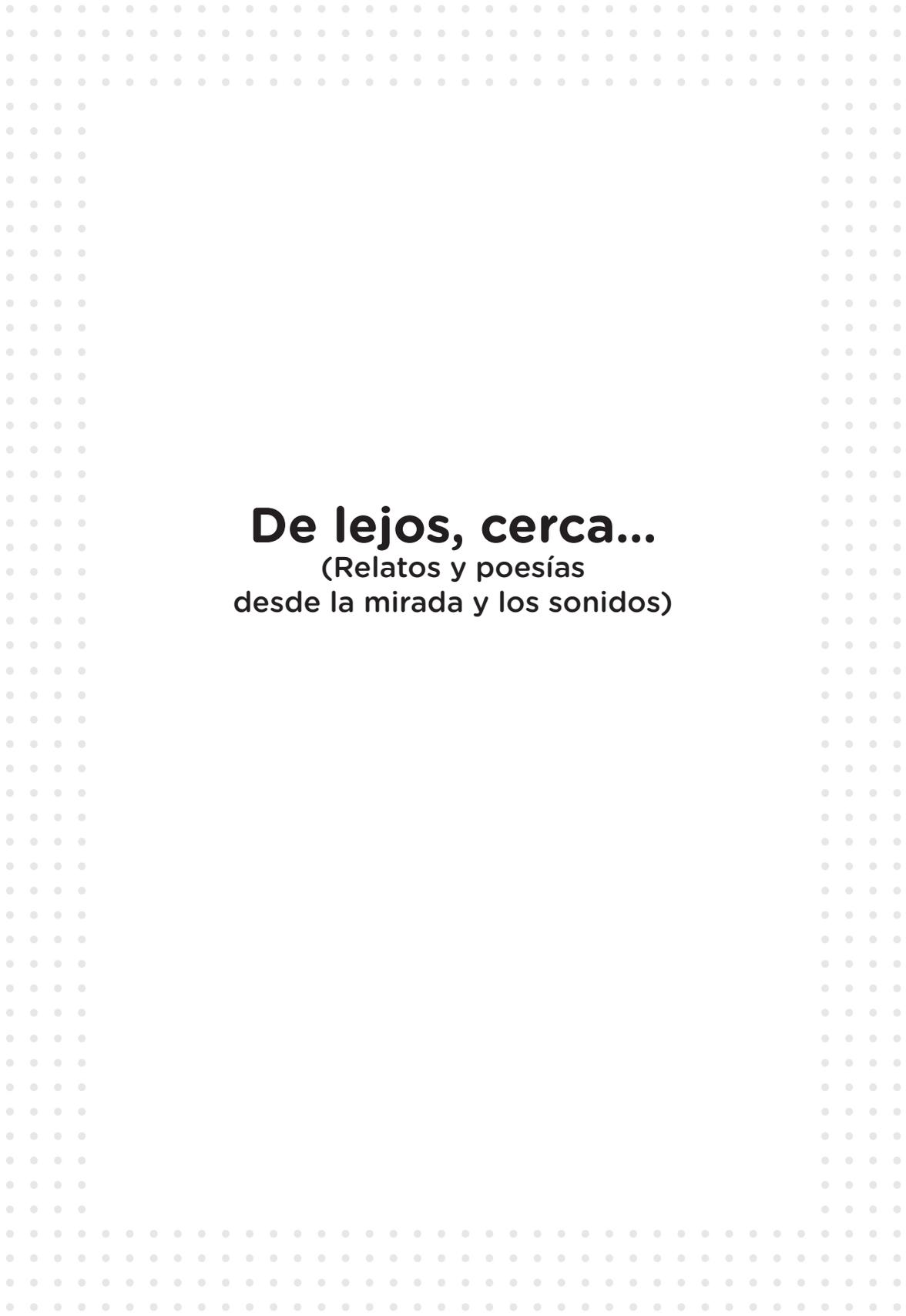


De lejos, cerca...

(Relatos y poesías
desde la mirada y los sonidos)



Antología 2021



De lejos, cerca...
(Relatos y poesías
desde la mirada y los sonidos)

ISBN - 978 - 987 - 3939 - 15 - 0

Diseño dibujo de tapa: Julián Villanueva - Docente de escenografía
- Centro Cultural Lola Mora

De lejos, cerca... (Relatos y poesías desde la mirada y los sonidos) /
Diego Lanis...(et al.) Coordinación general de Eugenio José López
- Editado por Eugenio José López - la ed, adaptada - Ciudad
Autónoma de Buenos Aires - Hylas 2021 - Libro digital, Otros. Ar-
chivo digital: descarga y online.

ISBN 978 - 987 - 3939 -15 - 0

1. Antología Literatura Argentina.

I. Lanis Diego. II López Eugenio José, coord..

CDD A860

2021 Editorial Hylas

Buenos Aires / República Argentina

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

editorialhylas@yahoo.com.ar

Celular: 1530069371

Esta publicación, incluido el diseño de la tapa, no puede ser reproducida,
almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea
eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin per-
miso previo por escrito del editor.

Jefe de Gobierno

Horacio Rodríguez Larreta

Vicejefe de Gobierno

Diego César Santilli

Ministro de Cultura

Enrique Avogadro

Subsecretaria Gestión Cultural

Viviana Cantoni

**Dirección General Promoción
del Libro, Bibliotecas y la Cultura**

Carla del Valle Artunduaga González

Gerencia Operativa Promoción Sociocultural

Juan Ignacio Retamal

Centros Culturales

La Casita de la Selva

Coordinadora: Gabriela Alonso

Lola Mora

Coordinadora: Lidia Colimodio

Roberto Arlt

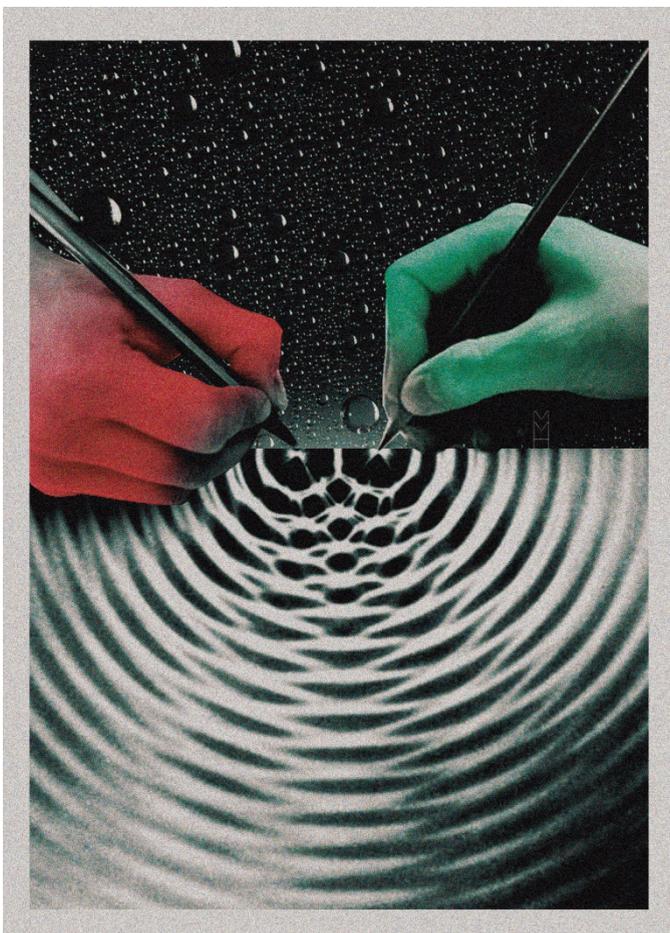
Coordinador: Mariano Ferreyra

Colegiales

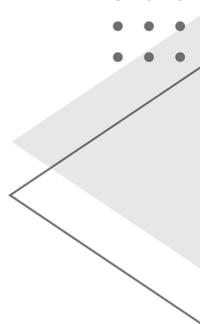
Coordinadora: Silvia Corfano

Lino Enea Spilimbergo

Coordinador: Walter Macri



**Mariana Hoffer - Docente de Artes Plásticas
Centro Cultural Lola Mora**



El encierro es espiritual, mental y no físico... me enseñó Rita, de 94 años, que participó durante todo el año en las diferentes actividades que propuso el **Programa Cultural en Barrios**. Único en su especie, por las personas que lo integran, ha demostrado una vez más como es posible adaptar una política pública a las diferentes situaciones sociales que suceden en nuestra comunidad.

Creado en 1984 con la vuelta de la democracia y con el fin de garantizar un derecho: el acceso a la cultura de manera descentralizada y gratuita en la Ciudad de Buenos Aires . Después de 36 años y con una pandemia que ninguno de nosotros podía prevenir, dejó claro que esto no iba a ser un impedimento para continuar cumpliendo con sus objetivos estando cerca de las y los vecinos/as.

No fue fácil pero el resultado nos muestra la importancia de la Cultura, como una herramienta de construcción ciudadana, como un puente para estar cerca de otras personas y como algo que nos define seres humanos.

Esta Antología es un ejemplo de ciento de propuestas que se realizaron de manera semanal durante todo el año. Talleres, eventos, producciones, muestras, encuentros, debates y un sinfín de mecanismos. que construimos para que para que cada uno/a desde su casa, pueda conectar de manera virtual con la Cultura y con personas de toda la Ciudad, del País, del Mundo.

Gracias a todos y todas. Estamos orgullosos/as del trabajo realizado. Gracias por elegirnos siempre y, a las que nos conocieron este año, esperamos que puedan continuar y ser parte de esta gran familia que hace más de tres décadas incentiva la participación ciudadana y transforma la vida cultural en cada barrio.

Juan Ignacio Retamal
Gerente Operativo Promoción Sociocultural





Un año tan particular, excepcional.

Arrancamos con las inscripciones y a pocos días de comenzarlas, aquel 20 de marzo, el ASPO nos marcó un antes y un después, ese después incierto: ¿cómo serían las actividades del centro cultural?, ¿cuánto tiempo estaríamos sin actividad?, ¿qué pasaría con el Covid 19 y nuestras vidas?, muchas preguntas, muchas aún perduran.

Pero, ante esa incertidumbre, algunos docentes reforzaron el contacto con los participantes del taller, vínculos afectuosos y de contención, pero luego en lo inmediato, como un impulso que no puede frenarse, empezaron a ofrecer propuestas de actividad por los medios digitales (WhatsApp, Facebook, mail). Las clases no podían desaparecer, el taller era necesario, el centro cultural estaba en lo virtual. Del otro lado, muchas personas esperaban el mensaje del docente, no era posible el aislamiento total, el distanciamiento de lo que nos gusta y necesitamos, el hecho artístico, como algo esencial del ser humano. Los docentes pasaron a ser esenciales con sus clases.

Hacia junio, el taller literario entró en una propuesta de prueba desde el Programa Cultural en Barrios, en la modalidad Zoom. Eugenio López -profesor del taller literario de los centros culturales Lola Mora, Colegiales, Lino Enea Spilimbergo, Roberto Arlt y la Casita de la Selva- fue seleccionado, por este último centro, para ofrecer las clases de su taller a través de la pantalla y Javier Giménez, nuestro promotor cultural, sería el anfitrión encargado de habilitar la sala de espera y dejar pasar a los participantes cada lunes a la tarde, para que Eugenio pudiera encontrarse con los asistentes en una clase y lograr cada vez, con una propuesta creativa, estimular la imaginación, el recuerdo, la inventiva de cada uno y generar la escucha profunda y concentrada de cada escrito. En ese momento lo virtual se vuelve sagrado, un momento de silencio, en una ceremonia de lectura, donde Javier va indicando, según un listado previo, el momento de cada tallerista y finalizada con un agradecimiento de parte de Eugenio. Quien lee, otorga al escrito un valor agregado en el decir, en su voz la que dice, la que entrega y comparte, en



un clima de confianza grupa su creación, sorprendiendo en originalidad, por ser única y propia.

Estas personas, talleristas, que desde sus casas, en algunos casos, con mucho esfuerzo, se sumaron a la virtualidad, esperan cada lunes poder conectarse para compartir en esa pantalla, verse y escucharse nuevamente. ¿Reemplaza la presencialidad? No, sabemos que no es lo mismo, sabemos que necesitamos del otrx cercano, ver y sentir su presencia, compartir en la charla, pero cada lunes a la tarde en esas pantallitas se juntan, se sienten cercanas, como un efecto de la imaginación, creamos y creemos en este taller del centro cultural, porque, como en la presencialidad, se produce el encuentro con la escritura, mucha, intensa, atravesada por la cuarentena, el aislamiento, el miedo y el deseo de salir. Aquí, de manera excepcional, quedan plasmados los escritos de esta particular época que nos toca vivir, para que, de manera agrupada en esta antología, nos sintamos más juntxs.

Agradezco a cada unx por haberlo hecho posible.

Gabriela Alonso

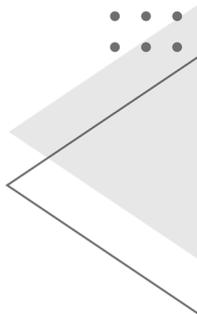
Coordinadora del Centro Cultural La Casita de la Selva



De cerca lejos, parece un juego de palabras; pero con el tiempo te das cuenta de que es mucho más, y ponés en foco la dimensión y contundencia de las palabras. En estos tiempos nos interpeló, nos hizo repensar. Quién hubiera imaginado que estaríamos tan lejos de la familia, de los amigos, conocidos, compañeros de trabajo, vecinos... Tan lejos del contacto con el otro, de la caricia, de los besos, del apretón de manos y tan cerca por la magia de la tecnología; gracias a ella pudimos reencontrarnos y encontrarnos con un mundo desconocido. Tuvimos que surfear las olas tecnológicas que nos permitieron estar de cerca lejos para subsistir.

Lidia Colimodio

Coordinadora Centro Cultural Lola Mora



Me han invitado a escribir una introducción para esta publicación virtual, para nosotros es un honor tener esta posibilidad y este espacio.

¡Hay que celebrar!

Es una época inédita, nunca antes vivida por nosotros ni nuestros padres, abuelos, nadie nos dijo cómo es, cómo hay que hacer...en este año de incertidumbres hemos transitado por todos los estados emocionales. De la angustia a la alegría, de la soledad a la compañía, festejamos el tiempo que teníamos para nosotros mismos hasta llegar a aburrirnos de nosotros, de la desazón a la esperanza!

Sin dudas un año de mucho aprendizaje, de sensibilidad y empatía, donde quedaron expuestas las situaciones más crudas de la desigualdad. Pero no todo es oscuridad y bajón, por suerte estamos rodeados de personas que nos acompañan en la distancia, en estas nuevas formas de abrazarnos y juntarnos a través de una pantalla, de un celular, donde Eugenio López abrió un espacio para la reflexión y la expresión, con otros tiempos para la escritura, sin apuro, con sentimientos y pensamientos para la creación y la comunicación. Por eso es que celebro la iniciativa y este espacio virtual infinito poder subir y publicar todas las producciones de un año que nos dejará un testimonio bien real.

Abrazos

Mariano Ferreyra

Coordinador del Centro Cultural Roberto Arlt





Imaginar y escribir es una vocación de los integrantes de este taller Literario del Centro Cultural Colegiales; y en este contexto diferente, desconocido; con el invaluable acompañamiento del profesor Eugenio López, surgen estos escritos que es un placer compartir.

Silvia G. Corfano

Coordinadora del Centro Cultural Colegiales





Frente a un año muy difícil, descubrimos que a través de la palabra todo se puede. Este reencuentro en la distancia hizo posible, que la Antología del Taller Literario 2020 se haga realidad. Gracias al profesor Eugenio López y a todos los que participaron, poniendo lo mejor de cada uno.

Walter Macri

Coordinador Centro Cultural Lino Enea Spilimbergo



Las palabras vibran, se entrelazan, se guarecen; nos invitan a acercarnos en la distancia, a recorrer con los otros un camino.

El arte nos convoca, nos iguala, nos libera.

Somos una multitud resguardada en la palabra y desde allí las voces se suceden, se esparcen, se disgregan; llegar al otro es un camino, un antes y un después.

De cerca, lejos – es la idea –

Quiero para mi gente

Quiero para mi gente

la luz de una palabra

que pueda acompañarlos

mucho más que un mensaje!

acercarle un sentido a sus manos

sumarme a sus desdichas,

regresar al principio

donde el tiempo recoge un fantasma de olvidos,

escribir en el suelo

una frase que eleve, todos aquellos nombres

que se fueron un día,

rescatar sus memorias mojadas por las lluvias,

presas contra las rocas que muerden las orillas,

rozándose en el aire como pájaros ciegos,

mirando con los ojos allá, desde el olvido;

quiero para mi gente

una historia sin miedos

sencilla, calurosa como el alma del fuego,

compartir la esperanza, ser parte de sus sueños,

olvidar los rencores, liberarles los pasos,

y así sin más razones

caminar junto a ellos.

Eugenio J. López

Docente Taller Literario



Agradecimientos

A las autoridades de la Dirección General Promoción del Libro, Bibliotecas y la Cultura

A Juan Ignacio Retamal - Gerente Operativo Promoción Sociocultural

A Gabriela Alonso - Coordinadora del Centro Cultural La Casita de La Selva

A Lidia Colimodio - Coordinadora del Centro Cultural Lola Mora

A Mariano Ferreyra - Coordinador del Centro Cultural Roberto Arlt

A Silvia Corfano - Coordinadora del Centro Cultural Colegiales

A Walter Macri - Coordinador del Centro Cultural Lino Enea Spilimbergo

A los alumnos que hicieron posible esta Antología con su participación

A Julián Villanueva - Docente del Taller de Escenografía del Centro Cultural Lola Mora - por su obra de tapa

A Mariana Hoffer - Docente del Taller Plástica del Centro Cultural Lola Mora

A Sergio Carrera - Docente del Taller de Historieta del Centro Cultural Lola Mora

A Roberto Lozano - Alumno del Taller de Plástica del Centro Cultural Roberto Arlt

A Analía Mario - Docente del Taller de Dibujo y Pintura del Centro Cultural Colegiales

A Silvana Padorno - Alumna del Taller de Fotografía del Centro Cultural Colegiales

A Marina Arévalo - Alumna del Taller de Fotografía del Centro Cultural Colegiales

A Gregoria Salto - Alumna del Taller de Plástica del Centro Cultural Roberto Arlt

A Elisa Palavecino - Alumna del Taller de Dibujo y Pintura del Centro Cultural Colegiales

A Dalia Hendler - Docente del Taller de Plástica del Centro Cultural Roberto Arlt - por la participación de alumnos de su Taller

A Agustina Sachetti - Docente del Taller de Fotografía del Centro Cultural Colegiales - por la participación de alumnos de su Taller

A Silvina Casco - Alumna del Taller de Fotografía del Centro Cultural Colegiales

A Sandra Meilich - Alumna del Taller de Fotografía del Centro Cultural Colegiales

A María Inés Quiroga - Alumna del Taller de Fotografía del Centro Cultural Colegiales

A Atilio Visconti - Alumno del Taller de Plástica del Centro Cultural Roberto Arlt

A Celia Carnelli - Alumna del Taller de Plástica del Centro Cultural Roberto Arlt

A Silvina Puppo - Docente del Taller de Plástica del Centro Cultural Lino Enea Spilimbergo

A Alicia Rellan - Alumna del Taller de Dibujo y Pintura del Centro Cultural Colegiales

A Mónica Lalo - Alumna del Taller de Dibujo y Pintura del Centro Cultural Colegiales

A José Paura - Alumno del Taller de Dibujo y Pintura del Centro Cultural Colegiales

A Jacinto Manso - Alumno del Taller de Fotografía del Centro Cultural Colegiales

A Ángeles Vidal - Alumna del Taller de Fotografía del Centro Cultural Colegiales

A Daniel Giuseppucci - Alumno del Taller de Plástica del Centro Cultural Roberto Arlt

A Franca Sapia - Alumna del Taller de Plástica del Centro Cultural Roberto Arlt

A Lidia Di Benedetto - Alumna del Taller de Plástica del Centro Cultural Roberto Arlt

A Mónica Rodríguez - Alumna del Taller de Plástica del Centro Cultural Roberto Arlt

A Susana Estruch - Alumna del Taller de Plástica del Centro Cultural Roberto Arlt

Carlos A. Quevedo
La persistencia de los objetos

El objeto puro, desprovisto de función o abstraído de su uso, cobra un status subjetivo. Se convierte en un objeto de colección” - Jean Baudrillard

Yo quería escribir una oda. Una oda especial e inflamada a un pedazo de riel. Quería hacerle un homenaje grande, majestuoso. La oda tendría que ser inolvidable y además no debía perder belleza a lo largo de los siglos. ¡Ese riel forma parte de la historia familiar y también universal!

Para inspirarme leí odas. Quizá me ayudarían...pero cuando quise empezar a escribir, me encontré ante una pared gigante, infranqueable. Las palabras no aparecían y mi canto... quedó en intención. Hice un rodeo a la pared y opté por un simple relato de agradecimiento al objeto, ahora, devenido en pieza de colección.

Aun así, no me da por vencido y leí unas estrofas de *Píndaro*, aquel poeta lírico que escribió las odas triunfales. Allí surgió una metáfora que se ajustó perfectamente al origen del hierro de cualquier riel. El vate, en esos versos, imaginó lo que sería en el futuro un alto horno: *“De sus cavernas son vomitados de fuego inabordable, manantiales purísimos y sus ríos de día vierten ardiente torrente de humo, más en las noches, oscuras piedras arrastra rodando la llama purpúrea...”*

Ese hierro de alto horno, se transformó en un carril de vía que soportó pesos y ruedas y más ruedas...y un día, una deformación por el uso, lo hizo salir de su descanso en los durmientes de quebracho. Fue vendido para otros fines, lo cortaron en partes y una de ellas, se transformó en “el riel de Andrés”. Todos los rieles tienen tres características que los identifican: hongo, alma y patín. En el alma de este pedazo, se leen dos letras “E” y “T” (¿quizá corresponderán a EspEranza... Ternura...?).



En su larga vida en la familia, fue soporte y yunque. El martillo labró metales sobre su paciencia de bigornia. Fue contrapeso y referencia de rectitud para otros hierros. Colaboró con entrega y entereza en todas las casas donde vivió la familia. En una de ellas fue potente campana en el mundial de 1986.

Nunca estuvo a la intemperie. Siempre fue cuidado como si hubiera sido el metro patrón de París.

Ahora exhibe su silueta sobre un estante de madera, tal como lo hizo en su juventud, con la profunda serenidad, que le viene de la madre Tierra. Queda esperando que alguien en el futuro pueda escribirle una oda, una verdadera oda, que lo admire y que lo exalte...



Adrián Darío Arévalo
“El día que conocí a Julio Cortázar”

El día en que llegué al puerto de Marsella, fue por unas pocas horas.

Corría el año 1981, y como es de suponer, la parada de todo marinero era en la taberna de puerto; algo ineludible para mí y para todos los que atracamos en el muelle.

Al llegar había música de tango. La orquesta estaba compuesta por varios músicos argentinos, expatriados, vaya a saber por qué, y por un marroquí ciego que tocaba el contrabajo como los dioses, los cuales compartían sus sonetos con nosotros, así como nosotros compartíamos el whisky.

Mi lugar en las tabernas siempre fue la barra, porque uno está más cerca de las botellas y el cantinero te escucha así le susurres desde el taburete.

¡Eso sí!, no me gusta el humo.

Y ese día, al lado mío, alguien pitaba sin parar.

El hombre tenía un vaso en su mano izquierda, un bolígrafo y un papel a su lado, sobre la barra.

Lo recuerdo como si fuera ayer.

Lo increpé, era obvio.

—Es que usted no tiene modales?- (Le dije).

—Discúlpeme, es que no me viene la inspiración.

Le juro que no fue apropósito.

Trato de dejarlo desde hace años, pero no puedo.

Es más, desde que baje del tren, desde la estación hasta aquí no encendí ni uno, pero aquí es imposible, es como que a uno, el humo lo invitara.

¡Discúlpeme!-

Y lo apagó.

El cantinero intercedió apenas el hombre dejó de hablar.

—Otra ronda?-

Y de coté, tapándose la mejilla y la boca con su mano derecha, me dijo:

—¿No sabe quién es, marinero?-

—No. Es la primera vez que amarro en este puerto.-

Ahí me puso al tanto, me nombre sólo su apellido.

-Cortázar-.





Había escuchado hablar de él; un argentino escritor que frecuentaba mucho los bares, adicto al tabaco y al whisky, pero que yo no había leído nunca.

Y esa noche compartimos un whisky y un habano, el cual él mismo me invitó.

Supe de su boca que se había nacionalizado francés ese mismo año, pero al rato, otro marinero irrumpió la charla contando que alguien se había robado las anclas de su barco.

—Eso es imposible- Dijo Cortázar.

—¿Usted que rango tiene para poner en duda lo que ha acontecido?-

—Ninguno, pero sé que eso es imposible en un navío de tales dimensiones.

—¡Que se han robado las anclas, le digo! (Gritó el marinero).- Y se abalanzó sobre el escritor.

Tuve que socorrerlo inmediatamente, ya que el marino sacó una faca amenazándolo, mientras que Cortázar solo atinó a defenderse con su bolígrafo, cosa que por suerte no paso a mayores.

El marino estaba tan ebrio y exaltado que tuvieron que sacarlo a rastras hasta el callejón de la puerta de servicio.

Al rato se despidió, pero primero guardó el papel con algunas frases que había garabateado y dijo:

Otra vez será.

Parece que hoy no es mi día, tal vez la próxima, marinero, tal vez la próxima.-

Y se retiró con el saco sobre su mano izquierda, pero no sin antes prender un tabaco con la otra.

Esa fue la única vez que lo crucé.

El próximo viaje en que volví al mismo puerto y a la misma taberna fue en 1984.

Y al estar en la misma barra, con el mismo cantinero y con la misma marca añeja de ese horrible whisky, el comentario general era que Don Julio; así le decían, había muerto apenas días atrás.



Adrián Darío Arévalo
El escultor

No sabía cómo decírselo.

Pensé que quizás lo tomaría a mal, y cualquiera pensaría que soy un oportunista o un farsante, pero juro que no es así.

Nuestra primera cita fue casual.

Nos conocimos una noche de verano en un bar en San Telmo y pasamos un largo rato hablando, hasta quedarnos solos.

Nuestros amigos siguieron su gira por otros bares.

Fue un albor de medianoche, una ajetreada noche opulenta, así como lo era ella.

Atiné a besarla, pero fue justo al final del encuentro, cuando la mañana invita a desayunar, y esperé.

No lo creí oportuno, porque realmente me interesaba, aunque moría de ganas.

Creí que apresurar las cosas me jugaría en contra, y que toda esa química que se había formado en nuestra charla, podía dilapidarse, tal vez, por forzar algo que estaba solo en mi cabeza.

La verdad no lo sabía, pero esperé.

Habíamos hablado de encontrarnos otra vez, y eso en realidad me hizo ilusionar.

Caminamos y recorrimos largas cuadras incontables, de camino a su casa, y aunque creo que fueron más de cien, la remota idea de tomar un colectivo no existía, porque se terminaría rápido ese hechizo de sol, que la mañana me estaba regalando junto a ella.

La tome de la mano y caminamos así, otras tantas cuadras, hasta llegar a destino.

—¡Que palabra esa!: Destino.

¿Sería ella el destino que deparaba el final de mí búsqueda?

¿Estaba yo predestinado a ella?

En las últimas cuadras, tuvimos una charla que fue decisiva, y una frase que le dije, aceleró el comienzo de algo hermoso:

—En la inmensidad pura, la belleza no es otra cosa que el brillo de nuestros ojos.

Y mientras la miraba, rodeé el contorno de su cintura como en un cuento de hadas, donde el príncipe sella la historia.

Me bastó solo un segundo el poder estampar mis manos en ella y plagiar a su cintura hasta clonarla en mi mente, para así poder tenerla en mis recuerdos, cada día de mi vida, como si fuese a esculpirla.

Y ella me miro fijo, y estampó sus labios contra los míos con un beso, para sellar una noche mágica, de esas que uno solo atina a encontrarla en sus sueños.





**Profesor: Sergio Carrera - Taller de Historieta
Centro Cultural Lola Mora**



Ana Olaechea
Más que una compañera/o

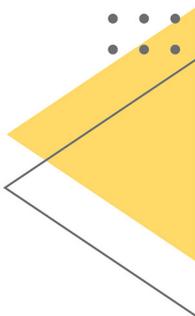
La mejor hamaca de mi vida fue con Sinforosa - ¡qué nombre! - jugando en las hamacas del parque de Recoleta, jugando en las plazas de mi vida...

Conventillo de varias familias, pero Sinfo eras la única, como te veo en esta foto, siempre rodeada de niños del barrio que nos sacabas a pasear a la plaza.

Tú sin hijos, y Mariano, tu esposo, llegados de Sevilla, eran mis abuelos postizos, ¿postizos?, pero no eran postizos, eran reales, y no sólo en la infancia, porque siempre estuvieron conmigo hasta el día de hoy,

¿Se puede decir compañera por acompañamiento? Sí, no sólo por compañía, sino por abrigo, abrazo, acompañamiento, eso fue Sinforosa y su esposo Mariano, y nunca nos separamos. Don Mariano partió primero, Sinfo mucho tiempo después, y siempre estabas abrazándome en el compañerismo de la infancia, de la juventud, siempre los recordaré no sólo por las fotos, por el juego en la plaza, hamacándome a mí y a mis vecinitos, sino por los abrazos que durarán toda mi vida.

Sinforosa y Mariano, Mariano y Sinforosa, los amores de mi vida...compañeros de mi vida... ¿postizos? No reales. En la hamaca de mi vida siempre estarán...





**Roberto Lozano - Alumno Taller de Plástica
Profesora Dalia Hendler
Centro Cultural Roberto Arlt**



Ana Olaechea
Reencuentro con la luz

Alguien venía caminando despacio en el jardín. Hasta que sonó el timbre.

En ese anochecer, casi sin luz. Abrí la puerta, me miró, nos miramos y me agarró fuerte de las manos, nuestras manos se juntaron. Y me di cuenta que era vos, mi papá, enseguida solté mis manos, yo no quería saber nada de vos.

Tengo 15 años y nunca te vi, me abandonaste y yo soy feliz sin vos, no quiero ver ni tu perfil ni tu frente en esta luz que ya no es del amanecer, sino del anochecer. El anochecer de nuestras vidas. Te fuiste... ¿Querés volver? No ya no... No me mires así, con la luz que te iluminó y te oscureció. Ya oscurece después de tanto tiempo. Y mi luz se apagó para no verte...o no conocerte. Mirá está oscureciendo, la luz de la vida que se fue, y yo ya no tengo luz para empezar un camino con vos, o mejor dicho sin vos.

Te doy mi mano, para decirte adiós. No vuelvas más. Igual gracias por venir. Yo con tu ausencia volví a empezar a vivir, con un papá postizo no en realidad verdadero Adiós yo sigo siendo, yo soy yo sin vos. La miré y se fue caminando despacio.

De golpe se prendió la luz. Hija, ¿Qué pasa que estás llorando? ¿Qué soñabas? – me dijo mi papá. Lo miré y nos abrazamos fuerte, los dos llorando.

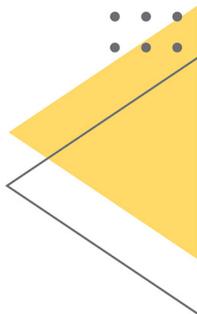
Yo nunca te abandonaré, chiquita...Amo mucho a tu mami y a vos...que te conozco de tan chiquita...vos sos mi hija, mi única hija...

El abrazo y la fuerza en las manos marcó el perfil del amanecer en mi vida.



María Beatriz Tellería
Adiós amiga

Niñez entre los juegos, un patio de escuela
y la misma rayuela.
Picardía adolescente,
recreos, lecciones, escapadas que se cuelan.
Navegantes de sueños y anhelos
hilvanando aventuras por venir.
Habitantes del mundo sin desvelo,
aprendices del encanto de vivir.
Laberinto de salidas divergentes,
nuevos rumbos, otro norte,
el viento soplando la distancia
y el eco de una voz hecha silencio.
Ni el tiempo ni el destino
obraron por que sí.
Mágico encuentro de amigas sin edad,
almas hermanas en la eternidad.
Luz ahora, enterrada en la neblina,
presencia doliente de vacío,
en tus manos, la huella de las mías
y en las mías, el hueco de tu ausencia.





**Analia Mario - Docente de Dibujo y Pintura
Centro Cultural Colegiales**



María Beatriz Tellería
Amor sin miedo

Amor eterno me juraste y te seguí.
Amor, el mejor antídoto para el miedo.
¿Será que poco amamos por eso tanto tememos?
¿Será que quien más teme menos conoce al Amor?
Amor del bueno, del que contiene, del que abriga
del que escucha, del que acompaña;
este amor en cada esquina, hoy regalaría.

Amor para combatir el miedo y echarnos a volar;
elevarnos entre columpios, dar vueltas y girar.
Girar por el mundanal de los desaciertos,
por laberintos que nos pierden en la debilidad.

Quiero amarte y amarme...
mezclarme entre tus piernas y atarme a tu cintura
para elevarme aún más a un cielo de esperanza
que permita confiar, sentir, mover y soñar en aires de libertad.

Treparme con cintas de colores a troncos de árboles robustos
y entre lianas de futuro lanzarme a construir un mundo natural.
Ahí nuestro amor eterno crecerá seguro.
Amor libre de sexo puro, tu piel y mi piel a orillas del río
entibiados de sol y caricias sin censura, pegados tu cuerpo y
el mío, fundidos en único abrigo.

Sí, me juraste amor eterno, acepté y te seguí.

En el columpio de mis días, los extremos fueron todo.
Me mareé, me perdí, me detuve, te busqué, me encontré.
Me aferré sin conocer destino, me di, recibí, entregué, perdí.
Nos mezclamos entre muchos sin norte ni camino;
anestesiados nos ahogamos en el flujo del deseo,
sin brújula y con miedo adormecidos en tinieblas
nos dejamos morir un poco inundados del afuera.



Me juraste Amor y me basta para encerrar el miedo
para despertar a la vida y nacer de nuevo.
Elijo morir a tu abrigo, a congelar la médula de mi alma.
elijo ser libre, sentir, andar, moverme, volar, pensar,
reír, vivir, soñar, confiar y creer que nuestro amor
a pesar de TODO... por siempre vivirá.





Diego Lanis
Aquí me quedo

Ochenta y cinco
es la señal.
Consuelo dibujado
en una cara,
atribulada que,
no se mira porque
es el despojo de
algunas noches a
la intemperie,
cuando la risa
subestimó a nuestros
cuerpos vacilantes
antes de merecernos
y hacernos un ovillo,
sólo uno que, rueda
por la arena consumido
por el fuego que, nos
tienta.
Son las huellas que,
nos siguen por el
atajo tomado a
sabiendas que el
camino tiene una sola
mano.
Tejido punto a punto,
en la academia que
creamos.





Diego Lanis Conjunto

En el borde de
los labios audaces
las palabras brotaron.
Descubrieron en sus
manos que a veces
sentía sus pasos que
hicieron el camino
hacia ella.
Antes de la ausencia,
los descubrieron en
un beso.
Fue una fiesta que,
a sus cuerpos no los
detuviera el tiempo.
Con las manos
entrelazadas sus
huellas ya no le
perteneían.
Palabras al oído.
Ni un grito fue
Necesario.
Ni un suspiro, ni un
susurro anhelante.
Sentía que todo lo
suyo le habitaba.
No fue objeto para
nada.
Lo imposible se
había dado.
Un derrame de luces
iluminó el roce de
sus cuerpos.





Silvana Padorno - Alumna Taller de Fotografía
Docente: Agustina Sachetti
Centro Cultural Colegiales



Daniel Cuberos El resto de la vida

Marcelo se había jubilado e iba a destinar gran parte de su tiempo a buscar a su primera novia Andrea. No sabía si viviría aún y donde se encontraría pero, quería saber sobre ella, hablar con ella o encontrarse si ella lo aceptaba.

Él vivía solo, había estado casado dos veces y separado de ambas. Tenía dos hijos de cada pareja y un total de cinco nietos.

Comenzó la búsqueda en el barrio del cual eran, consultó en la casa en la que ella había vivido y a personas de la zona. También en redes sociales y a través de conocidos llegó a una nieta de Andrea.

Le planteó la situación y la nieta le dijo que consultaría con su abuela que vivía en Rosario. A los pocos días lo llamó y le dio el celular de su abuela. También le dijo que Andrea había tenido dos matrimonios, del primero estaba separada y viuda del segundo. Tenía tres hijos en total y cuatro nietos. Marcelo se comunicó con Andrea y quedaron en encontrarse en el bar El Cairo, bar emblemático de Rosario.

Partió con mucha expectativa desde Buenos Aires.

Llegó a horario, ella un poco más tarde. Apenas ella entró, la reconoció sin fijarse en su vestimenta. Su rostro con el paso de los años era más hermoso que el de la adolescente que conoció. Sus manos se reencontraron después de casi cincuenta años. Se dieron un beso y un afectuoso abrazo.

Hablaron sobre sus vidas, parejas, hijos, nietos pero, mucho más de sus vivencias de jóvenes.

En un momento Marcelo le pregunta si aún conservaba la poesía que él le hizo apenas se conocieron. Ella le dijo que no pero, que la sabía de memoria y se la recitó.

Marcelo exclamó: ¡Te amo! Te la traje escrita.

Andrea contestó: ¡Yo siempre te amé! Pero dámela para cuando pierda la memoria.

Él estaba absorto. Siguió la conversación muy cálida.

Cuando salieron del bar se dieron un apasionado beso como en su juventud. Él la acompañó hasta la casa y al bajar del taxi, le preguntó si quería ser nuevamente su novia.



Ella contestó afirmativamente y le dijo: “Quedate en casa esta noche, vivo sola”.

Entraron abrazados; él no sabía dónde viviría de ahí en adelante pero sería donde ella quisiera.

Su primera novia frágil e indecisa era ahora esa señora decidida y que sabía muy bien lo que quería.

Sería su última novia y compañera por el resto de su vida.





Silvana Padorno - Alumna Taller de Fotografía
Docente: Agustina Sachetti
Centro Cultural Colegiales

Daniel Cuberos

El garca

Yo era el comisario de ese apacible pueblo. Esa mañana sonó el teléfono en la Comisaría. Era una voz femenina que nos decía que fuéramos a la casa del garca y lo encontraríamos muerto.

Garca lo llamaban todos, porque tenía chicas que decía que eran sobrinas o primas o ahijadas pero sabíamos que las hacía trabajar. Era un tipo desagradable, vivía a la salida del pueblo cerca de la estación de servicio de YPF. Ahí ofrecía sus chicas a camioneros y viajantes que paraban. Enganchaba muchos y hacía buenas ganancias.

Le dije a mi ayudante Faustino de ir a ver qué había pasado. Al mediodía comimos con un buen vino y después fuimos hasta la casa en cuestión.

Llegamos, la puerta estaba cerrada, no había nadie. Llevamos un manojo de llaves pero ninguna servía. Faustino dijo de buscar en el jardín, era costumbre dejar llaves en las macetas. Encontró una pero tampoco giraba en la puerta.

Buscamos un tronco y la derribamos. Entramos, había un cuarto con camas donde parecía dormía el garca y las mujeres, otro con una cama más fina, seguro para los clientes. En el baño no había huellas de ningún tipo. En la cocina una manzana mordida podrida y un cigarrillo a medio fumar. No había rastros de violencia, ni sangre, ni nada roto.

Faustino ofreció quedarse a buscar el cadáver en el jardín o en el fondo. Este muchacho a veces tenía buenas ideas, otras eran delirantes como ésta, pero lo dejé actuar.

Volví al pueblo, pasé por el boliche, me tomé unas cañas y llegué a la Comisaría. Nada nuevo en ese tranquilo pueblo. Después de una siestita, pasé por el boliche, me tomé un par de ginebras para despertarme bien y fui al encuentro de Faustino.

Estaba sentado durmiendo en una silla. Empecé a aplaudir y despertó sobresaltado.

¡Lo encontré! ¡Lo encontré! dijo. Me llevó a ver el cuerpo que encontró enterrado en el fondo. Estaba íntegro, sin signos de violencia, ni sangre; seguro lo habían envenenado y murió

comiendo la manzana o fumando.

¡Quién lo envenenó excedía nuestras manos! ¿O se había suicidado?

Tapamos el cuerpo con unas frazadas y regresamos al pueblo para redactar el informe y llamar a los forenses.

Previamente pararíamos en el boliche. Esta vez nada de caña o ginebra, esta vez whisky del bueno para festejar la satisfacción del deber cumplido.



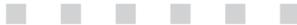


40

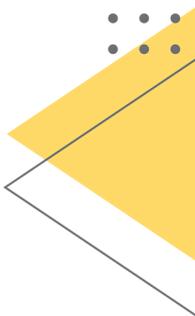
Elvira Klärich
Esa Noche

Desde mi soledad te soñaba, eras una ilusión.
Salí a caminar y entré llamado por la música a un bar.
No sé si fue el Jazz, la noche, mi deseo... te vi y tus formas
fueron mías.
Dejé de ser un prisionero, para entregarme al amor.





**Analía Mario - Docente de Dibujo y Pintura
Centro Cultural Colegiales**



Elvira Klärich
Llegó ese día

Inspirado en un cuento de J. Saramago

Hoy llegué a casa y como de costumbre vi el cenicero lleno de ceniza y puchos, tu saco viejo sobre el sillón, seguro lo tiraste sin fijarte.

Dejaste una manzana a medio comer sobre el centro de mesa entre las otras frutas. ¡No te corregís más! Pensar que una vez pensé que no podría vivir sin vos, te amaba tanto... ¡en fin!

Te llamé, seguro estabas en el baño... no me contestaste, entré al dormitorio para cambiarme y las puertas de los placares estaban abiertas, faltaba casi toda tu ropa y zapatos.

No podía contener las lágrimas de alegría, al fin te habías ido.



Esther Spadaro Un escenario vacío

Las calles desiertas, todos guardados, temerosos, aislados.
En silencio.

El silencio que mortifica, las lágrimas que caen y el sollozo silencioso que aflora sin pausa.

Sufrimos por el tiempo que pasa y la vida que dejamos, que no disfrutamos; de la vida social que no tenemos, sufrimos por la incertidumbre de no saber, sufrimos, sufrimos por el universo entero.

A pesar de ello aprendimos que nos estábamos lamentando siendo felices, sin darnos cuenta fuimos infelices en la felicidad, corriendo constantemente en pensar en comprar el próximo auto, en la próxima casa, en el próximo trabajo y descubrimos que eran cosas pequeñas. Con la muerte pisándonos los talones. Aprendimos a apreciar la vida con las dificultades y tropiezos cotidianos y; lamentamos haberla desperdiciado renegando por nimiedades.

Como una lluvia persistente, la Pandemia nos cayó inundando de temor a la humanidad; comenzó de manera lenta y monótona y se fue propagando despiadada y cruelmente como un tsunami invadiendo con su violencia viral por todo el planeta.

Incursionamos en actividades impensadas nos volvimos creativos, nos volvimos pálidos y demacrados, nos volvimos más creyentes y nos encontramos implorando que sea solo una pesadilla paralizante y terrorífica, que la vida y el mundo vuelva a la normalidad, diferentes, con una enseñanza de vida; menos soberbia, menos envidia, más humildad, más generosidad, más humanidad.

Poseer una vida, simplemente una vida; simple y sana, con capacidad de concentrarnos en lo esencial y conseguir que las personas aprendamos a dar amor.



Mariana Arévalo - Alumna Taller de Fotografía
Docente: Agustina Sachetti
Centro Cultural Colegiales



Felisa Jakubowicz
Reencuentro

Un grito se ahogó en mi garganta
Cuando finalmente pude hablar, estalló mi tumulto interior
Palabras ardorosas como vendaval fueron
Lo nunca dicho pude expresar y me sentí plena
Tú me mirabas atónito
Te fuiste acercando, por fin parecías entender
Y en tus ojos vi un brillo de ternura
Tus manos tibias que guardan las huellas de las mías
Acariciaron mis cabellos
Un suave bálsamo como savia nutricia
Recorrió mi cuerpo y me sentí habitada
Los labios audaces se descubrieron en un beso
Mientras el reflejo de una luna llena
Se recostaba en la ventana.



Felisa Jakubowicz
Retazos de infancia

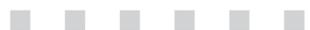
Mi casa de entonces donde se construyó mi infancia, tan viva en el recuerdo y tan distante en el tiempo; la cocinita pequeña con su ventanita de cara al patio, calor de hogar en las noches invernales.

El limonero con sus frutos maduros al alcance de mi mano y sus blancos azahares perfumando, el dulzor de la parra en el verano caliente y las escarchas tempraneras en el frío invierno.

Patio querido testigo de nuestros juegos; eran las escondidas y, el tan tan del salto a la soga repicando en sus baldosas rojas y grises, nuestras representaciones con disfraces y morisquetas; yo era siempre una gran bailarina clásica, con saltos y giros así me lo creía.

Más allá la puerta de calle pintada de verde; calles vacías de autos, entonces era el juego de la rayuela y, corre, corre que te agarro, zas te toqué sos mancha, en la vereda apostadas a la pared, las nenas jugábamos a pisa pizuela color de ciruela, vía vía vuestro pie....

Calor del estío que agobia, buscando el frescor de la noche, rueda de vecinos trasnochados en las puertas de calle y los chicos del barrio en pos de su aventura máxima, robar una flor de los jardines aledaños.





**Gregoria Salto - Alumna Taller de Plástica
Profesora Dalia Hendler
Centro Cultural Roberto Arlt**

Manuela Guruciaga El espejo de Benito

El espejo estaba en el cuarto del niño, lo vio nacer y lo acompañó en todos sus llantos, alegrías y berrinches. Cuando a los dos años empezó a hablar el espejo aún se mantenía en silencio, sabía que sería inútil y escalofriante mantener algún diálogo, así que esperó cuatro años más en silencio.

Mientras tanto lo vio crecer con mucha ternura y simpatía. El espejo era la puerta del placard, así que lo movían de un lado al otro.

Cuando el niño cumplió los seis años, el espejo empezó a emitir sonidos graves atrayendo la atención de Benito, que mágicamente comenzó a contestar con el mismo tipo de sonido.

A la mañana, cuando era el momento de vestirse para ir al colegio, el espejo balbuceaba un run run antes de que el chico se fuera, y lo mismo hacía Benito.

Una vez que se acostumbró a los sonidos amorfos, el niño quiso saber más y le habló sobre lo que había hecho en el colegio, el espejo contestó que estaba muy bien y; Benito exaltado se ríe, porque tenía de amigo a un espejo y no cualquier espejo sino uno que lo había visto crecer.

Entonces le preguntó si se acordaba de cuando lo habían traído de la clínica recién nacido y lo pusieron en la cuna; el espejo le contestó que sí, que claro, y que agradecía que le haya tocado un niño para ser testigo de todas sus etapas.

Entonces empezaron los juegos, los no querer ir a jugar después de clase a lo de ninguno de sus amiguitos. Empezó a hablar en voz bajita para que los papás no los escuchen. Hablaban de cómo le fue en el cole; hacían la tarea y merendaban juntos.

A eso de las siete de la tarde, cuando sus papás regresaban de sus trabajos, Benito los saludaba con la mayor alegría posible porque estaba contento de que hayan elegido un lugar tan especial como ese departamento.

Lo bañaban y le ponían el pijama, después se sentaban a la mesa a comer y siempre lo veían contento.

A la noche Benito se iba a la cama y apagaba la luz, entonces





el espejo le contaba un cuento para que de a poco se durmiera.

Así pasó el tiempo y Benito le contó que le gustaba una chica del colegio, entonces el espejo le propuso que la invitara a su casa a hacer la tarea juntos, pero sin decirle que mantenía una amistad con su espejo; porque si no la iba a asustar o algo peor.

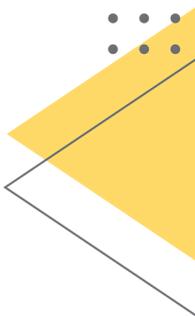
Entonces, después de unos días, la chica fue y se divertieron mucho, el espejo observaba en silencio.

Al final del día, Benito rompió el pacto que había hecho con su espejo y le contó a Sofía que su espejo hablaba; lejos de no creerle, saludó al espejo y este le contestó, ella se divirtió mucho y le hizo preguntas de todo tipo.

Al día siguiente, en el colegio ya todos lo sabían, y se reían a carcajadas, decían cosas como: seguro que es alguien que vive en tu placard, ¿de dónde salió?...

Así como estaban los incrédulos, estaban los más amigos de Benito que le dijeron sí podrían ir a su casa a hablarle a su espejo, el niño dijo que claro; así un grupo de cinco fueron a la tarde a lo de Benito y confirmaron que el espejo les hablaba y que no había nadie escondido adentro del placard. Al día siguiente, Sofía le pidió perdón por haberle dicho a una de sus amigas que el espejo hablaba y que ella se había encargado de crear el rumor. Benito la perdonó, no le importaba que todo el colegio lo supiera.

Benito la perdonó, no le importaba que todo el colegio lo supiera. Al llegar a casa, se sentía cansado, fueron días de mucha exposición. Entonces el espejo le aconsejó que se recueste y empezó a cantar una canción muy vieja, así, Benito se durmió.



Manuela Guruciaga Ella baila

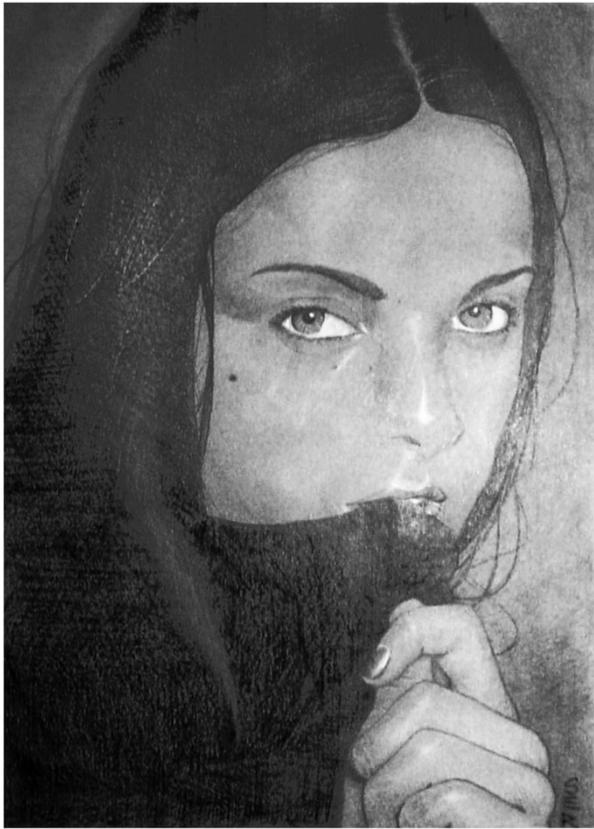
Ella baila con los pies desnudos, pies que tocan la tierra, ella no para de bailar. Baila bajo de la lluvia. Baila un estilo libre. ¿Expresará sus emociones?

Al verla bailar uno baila con ella, siguiendo sus pasos con la mirada y la cabeza. ¿Qué daría uno por moverse así como se mueve? Ese estilo libre, parece fácil pero no lo es, ¿quién puede llegar a esa soltura? Alguien con mucho entrenamiento y disciplina. ¿Qué ven sus espectadores? Su cuerpo contorneado que la hace moverse de pies a cabeza, pasando por sus brazos y piernas. ¿Qué siente cuando lo hace? No sabemos, pero transmite una libertad que ya uno quisiera tener. Sus ondulaciones nos maravillan. Baila una danza que no podemos entender pero que nos hipnotiza. Danza que ninguno de nosotros podríamos hacer. Es única y no le importan que la miren en su más profunda intimidad. Su identidad es desconocida, nos importa pero al parecer a ella le da lo mismo presentarse. Busca su propia presentación a través de sus movimientos. Se mueve y nos cuenta algo de su historia, nos muestra cuánto le costó bailar así, pero que ya está acá para quien quiera verla. Sabemos que es verdad lo que dice y le aprobamos todos sus pasos. Sabemos que ella también nos mira y nos da lo que queremos ver. Sus músculos y sus articulaciones son una maravilla, algo de sus brazos están preparados, pero no lo hace, se queda acá con nuestras observaciones mutuas. Si ella no bailara para nosotros, ¿para quién bailaríamos? real mérito. Se sienta de rodillas sobre el césped, se levanta primero una de sus manos y después la otra. Parece un pájaro a punto de levantar vuelo, somos su público y al público no se lo decepciona. En lo particular podría estar horas mirándola. No sé bailar ningún estilo, por eso me proyecto en ella y dejo volar a mi imaginación. Qué lindo sería bailar así, pero yo me marearía. Qué bueno sería anclarme en la tierra y desde ahí moverme como un árbol cuando hay viento, como un árbol con flores que mis manos crean. ¡Qué estilo! La danza también transmite liberación, esos movimientos hechos con mucha fuerza



al mover brazos, manos, piernas y pies. Liberación del alma, sacar todo para afuera y quedarnos limpios por dentro, y mucho menos estructurados. Bailar por la tarde, pero también a la mañana y a la noche, lo importante es que ella nos enseña a bailar hasta debajo de la lluvia. Muestra su valentía y su talento. Nos prende fuego ver tanta convicción, pero un fuego alentador que hace que la queramos seguir y sumarnos a ella. Al verla ella realiza un acto de generosidad importantísimo, porque nos invita al pasar un momento lleno de alegría y paz.





**Profesor: Sergio Carrera - Taller de Historieta
Centro Cultural Lola Mora**



María Aida Di Marco Muestra de arte

Cómo estoy, le pregunté a mi amiga que me ayudó con el vestuario para este momento. Hermosa me respondió, como siempre.

A las siete de la tarde muestra de arte en la galería Florida. No estaba invitada, vi el aviso en una página de noticias, no quería perder la oportunidad de estar allí, era una cita, un encuentro para mí. Tomé el abrigo, la cartera y me fui.

Al llegar encontré el lugar con mucha gente, lo vi de lejos y tuve la misma sensación de la primera vez, me temblaba todo el cuerpo y recordé como lo amé, éramos inseparables, los dos estudiantes de bellas artes, el siguió y yo abandoné, en esa época la opinión de los padres era muy importante.

No vas a llegar a nada con ese muchacho, es bueno, sí, pero no tiene futuro, es muy bohemio, me parece que no te conviene. En cambio ese chico que siempre te llama es muy buen candidato. Candidato, que palabra rara para el amor, parece algo tan frío. Y dejamos de vernos, cada uno caminó diferentes lugares y nunca más nos vimos.

Hoy tuve la necesidad de volver a verlo y decirle todo lo que quedó guardado en ese rincón de los sentimientos, no importaba la respuesta, solo verlo, estar ahí, darle mi reconocimiento a su obra y cerrar esa historia que aún estaba abierta, me escondí detrás de una columna y desde ese lugar lo pude ver. Alguien se acercó y me saludó, un amigo de la juventud, me llevó hasta él.

Un emotivo saludo y un abrazo de alegría al verme.

No te vayas, me dijo, en una hora termina la muestra, faltan algunas fotos, un video corto y te acompaño hasta tu casa.

Lo esperé y salimos juntos, un café que se alargó hasta el amanecer, con una música de fondo que nos comprometió a estar juntos nuevamente.





Elisa Palavecino - Alumna Taller de Dibujo y Pintura
Docente: Analía Mario
Centro Cultural Colegiales



María Aida Di Marco
Palabras para Alejandra

Me detuve a mirar tus fotos en blanco y negro, hay un dejo de tristeza y melancolía en tu mirada.

Qué linda estás en la calesita de la plaza frente a tu casa y esta otra en la biblioteca con ese jumper adolescente.

Acá estás con tu mano sosteniendo tu rostro, tal vez pensando en ese amor lejano.

Muchas fotos con un cigarrillo entre tus dedos, sabes que no te hace bien.

Y en esta otra con tu hermana, eterna sensación de competencia, todas las miradas de tus padres puestas en ella, recién ahora puedo comprender esa foto queriendo ser otra. Me gusta verte al lado de Julio Cortázar, tu gran amigo.

Te hablo pero no me escuchas, hace mucho te fuiste por un camino sin retorno en plena juventud y me pregunto por qué la poesía no logró salvarte de tanta tristeza, melancolía y de tu depresión, injustificada para mí.

Te admiro Alejandra y te sigo leyendo para encontrar una respuesta.



Gabriel López Siboldi
El valiente

Esperábamos. Deseábamos. Soñábamos.

Pero nada ocurría. Lo buscábamos. Intentábamos una, otra y otra vez. Y de nuevo el fracaso. La angustia, la desazón y ese inmenso dolor que nos partía en millones de pedazos, dejándonos casi muertos en vida.

Insistíamos, más la naturaleza nos lo negaba.

El problema no radicaba en ti. Era yo quien fracasaba. Mi cuerpo se obstinaba a no hacer realidad nuestro ansiado sueño.

Mis espermatozoides, pobres en vivir, morían antes de llegar a destino.

Cuando ya creíamos que no habría retoño y el otoño de nuestra existencia se nos acercaba, sucedió.

Ese milagro al cual tantas veces había rogado, pasó. Uno de los pocos sobrevivientes de mi sexo logró su cometido. Todavía recuerdo la noche cuando me diste la más hermosa noticia. Estabas embarazada. Mejor dicho estábamos esperando nuestro primer y único bebé.

Un valiente espermatozoide hizo el milagro.

Ahora si éramos mucho más felices.



Gabriel López Siboldi
Indefenso

Estaba tan bien ahí dentro. Flotaba como si nadara en agua. Movía mis brazos y piernas con total libertad. Eras mi mundo, un espacio especial, un hogar. Había una conexión intensa, sin igual.

De a poco iba creciendo allí dentro y ese espacio, que antes era inmenso, se hacía más pequeño. Hasta ese extraño instante, cuando la paz que sentía, se interrumpió de repente. Me vi afuera y no nací.

Sé de sobra que te dolió esa decisión, también conozco qué nunca me olvidaste.

Te perdono mamá.

No llores, yo sigo vivo en tu corazón.



Adriana Elena Buhler
Danza

Una semilla cayó en la tierra como parte de una ofrenda a la Pachamama.

Prontamente se deslizó tierra adentro como buscando protegerse.

Penetró tan profundo que se sintió prisionera de ese lugar que ella había buscado y que debía darle el entorno para crecer.

Pero el entorno a veces sofoca hasta cercenar, recortando posibilidades de crecer.

La semilla, intuyendo que para vivir se necesita también del aire, extendió sus brazos como saludando al sol e inició una especie de danza urbana sumergida en el folklore del Norte Argentino.

Torsiones de cintura le permitieron abrirse camino con sus brazos a un lado y a otro, sin saber que un factor externo como la lluvia, le ayudaría a echar raíces.

Danza húmeda y frenética le facilitó convertirse en brote que asomaría virtuoso a la vida peremne.



Adriana Elena Buhler
Reciclando

El entorno me sobrepasa, tanto... que necesito una caricia.
Me entusiasma la idea de darme una vida nueva.

Reciclando.

Darle a cada cosa una nueva oportunidad, a esos muebles y objetos que ya cumplieron un ciclo - su ciclo - acumulando telarañas y recuerdos que hacen historia, que conjugadas en el presente pretenden atrevidas, esbozar mi propia identidad.

Reciclando.

Remover muebles, encausar cables y alambres. Cambiar luces dando lugar a nuevas sombras que ocuparán otros rincones.

Sobreviviendo

Sueño el renacer aquí, junto a mi entorno, y poner en cada objeto una gota de esperanza hacia un camino diferente. Como un barniz de luz que refresca lo que es respetando su existir.

Así, algunos sobrevivientes adaptándose a sus nuevas formas recicladas y operando en conjunto con la nueva realidad que se presenta.

Así, de a poco, sólo hay que despegar





Silvina Casco - Alumna Taller de Fotografía
Docente: Agustina Sachetti
Centro Cultural Colegiales



Alba Pozo

La gota

Hacía un rato largo que Merlina no se oía por ningún lado. Su abuela recorrió la casa para ver dónde estaba y la encontró en el patio, entre las macetas de los malvones, cuerpo a tierra, dibujando con los marcadores, pinturitas y crayones.

Bruna se tranquilizó al verla ocupada y tan concentrada. Hacía una semana que la nena no dormía bien y estaba muy alterada durante el día. No era para menos. Todos andaban preocupados.

Merlina volteó su cabecita y descubrió a su abuela. Se levantó ágilmente y corrió con una hoja en su mano. “Mirá abu”. Brunna recorrió el dibujo. Rojos, naranjas, amarillos, bordó, azules. Árboles, plantas, pastos, animales, en llamas. El fuego subía, bajaba, serpenteaba. Por atrás aparecía alguna sierra tapada por el gris de un humo rabioso. Y arriba de la hoja, en el centro y bien grande, una gota azul como suspendida del cielo.

¿Merlina, qué es esto? ¿Una gota? Sí abuela, es una gota de agua que contiene todas las lluvias, le respondió Merlina.

Para que se acaben todos los incendios. A Brunna se le llenaron los ojos de lágrimas y con dulzura y una sonrisa le preguntó de dónde había sacado esa frase.

Ah! Respondió. La leí en ese cuaderno que tenés en tu mesita de luz, donde siempre escribís tus poesías.



Ana Coccolo
La terraza de los recuerdos

Escalando esa terraza, detenida en un instante, en memorias del pasado mirando las estrellas nos alcanzan los recuerdos.

“¡Mira mamá, es la luna que nos mira con mejillas de rubor, porque espía lo que pide el corazón! ¡Son los Reyes que cabalgan con su carga de tesoros para vos! dije yo.

Otras veces les decía: “si siguen, esa nube, los esconde y acurrucados aparecen en mil cuentos empapados.

La terraza. Ese tiempo de unicornios que lloviznan en mis versos, esas voces chiquititas, de mis niñas y mis niños. Fugaces las estrellas remontando barriletes, parpadeantes de cohetes, anunciando un Nuevo Año, y el reloj de la inocencia descontado la distancia, hasta la más alta terraza.

La terraza. Esos mágicos momentos, cielos de sol y de estrellas, de tibias siestas y noches frescas cuando el sol se despeina en la escalera. Escalera a las rondas y reposeras, de barandas gastadas, perfumada de aromos, flores doradas. Rondas recitando La farolera, piecitos descalzos en la Rayuela, escondidos cantando Paloma Blanca en el limonero. A la noche la luna soplando sueños, se duerme junto al alero. Se encienden cucuyos y varitas mágicas roban suspiros de adolescencias. Se lleva el tren rápidamente, en la distancia, los barriletes. Rumorea versos nuestra azotea, cuelgan del cielo nuevos cometas, mientras las sombras tejen atrapa sueños, trinan jilgueros, recitan cuentos, cantan Milongas cruzan océanos... Y en el silencio las sombras se enriendan en telarañas de recuerdos.





Silvina Casco - Alumna Taller de Fotografía
Docente: Agustina Sachetti
Centro Cultural Colegiales



Lucila Gallino

Descubrí en sus manos las huellas de las mías

Hace 2 años 3 meses y 4 días que mi vida es nuestra. Amaneciendo juntas, desvelándonos de a 2 y también por momentos llorando juntas cuando siento que necesito poner pausa y el control remoto lo tenés vos y no me lo querés dar. Quisiera que esta película se parezca un poco a las que veo (cuando me prestas un ratito el control) donde la vida son puros instantes intensos, felices y llenos de música. Pero esta historia es más bien un intento de rutina, de cocinar, de limpiar, de perseguirte, de retos y caricias y una culpa que lo abraza todo. Nadie me dijo que esto es ser madre y reconozco que la realidad no es un guion que valga la pena ser contado. Nunca sabiendo qué es lo correcto y asumiendo siempre, por las dudas, que es lo incorrecto.

Pero hoy, el cielo brilla como nunca y también mis ojos al verte con ese vestido que de madrugada hice para tu cumpleaños número 2 y ya casi no te entra. Valía la pena ver ese cielo de cerca así que no me costó convencerte de salir a dar una vuelta. Caminar a tu lado es una experiencia casi imposible y a veces pienso si será que el suelo bajo tus pies está más caliente o si, desafiando la física, tenés una energía infinita que no requiere carga previa. En la esquina, juntas de la mano, esperamos que los autos se dignen a dejarnos pasar, cuando en un segundo sucede lo inesperado, lo insólito y catastrófico. Un globo rosa sale por la ventanilla de un auto y ambas lo seguimos con los ojos clavados en su vaivén azaroso que acaba su recorrido a unos metros de tus pies en el medio de la calle. Fue solo un segundo donde sentí tu impulso de niña de 2 años, 3 meses y 4 días con la que no me podía enojar, mezclado con un miedo que nunca antes había sentido. Vi toda mi culpa, mis quejas, mi vida que ahora era nuestra como en una película de esas que sí se escriben y entendí que solo dependía de mí que esta fuese una de ellas. Y no quería ese final, no podía terminar así. Sacando la fuerza que me dieron los incontables momentos de esta maternidad (porque hasta el abrazo medio dormido de ayer sumó) te tiré hacia mí y te apreté contra mi cuerpo que suele



ser de las dos y necesito que lo siga siendo. Con lágrimas en los ojos me miraste algo asustada, pero sobre todo enojada cuando descubrí en tu mano las huellas de las mías.





Marina Estévez La sorpresa

Hoy es el día se dijo Juan mirándose al espejo todavía empañado de la ducha reciente. Armó un pequeño bolso y caminó hasta la estación. El recorrido fue caluroso y agotador, más por el mal augurio en su cabeza que por las condiciones del viaje. Al llegar a destino caminó presuroso las cinco cuadras hasta el domicilio de su hermano. Era la hora de la siesta. Dudó entre tocar o usar las llaves y prefirió lo segundo. El escenario imaginado, el olor nauseabundo, las tantas cartas apiladas sobre la mesa de luz a punto de caer. Juan llora sobre su hermano muerto y en un acto reflejo toma los sobres y entonces la sorpresa, sus cartas ya no eran cartas, palabras sin palabras, sólo papeles en blanco.





Sandra Meilich - Alumna Taller de Fotografía
Docente: Agustina Sachetti
Centro Cultural Colegiales



Marina Estévez
Una cena muy especial

A las 19.30 apuro mi paso sobre una Recoleta fresca y ya libre del bullicio de la jornada. Una cuadra me separa de la casona y sin embargo la diviso, como a la mujer acodada en la ventana del frente que cada día y noche mira al interior.

Casi llegando a la puerta el aire se enrarece y un escalofrío me recorre.

Busco las llaves en mi bolso que torpemente caen sin hacer ruido.

Mientras las recojo, la mujer me habla por primera vez y sentencia:

—Será una larga noche.

Casi sin mirarla entro en la casona, una especie de alivio y tensión se apoderan de mí.

—Te esperábamos para cenar- murmuró Irene poniendo la mesa.

Julio una vez más no registró mi llegada, miraba abstraído la biblioteca y fumaba su pipa.

El hermano de Irene se acercó sereno y confesó:

—Han tomado la casa.

Cenamos en silencio, colocamos la vajilla en el centro de la mesa y la tapamos con el mantel.

Me tocó a mí apagar las luces.

No recuerdo quién cerró la puerta pero sí su golpe de roble macizo, que retumbó en mi pecho.

Caminamos lento durante horas que parecieron días, sin rumbo, sobre la calle Rodríguez Peña.



Susana Curia
Diálogo en sueños con Liliana Heker

— ¿Qué estás haciendo por acá Lili

—Este es mi lugar, donde puedo ser yo misma. Y tal vez, por eso, me animo a hablar con autenticidad, sin pensar en qué vas a responderme. Pensé que querías conversar un ratito conmigo. No tenemos fluidez en la vida cotidiana y sentí la necesidad de acercarme a vos para saber qué pensás acerca de mis obras.

—Vaya compromiso en el que me ponés Liliana. Me gustan los desafíos, no así las competencias y por esa razón acepto este reto. Quiero centrarme en especial en tu obra “La fiesta ajena”. Preparate para mi crítica, porque en sueños no suelo ser muy benévola. Me dolió que Rosaura no recibió el regalo que esperaba por ser tan solo la hija de la empleada de la señora Inés. Ella era amiga de su hija y vos, no sé por qué motivo, la dejaste fuera del regalo.

¿Te parece lógico que a una criatura le regalaran dos billetes como premio en un cumpleaños, cuando al resto de los chicos les daban relojes y algunos yo-yo?

Quedó muy bien marcada la diferencia de las clases sociales. Te lo reprocho.

—Te voy a contar el por qué. Esa situación me pasó a mí, y quise reflejar el error que los adultos cometen cuando no saben ponerse en la piel de los chicos. Hablo de empatía ¿me explico?

Me desperté sin poder articular palabras, y sentí un deseo muy grande de acercarme a Liliana y regalarle, ahora que tiene setenta y seis años, el reloj que me regaló mi madrina para mi cumpleaños.



Héctor Gregores El ciclo vital

Con los ojos entrecerrados observo como cae sobre mí el agua que generosamente brota por la roseta de la regadera del baño mientras me ducho. Ella, mientras recorre mi cuerpo limpiando las impurezas acumuladas durante el día, me deja esa sensación tan grata que nos produce su transcurrir. Mientras se pierde por las interminables cañerías que inevitablemente la llevarán a alcanzar su nivel, muchas veces me pregunté qué será de ella, alguna vez volveré a verla, le contaré a alguien mis secretos íntimos.

El agua es uno de los elementos constitutivos de los cuerpos y todos sabemos que la falta de ella imposibilita o anula toda posibilidad de subsistencia, por lo que es sinónimo de vida. La podemos encontrar en distintas formas, sólida como el hielo generando inmensos glaciares, gaseosa como el vapor que elevado al cielo puebla de informes nubes el azul firmamento y líquida donde agrupadas las gotas que la componen conforma los lagos, ríos y mares que llenan nuestros ojos de hermosos y deslumbrantes paisajes.

Estas tres formas en las que podemos encontrar el agua crean un necesario ciclo vital que genera y resguarda la vida en el planeta que nos cobija y combinados con los otros elementos básicos permite nuestra existencia, dándonos la oportunidad de disfrutar todas sus virtudes.

Algunos dicen que nunca volveremos a ver la misma gota de agua, pero, ante tan terminante aseveración físico-química, yo me reservo mis dudas.

Por eso más de una vez, mientras llovía torrencialmente, casi jugando, alcé mi cabeza mirando al cielo y mientras intentaba descubrir a alguna de las gotas que me han dado tanto placer, grité con gozo: **La pucha. . . ¡qué lindo es estar vivo!**



Héctor Gregores Sensaciones encontradas

La noche con su inexplicable misterio trae consigo sensaciones encontradas.

Su natural obscuridad sobredimensiona el áspero sabor de la soledad.

El juego de las sombras dibuja tenebrosas figuras que se alargan reptando sobre las superficies desperejas.

El sonido del silencio trae reminiscencias del arrullo maternal y sin proponérselo, nace en nosotros añoranzas de esas caricias que extrañamos.

Los muebles se ven más viejos y desvencijados y las cañerías semejan venas que, pletóricas de sangre, disfrutan balbuceantes entregadas al placer.

Dónde están los seres que echamos de menos, la luz que ilumina nuestra esperanza y los ruidos que con su estridencia llegan a ensordecernos?

Mirando al cielo descubrimos la titilante luz de las estrellas y el pálido resplandor de la luna que parecen querer jugar con las nubes que pasan impulsadas por el viento y el desgarrador maullido de los gatos en celo nos recuerda los vívidos momentos en que las caricias encienden las delicias de la pasión.

Beatriz Silvia Bonfanti de Valls
El hombre gris

Ese hombre que da la sensación de reducido ahí va como siempre con su paso lento, dicen que todavía trabaja. Poco y nada se sabe de él, que no tiene familia, que es solo, nada más. Es ese hombre gris, como lo apodo una vecina, supongo no solo por su color de piel aceitunada, mortecina, sino por su actitud, su manera de caminar arrastrando los pies, como si los zapatos le quedaran grandes, parecen de otro como su ropa gastada. Es ese hombre de la pensión, el que alquila una pieza en la casa vieja gastada, él es una intriga en el barrio y yo me contagie. Todavía quedan algunos vecinos muy mayores, esos de antes, los de las charlas de vereda y chimentan que siempre fue así, que hace como veinte años llegó al barrio, que siempre se lo vio solo, que habla muy poco casi nada y con algunos, apenas un saludo y también que tiene la costumbre de caminar unos pasos, pararse y mirar para atrás como si alguien lo siguiera, nunca lo dejo de hacer comenta Don José el dueño del bar de enfrente de la pensión, ni el nombre se conoce. Una tarde me refugie de un chaparrón fuerte en ese bar, una ambulancia tapaba la puerta de la casa vieja, la pensión, algunas personas se paraban a mirar en esa dirección, el dueño del bar salió a la calle con algunos clientes, extrañado pregunte que pasaba que había tanto movimiento en una cuadra tan tranquila, ah, no sabe dijo Don José se pegó un tiro el hombre gris, vio ese tipo raro, bajito y siguió dijo la dueña que cuando entraron a la pieza ya estaba muerto y que sacando unos trapos viejos solo tenía el revólver, se ve que escondido porque ella nunca lo vio, un par de anteojos de leer rotos en un estuche nuevo y un reloj de muñeca antiguo. Se fue la ambulancia llevándolo y un coche de la policía atrás, quien diría que hoy si alguien lo seguía.



Beatriz Silvia Bonfanti de Valls
Juegos Preferidos

Adelante, atrás; adelante, atrás; se va meciendo y ese solo movimiento la entretiene como al chico en la hamaca, como ella de chica en esos balanceos que la hacían correr para ganarlos; le encantaba, uno de sus juegos favoritos; adelante, atrás el balanceo la ensimismaba y hoy también, ¡que poder!, un aire hipnótico produce quizá para llevarla a los recuerdos, y ahí llega el y con el aparece su sonrisa. El sol acariciando, calentando los ventanales, la templan, así está más cómoda, más a su gusto, su mecedora mimoseando con ese sol calentón y ahora recuerda los comienzos, esa parte que más le gusta, cuando la cortejaba y ella al notarlo coqueteaba.

Primera parte: capítulo 1: La conquista, cada día él insistía con una nueva propuesta desde una caminata, un café, una cena, desde lo posible hasta un viaje a lejanos continentes para tenerla. Entremezclaban risas, entre ese jugueteo seductor ella sola y con miedo, ella sola como una viuda, pero no era viuda, ella sola como una soltera pero no era soltera, ella sola pero no era divorciada. Entre ese que sí que no, él marcó el camino, después siguieron sus palabras tentadoras, tan provocativas que logró el primer encuentro después vino el segundo, el tercero, el cuarto, el quinto; ya no podían separarse, la piel de él y la piel de ella tenían que estar cerca. Ya había pasado el tiempo del retaceo, ahora los dos se buscaban. El pasaje de ella desactivó esa bomba de pasión. Adelante atrás, adelante atrás se dormito saboreando su secreto.



Beatriz Silvia Bonfanti de Valls
Sola, solita y sola

Con esas lluvias de otoño que no avisan, y esos cambios de temperatura que sorprenden llegue a la clase de piano temblorosa, después del formal saludo de siempre, el profesor me dijo ya vuelvo y enseguida me trajo una taza de té, mi timidez con pizcade vergüenza no me dejaba tomarlo; no podía creer que alguien tuviera esa atención conmigo, desde mi abuela no me pasaba; era lo que faltaba para quererlo y para que me gustara más. Ahí hizo mi tía Ely una pausa y me pregunto ¿te aburro con mis historias?, como siempre le conteste que no, que iba a verla justo por eso, porque me encantaba su charla; le dije ya vuelvo y regrese con una bandeja con dos tazas de té, con todos los detalles, utensilios como a ella le gustaba y con sus masitas secas preferidas que trataba de llevarle en mis visitas. Después de preparar la mesa y decorarla con jazmines la ayude a sentarse a la mesa mientras le decía no seré tu fantasma preferido, pero te quiero y te necesito ... Y esa tarde amiga fue la última que pase con ella, no te imaginas como la extraño, esos ojos celestes tan dulces que se humedecían con sus recuerdos, esas manos delicadas que supieron contenerme de chica, su tono de voz dulce y fundamentalmente sus historias, desde las familiares hasta las de sus paseos, encuentros con famosos, imagínate Isadora Dulkan, Gardel, Canaro, todas. Desde chica escuchando un repaso por la historia argentina, por la vida de esta ciudad, Buenos Aires y su vida y mía también. Trataba de negarlo para no acercarme al dolor de hoy, pero en cada visita la veía... envejecer.

Andrea Rodríguez
Historia donde un reloj divide la vida
de dos personas

Marcial se había extraviado, hacía tiempo que ya venía desorientándose. Su familia no lo había notado, pero por momentos “se perdía”.

Esa tarde salió con Rayo, su perro fiel y adorado. Caminaron hasta la estación del tren. El sol tibio lo invitaba a deambular, cosa que, por cierto, no hacía muy seguido.

El andén con poca gente, el horario de la siesta no solía ser muy concurrido.

Marcial y Rayo ingresan por la puerta del medio del tercer vagón y llegan a la estación Retiro casi sin darse cuenta.

Bajar era sencillo, iterminaba allí el recorrido!, al menos el del tren, ino así el del paseo fortuito de este dueto de amigos!

Salen de esa terminal y cruzan la ancha avenida. De repente, un reloj en lo alto de la “torre” lo invita a apostarse frente a él.

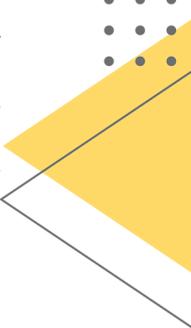
Marcial no recuerda cómo regresar a casa pero eso no lo preocupa, está distendido, como ausente. Mientras tanto, Rayo olfatea entre los canteros y arreglos de la plazoleta. Todo es paz y quietud, excepto el atestado asfalto...

Al otro lado de la torre, otra vida coincide en aprovechar la tibieza del sol de esa tarde:

Marisa, estudiante de Bellas Artes, se explaya en un boceto del trabajo que debe presentar. A tan sólo dos días de la entrega, el tiempo apremia, piensa que no va a llegar a terminar para la entrega y suda preocupación a mares.

Contrastes de la vida: Marcial con todo el tiempo del mundo y sin coordenadas que lo convoquen, sin GPS a mano que lo oriente, sin celular que suene para oír un: “Papá, ¿por dónde andás?”...

Y a escasos centímetros, ella, Marisa, con cronómetro interino a pleno, rogando ique el reloj se detenga para “llegar a tiempo”! Escaso, necesario y valiosísimo tiempo.





María Inés Quiroga - Alumna Taller de Fotografía
Docente: Agustina Sachetti
Centro Cultural Colegiales



Andrea Rodríguez
Con sencillez y pasión

Él amaba recitar y, antes que eso, adoraba escribir. Su vida no era de las más cómodas ni favorecidas: deambulaba a diario de vagón en vagón, de línea en línea, sorteando todo tipo de obstáculos y ofreciendo masitas y galletitas “a voluntad” para sobrevivir.

Alguien diría “No necesariamente era desgraciado, ¡hacia lo que quería cuando quería y durante el tiempo que le daba la gana!”

Y en verdad, eso también es cierto: Lucas podía ser calificado como “indigente” si el filtro estaba puesto en su incertidumbre económico-financiera, pero ¡era tan rico en espíritu y libertad! Y nadie lo sabía.

Los pasajeros y transeúntes en un noventa y nueve por ciento se asumían “asistentes salvadores” de ese jovencito de unos veinte años que vendía algo dulce sobre las vías, pero Lucas los “esclavizaba” inmortalizándolos en cada historia - relato que escribía.

Cada ser que se cruzaba en su vida irremediablemente inspiraba parte de su creación.

“Favores y esclavos”: dos caras de una misma moneda que sólo Lucas acuñaba en silencio, con sencillez y pasión.

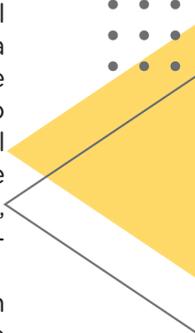
Ivon Steiner

Género y perspectiva

En 1876 una hermosa mujer inglesa, llamada Elizabeth Cun-nigan, esposa de Arnold Witman, viajaba en carruaje de fas-tuoso porte, tirado por cuatro corceles de gran destreza, por las calles de Gran Bretaña a ver a su amado John Anderson, un notable y distinguido caballero. Él la estaba esperando frente a la ardiente chimenea de su majestuosa residencia estilo imperial. Ese encuentro tan anhelado no tardaría ni veinte minutos en ocurrir. Toda una eternidad para quien ama y espera. El frío mordaz era el clima más propicio para el amor. La pesada puerta se abrió para reunir en un certero abrazo a los furtivos amantes.

La habitación que daba a la calle principal, parecía extinguir sus últimos destellos. El hombre sexagenario apenas podía moverse en aquella cama de hospital. Había logrado superar el lamentable accidente del ferrocarril Bay Shore ocurrido el 10 de Julio y del que todos hablaban en los periódicos locales de Long Island. Fue una odisea increíble, de la que nadie podría olvidarse en mucho tiempo. Corría el año 1909 y Arthur era el motorman de la locomotora que embistió a la parte trasera de otra formación. Arthur, un hombre de principios conservadores, infalible, calculador y severo al extremo debió soportar duramente la cruel opinión pública alimentada por las noticias. Críticas que no pudo sostener hasta el punto de enloquecer de rabia y confusión. Dejó de recibir la visita de su familia, los hijos ya adultos en aquel tiempo se contentaron con la buena fama que el Arthur había acuñado en sus jóvenes años. Arthur poco a poco fue aislándose del mundo hasta quedar internado en un neuropsiquiátrico. Se cuenta que su lúgubre mirada se iluminó tan solo una vez, cuando una de las enfermeras dejó pasar a Roger, el verdadero gran amor en la vida de Arthur.

A nadie sorprendió que la llegada del circo se demorara en el pueblo parisino. No era una temporada más. Y la crisis de posguerra había minado bolsillos y alegría por igual, pos-tergando cruelmente la diversión de muchas familias empo-





brecidas por los avatares de la desdicha. En marzo de 1946 llegó finalmente a las afueras de París.

El circo era un espectáculo increíble y soñado para el público ávido de risas pero en sus entrañas se tejían las más atrevidas tramas entre sus integrantes. No había ningún reparo en intercambiar parejas entre los miembros más osados del grupo. Nada estaba prohibido, y en esas confusas escenas se debatían orgullo, poder, soberbia, anhelos y frustraciones. La gente no sabría nada sobre esto, hasta mucho tiempo después. Dicen quienes saben, que el amor apasionado que allí se prodigiaban, no entendía de formas ni de cantidades y cuando las luces del circo se disipaban al final de la jornada, escenas inéditas se encendían tras bambalinas.

El año 1968 marcó un antes y un después en la vida de Julia Prado, cuando en su buzón encontró la esperada carta que la aceptaba oficialmente en la carrera de dibujo y pintura de Bellas Artes. Artista plástica y rioplatense como le gustaba decir sobre sí misma, ya podía ir juntando los elementos de pintura en su valijita de madera y asistir -acaso con más expectativas que talento-, a sus clases de arte en el prestigioso edificio tantas veces visitado. Julia supo honrar con creces tan merecida admisión porque pintó y dibujó con esmero y pasión durante cada día de su vida logrando progresos reconocidos, muchas veces premiados y aplaudidos. Pausadamente fue llegando a la cima de la gloria, su encantadora novia de juventud.

Cuando muchos creían que Alan había logrado todo en la vida, les faltó asistir a su visceral confesión. El veinteañero español se acercó a sus padres para decirles al fin la verdad. Una verdad que ellos ya sabían. “No quiero que me encasilléis como varón ni tampoco como mujer. Yo no tengo la culpa de mi biología”. Esta última frase quedó resonando por días en la cabeza de su padre.

Lo habían intentado todo antes de aquella jornada fresca de Agosto: psicólogas de consejos elocuentes y premisas irrefutables. “Que lo dejéis en paz”, “que lo acompañen sin juzgar”, “que alienten sus proyectos sin temor”. Floridos dis-



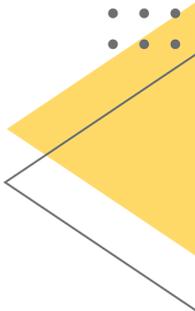


cursos que Alan sabía ignorar sistemáticamente.

Tras una noche de copas con amigos, el millennial cayó en un sueño profundo en el que una hermosa mujer inglesa viajaba en carruajes por calles desconocidas para él, hasta detenerse ante un viejo portal de hospital mental en el que había un solo paciente que atender. Su hoja médica tenía escrito un nombre: Arthur. Este hombre presenciaba desde su cama un espectáculo de circo montado a su alrededor. Malabaristas y payasos intentaban animarlo sin éxito con burdas gracias y reiteradas piruetas. Al ver entrar a Alan a la habitación, intentaron actuar para él y lo invitaron a un trapecio mortal tan alto que parecía imposible de ver.

Alan se vio a si mismo subir sumiso a la trampa sin red y luego caer lentamente hasta ser rescatado antes de estrellarse contra el piso, por una joven pintora y que lo acunaba como a un bebé. Un bebé que aún estaba próximo a nacer y que no se dejaba ver en el estudio prenatal. El ecografista no pudo declarar la tan anhelada sentencia: Varón o Mujer, ante la atónita mirada de sus expectantes padres.

En el momento del nacimiento, Alan se despertó exhausto y agobiado. Buscó escapar de la incandescente luz que lo recibía. Buscó de mil maneras encontrar un nuevo nombre con el que presentarse ante el mundo.



Ivon Steiner
Lejana cercanía

La vieja bicicleta del maestro rodó dificultosamente por los empantanados caminos del campito. Este lugar del Gran Buenos Aires desprovisto de todo encanto, tenía mucho de nada y poco de todo. La pandemia del año 2020 llegó hasta allí como un castigo bíblico de imprevisibles consecuencias.

Con la escuela cerrada, el maestro emprendía cada semana el mismo viaje con anónimo heroísmo, llevando apuntes y libros a sus alumnos. Acercarlos a la lectura en plena cuarentena fue tal vez la hazaña más gloriosa de toda su vida. El viento matinal de mayo se colaba entre los pliegues de su gastado abrigo. Al pedalear entre las piedras regadas del sendero, recordaba su niñez cuando somnoliento, iba a la escuela en bicicleta junto a sus hermanos con algún pan asomando desde el bolsillo del guardapolvo.

El maestro sabía que una mujer rodeada de niños le abriría la tranquera, que lo recibiría una vez más amigablemente aunque, con el saludo distante que obligaba la ley. Sabía también que la casa de su alumno, un humilde rancho de ajustadas proporciones, se dejaba ver solitario y descolorido al lado del viejo árbol que lo vio nacer. La mujer llevaría puesto, adivinaba el maestro, vestido de algodón viejo y saco de lana, botas cortitas resignadas a cubrir sus cansados pies. A su lado estaría esperando

Agustín, su alumno de quince años. El maestro le traía cada semana un nuevo tesoro: Un montón de hojas escritas que él acariciaba en silenciosa gratitud, un libro de tapas verdes ya borroneadas por el tiempo y tal vez una o dos piezas de pan crocante amorosamente horneadas al calor de un fuego casero.

Agustín esperaba anhelante la llegada de su maestro como quién espera la palabra justa de un ser amado. Su madre también aceptaba con sencillez el generoso gesto que era ofrecido a su hijo y se complacía profundamente al ver un



brillo renovado en los ojos del chico.

El maestro creía en Agustín y lo consideraba su mejor alumno. El joven era un férreo trabajador en los cultivos de su huerta. Temía que esto eche a perder la frondosa imaginación del chico. Pensaba que la dura vida en el campo no es compasiva y que a veces la ardua labor se lleva para siempre los sueños más profundos jamás confesados.

Agustín se apresuraba a devolverle entonces el libro de la semana anterior y con idéntico gesto recibía el nuevo. En esa ceremonia las palabras se repetían inaudibles pero necesarias en aquella rutina perfecta. El maestro le preguntaba a Agustín de tanto en tanto si había avanzado con la escritura. El chico asentía tímidamente sin animarse a revelar jamás alguno de sus progresos. Preveía, sin embargo, que su último trabajo literario había madurado lo suficiente desde la última vez que su maestro lo interrogó al respecto. Al muchacho le inquietaba relatar la búsqueda desesperada del protagonista de su último cuento: Lejana cercanía. Lo obsesionaba además la idea de ver a su propio padre y sentir su austera presencia calentando ropa sobre la salamandra, juntando leña o acariciando al perro bajo la sombra del viejo árbol.

El maestro debió despedirse, aunque no hubiera querido hacerlo. El chico entró a la casa. Lo siguieron sus hermanos y su madre.

Le hubiera gustado iniciar la nueva lectura frente al fuego de la cocina en ese mismo instante, pero sabía que le aguardaban miles de labores. Su consuelo seguro era la noche. El cantar de los grillos, su única idea del silencio. Sabía que a esas horas no habría niños deambulando y los perros estarían echados previsiblemente en algún rincón de la precaria habitación.

Para Agustín la noche era más que un tiempo. Era un espacio genuino para descubrir y quedarse a saborear entre lecturas, las palabras que él mismo revelaría más tarde con su propia voz. Le gustaba dar vida a personajes febriles que no demoraban en derramar sus pasiones, sobre las blancas



llanuras de papel. Desde la íntima profundidad de su cuaderno de notas, se adentraba en universos lejanos y silenciosos. Muy distantes de la impiadosa cotidianeidad que sofocaba al muchacho. Tras fatigosos esfuerzos, el sueño llegaba inexorablemente para redimirlo de peligrosos desvelos.

Sobre su fiel bicicleta, el maestro cruzó los charcos y esquivó las piedras eternas del camino. Logró llegar al otro lado del triste paisaje conocido atravesando un extenso puente de madera. A ambos lados se erguían indiferentes, numerosos cipreses de abultado follaje. Sintió contra su cuerpo el roce de algunas hojas frescas esparcidas por el viento. El maestro pedaleaba ya sin dificultad, dejándose invadir por fragancias exóticas o añejas, como retazos de recuerdos ajenos y propios fusionados en una sola evocación. La certeza de cierta plenitud, le resultaba inmerecida. Desabrochó su abrigo para aclarar la confusa sensación y respiró extrañado (o conmovido) por primera vez desde el comienzo de la pandemia. Comprendió que era el protagonista de un lugar imposible, y estaba rodeado de todo lo bueno que acaso pudiera existir. Pensó en Agustín e imaginó tomarlo de la mano, compartir con él este regalo que ahora recibía pero que era demasiado grande para apreciarlo solo. Se dejó caer de rodillas y lloró agradecido.

El padre de Agustín supo, o creyó saber, que toda su vida cabía exactamente en ese mismo instante. Ese intervalo de tiempo que se abrió inexplicablemente, descrito desde las entrañas de un cuaderno de notas, era ahora su propia existencia. Agustín lo había reconocido. Más tarde, el hombre juntaría leña para la salamandra y acariciaría a su perro como por primera vez



Lia Derincovsky La foto de papel

Varias veces habien coincidido en el subte, sus miradas se atraian. Las dos bajaban en la misma estación; Perú, cada una tomaba una dirección opuesta. La rubia Mecha, se animó a encarar:

—¿Dónde trabajás?.

—En Telefónica, ¿y vos?-preguntó la morochaAndy.

—En una multinacional.

Así fueron pasando los días, hasta combinar para salir a cenar.

Llegó el sábado. Mecha conversaba animadamente, Andy era más tímida. Cuando la conversación adquirió un tono más íntimo, Mecha le propuso ir a su casa; la atracción era muy pasional;Andy aceptó.

Así comenzó un lazo muy sólido entre ellas. Un domingo paseando por los bosques de Palermo, habí un fotógrafo, le pidieron que las retratara; pondrían esa foto de papel en un lindo marco y en el mejor rincón de la casa.

La fotografía reflejaba el gran amor que sentían una por la otra.

La relación fue cambiando, Mecha se volvió agresiva, golpeadora.

Decía perdoname, no lo voy a hacer más Eran sólo palabras. Andy tomó la decisión de huir llevándose la foto, que tanto amaba.

Cuando alcanzó la calle, llovía; resbaló, cayó y con ella la foto que fue a parar al cordón de la vereda. El agua se la llevó como si fuera un bocetito de papel; las lágrimas rodaban por sus mejillas mientras miraba como la foto desaparecía. Una parte de su vida sombría, matizaba con pequeños destellos de felicidad.

Beatriz Ordiz
La casa

Al enemigo ni justicia.

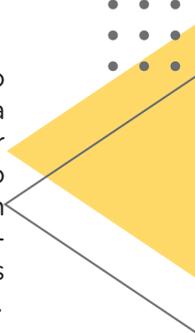
Nos reunimos en Bonorino al 700 en casa de Calata, primo de julio, Mi decisión inamovible si vivo a la vuelta, sobre Monte. Llegué a las 19 y ya estaban en el comedor sentados en torno a la mesa frente a un pocillo de café. Irene envuelta en su mantilla gris, el hermano vistiendo su chaleco beige, los hombros caídos soportando el terror hecho realidad. Julio Florencio pucho en mano.

Apoyada sobre el alfeizar María Ester demacrada, flaca, consumida, puro ojos de azul intenso, luciendo esa pollera plato escocesa que en los últimos tiempos tan floja de cintura le andaba, miraba sin ver a la calle. Giró y con inquisidora mirada a Julio le recriminó -vos calentón, que tantos ositos viviste ¿por qué le escribiste a él una única ilusión? ¿sólo la posibilidad de un amor?

El azul intenso se hizo acuoso al posarse sobre Irene quien no sabía dónde poner sus manos inactivas ya que el tejido y la canastilla quedaron en la casa frenados por la cancel, por qué la escribiste para no discutir, esfumaste todo su encanto. María Ester no podía comprender por qué les quitó la casa construida por los abuelos, grande, cómoda, contenedora de todo lo que amaban.

Los okupas iban y fueron por todo. Sin la casa ellos desaparecían.

Irene desconocía muchas cualidades de Julio, ella sabía. Sólo lo que él le permitía saber. Creo llegó la hora de ponerlos a todos al tanto: a) renunció en Lincoln a su cargo de profesor antes que lo dejaran cesante como a mí por no estar afiliado a la Unidad Básica. b) se fue a París antes que lo chuparan por contera comunista y c) se vengó desde allí, muy sutil, escribiendo Casa tomada como denuncia de la pérdida de los Derechos ciudadanos. Recuerdan: a los enemigos ni justicia.



Beatriz Ordiz
El señor Alzheimer llama a tu puerta

De un empujón y sin experiencia nos metieron adentro y entre cuatro paredes perdimos nuestros tiempos, el tiempo de las compras, el de los encuentros.

Tras las puertas quedaron todas las rutinas, las horas que marcan el correr del día, su número, su nombre, el programa armado con el cual cada uno construye a su vida.

Ante el desconcierto mi reloj no suma, va restando horas. ¿No sé qué está sucediendo, quizá por eso aparecen los miedos, muchos ya superados... el miedo a la muerte se había transformado, ya era una intriga de cómo sería dar ese gran paso?

¿Y aquél otro miedo, el del pelo largo para los muchachos, el de disfrutar las noches? ¿Nos sigue aquel Falcon?

Ya retrocedimos hasta el misticismo tan adolescente, el del guiño pícaro frente al pecado, el ingenuo creer que existen y pueden alcanzarnos los milagros. Pedírselos a ese Dios tan... ¿Están llamando? No abran la puerta. El Sr Alzheimer reparte tarjetas.



Claudia Beltramini
“LA” Casa

UPs. Se me terminó el libro de mandalas. ¿Y ahora? Con lo que me gusta colorar, y tan hermosa caja de lápices, sin usar. Tengo tiempo.

No tengo compromisos.

Voy a dibujar como en la infancia. Empezaré por lo más fácil.

Líneas rectas. Por una casa.

Una no, “LA” casa.

¿Cómo sería “LA” casa?

Sencilla, pero completa.

No muy grande, no estoy acostumbrada, y no sabría dibujarla.

Alcanza con que sea fresca en verano, y calentita en invierno.

Ah! Y que no tenga goteras.

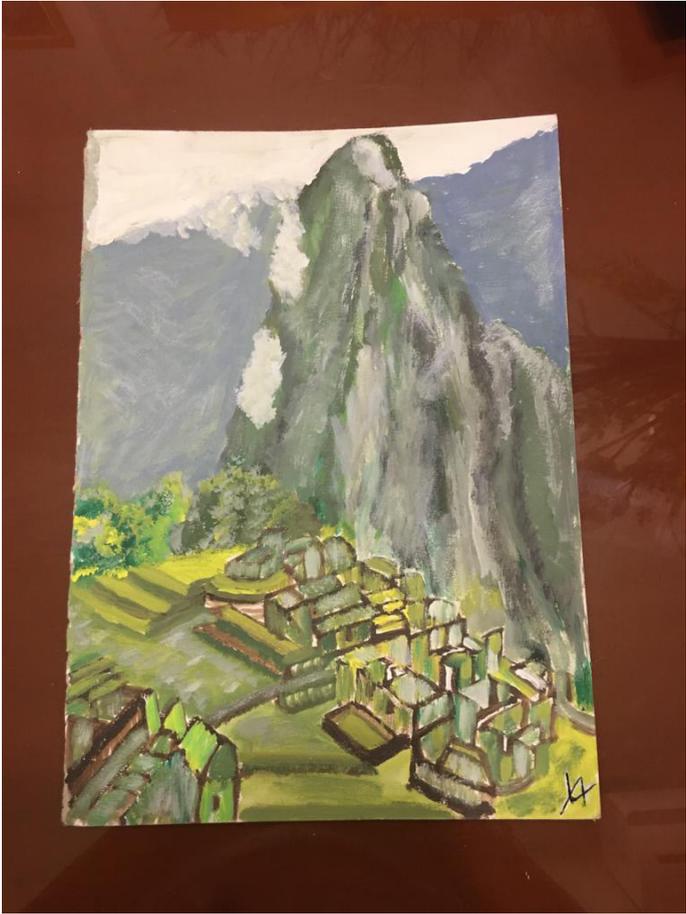
Pisos de madera, son más cálidos.

Paredes seguras, con ventanas a lindas vistas.

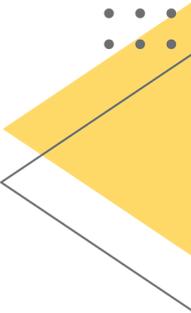
Nada extraordinario. Algo que supiera dibujar, y disfrutar sin culpas. Tracé unas líneas, las repliqué con ganas. No hice una casa, bosquejé un barrio. Muchas casas que alojen a mucha gente.

Que no dejen a nadie sin techo.

La casa ideal, es aquella que se multiplica hasta cobijar a todos..



**Atilio Visconti - Alumno Taller de Plástica
Profesora Dalia Hendler
Centro Cultural RobertoArt**



Dante Donolo
Después de las Fiestas...

Los frutos maduros del otoño que languidece concentran el perfume y el sabor, de la pulpa y de la cáscara, que aprisionan al esquivo sol.

Dos latidos con distinto ritmo, tienden a converger desde que se sorprenden.

Van juntos en la cosmopista, hacia el mismo destino de militancia y de tumba.

Inmersos en el amor suave por cauces viejos, caminan acompasados, de la mano, sin interrumpir el diálogo de silencios plenos.

El peso de ambos testimonia la huella en el polvo nicaragüense, amalgamándose la sangre generosa con la poesía fresca y revolucionaria, bajo el luminoso cielo de Solentiname.

No hay placas de oro en París sobre las tumbas.
Hay fiesta de despedida en la post fiesta del poema logrado.

Llegando a París, las cadencias vivas se refugian entre las cenizas de amores pasados.

Después de las fiestas
son “como un remanso”, con “la misma tibieza”,
del amor saboreado:

“juntos, riendo, despeinados...”.

Consigna: “Después de las fiestas”: *Y cuando todo el mundo se iba / y quedábamos los dos / entre vasos vacíos y ceniceros sucios / que hermoso era saber que estabas / ahí como un remanso / sola conmigo al borde de la noche / y que durabas más que el tiempo. / Eras la que no se iba / porque la misma almohada / y la misma tibieza / iba a llamarnos otra vez / al despertar al nuevo día. / Juntos, riendo, despeinados.” - Julio Cortázar -*



Dante Donolo Caligrama

Cuando el alma poética respira puede mirar hacia la oscuridad adentrándose en ella o, busca la esperanza hacia la aurora que preanuncia el día.

Algunos, trascienden la realidad imaginando, subjetivamente, “el frescor de los vidrios al poyar la frente en la ventana”, mientras al apagarse las luces titilantes se hunden la más profunda soledad.

Allí conviven con las sombras atesoradas en los rincones más oscuros o en las “intenciones de papeles que se arrastran en los patios vacíos”, donde amasados, se leudan con “warrants agrícolas” y el sonido de monedas que compran palabras fatuas.

Otros, quizá, desde la lejanía en el silencio del budismo-shintoísmo, o de la Thora o en las primeras tradiciones orales caminan, física o en espíritu, desde la luz del sol reflejada en la luna hacia los rayos cálidos y luminosos de la vigilia... laudes... sexta... nona... vísperas y completas, recibiendo la caricia del atisbo y la intensidad después, a través de los vitrales de ashrams, templos, sinagogas, mezquitas e iglesias. Alternan, varias veces, entre los trabajos que alimentan sus músculos y las meditaciones que sedan y florecen desde su interior.

Nadie sensato respira para encerrar en los pulmones el COVID-19. Nadie deja de disfrutar el aire fresco del amanecer, mientras sus manos siembran, sin depredar, entre murmullos objetivos nutridos con sabias palabras.

El caligrama iluminado, muestra la diversidad de colores incluyendo la bipolaridad extrema del blanco y negro, humanizando la unidad nocturna.

Consigna: OLIVERIO GIRONDO (1891-1967) roza el codo de Jorge Luis BORGES (1899-1986) en la Revista “Sur”. “NOCTURNO”: *Frescor de los vidrios al apoyar la frente en la ventana. Luces trasnochadas que al apagarse nos dejan todavía más solos...A veces se piensa, al dar la vuelta la llave de la electricidad, el espanto que sentirán las sombras...*

Isabel Lago El baile

La sala estaba completa. La función prometía transportarnos a la sutileza de la danza y la caricia de la música. Sentada en la primera fila experimentaba la emoción que despierta una cita deseada.

El escenario esperaba la salida del bailarín, ese muchacho oriundo del lugar que había trascendido los límites de su pueblo y triunfado en el mundo.

Habíamos estudiado juntos en la escuela de danzas, esa pequeña y cálida escuela donde los ritmos impregnaban las paredes y el sólo cruzar sus puertas nos elevaba al mágico mundo del baile.

Recuerdo su figura estilizada, sus movimientos delicados y sensuales. No me cansaba de mirarlo porque de verdad lo admiraba.

Ansiosa esperaba ser su compañera para sentir sus manos en mi cintura y su perfume en mi rostro impregnado.

Viene a mi memoria aquella tarde cuando entró a la clase y contó que había ganado una beca para seguir sus estudios en la Escuela Nacional de Danzas de Buenos Aires.

En un par de días lo vi subir al micro y alejarse. Con una sonrisa amplia levantaba su mano y me saluda mientras yo trataba de secar con la manga de mi blusa algunas lágrimas. Pasaron muchos años desde entonces, abandoné el baile y las artes pero continué su recorrido a la distancia y lo seguí admirando como antes.

Soñé que algún día volvería y hoy fue ese día tan ansiado.

La sala estaba llena. Se apagaron las luces y el pesado telón se abrió lentamente, quedando sólo el escenario iluminado. Y en medio de un majestuoso decorado apareció la belleza de su cuerpo torsionado.

Imaginé bailar junto a él en cada acto, lo aplaudí con amor descontrolado y mientras los besos continuaban sin descanso, le acerqué aquella flor seca que entre las hojas de un libro he conservado y rocé sus manos con las mías en un acto de entrega imaginario.



Isabel Lago

Misteriosa aparición

Aquella mañana calurosa de verano, recibí una nota del juzgado de Dolores que me citaba para presentarme en un plazo de 48 horas. El asunto decía: Herencia Juana Ibáñez a su favor.

En principio tuve ciertas dudas pero algunos datos ponían en evidencia la veracidad de la misma.

Juana Ibáñez era una tía política de mi madre, solterona y sin más familia que nosotros. Apenas habíamos tenido con ella algún vínculo esporádico por carta y en no más de dos o tres ocasiones la habíamos visitado en su casa. Un pariente lejano nos había avisado de su muerte, un par de años atrás. Frente a la citación, tomé mi mochila, guardé un par de mudas, básicamente ropa interior, documentos, el celular y fui a Retiro para viajar en el primer micro que pudiera trasladarme. En poco menos de tres horas estaba en Dolores, busqué hospedaje en un pequeño y sencillo hotel del centro y sin poder manejar mi ansiedad y con la dirección en el sobre de su última carta, salí a la búsqueda de la propiedad que seguro era el legado de la tía Noni, como se hacía llamar.

Pregunté al encargado del hotel cómo llegar, no parecía complicado. Caminé en zigzag varias cuadras, mientras notaba que poco a poco desaparecían las casas y grandes extensiones de terrenos vacíos, algunos inclusive sin alambrados, ganaban enormes espacios descampados.

Casi cuando había perdido las esperanzas de ubicarla y frente al anochecer que avanzaba, pude divisar la enorme y antigua casona, que rápidamente reflató en mi memoria. Sus paredes de ladrillos a la vista y sus tejas enmohecidas por el tiempo no me dejaron lugar a dudas. Seguí avanzando y una vez que estuve frente a ella, crucé el cerco, caminé por la galería lateral hacia el fondo, donde recordaba la existencia de un limonero, un ciruelo y un pino que le habíamos llevado la última vez que estuvimos en la casa. Casi llegando al final de la galería, una tormenta de viento cubrió el cielo trayendo con ella una lluvia copiosa que prontamente levantó el calor de la tierra e impregnó el espacio con ese perfume tan característico del



césped mojado.

Traté de protegerme y esperar que pasara lo que seguro era una lluvia pasajera de verano.

Fue entonces y en forma inesperada que la figura de una mujer salió detrás de los árboles y comenzó a desplazar armoniosamente su delgado cuerpo, hacia arriba, abajo, atrás, adelante, dibujando con cada movimiento una especie de magia inexplicable.

Paralizada en el asombro quedé inmóvil, sintiendo que todo mi cuerpo se empapaba cuando la lluvia comenzaba a filtrarse por alguna rotura de las chapas.

Extraña situación, mientras mis ropas chorreaban agua, la mujer seguía bailando sin que una sola gota de lluvia la mojara.

En medio de mi asombro pude ver cómo poco a poco su figura se esfumaba, primero sus pies, luego su cuerpo y por último su cara.

Una mano sobrevoló el espacio, una mano que me dio su adiós mientras se elevaba. La lluvia se detuvo de inmediato y el cielo se cubrió de estrellas radiantes como si fuera magia. Volví al hotel mojada, pálida, asustada. El dueño al verme así se acercó con gran sigilo y en voz baja dijo: “el espíritu de Noni, está siempre presente, allá en el fondo de su vieja casa”

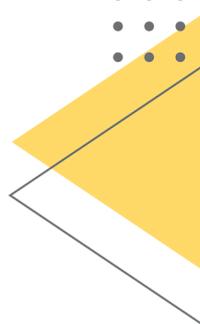


Ethel Milic
Final inesperado

La línea se enrosca sobre si misma formando un resorte y se estira con violencia desarmando al hombre, que turbado y confundido mira la palma de su mano vacía, donde desde la base del índice y hasta el meñique una nueva línea se inserta paralela a la suya, la del corazón, y se incrusta en su carne como la metáfora de un amor que espera suplicante su regreso. El hombre escucha el segundo aviso de la sirena de partida, el último y; se lanza con desesperación sobre la planchada que los marineros estaban a punto de levantar. Y tiene alas en los pies, que no alcanzan a tocar el suelo y tiene mariposas en el estómago y tiene lágrimas en los ojos y tiene flores del campo en el corazón.



Celia Carnelli - Alumna Taller de Plástica
Profesora Dalia Hendler
Centro Cultural RobertoArit



Ethel Milic
Pacto de honor

Desde mi escondite en el sótano vi bajar a Borges por la empinada escalera, torpemente y; al llegar al final acostarse en el piso. La oscuridad era total y Borges tuvo un momento de terror al caer en la cuenta de lo precaria que era su situación. Solo, a oscuras y totalmente a merced de un loco, de un desquiciado que lo odiaba y que tal vez había decidido matarlo. Yo me mantuve escondida y oí su dramática conversación con un dios en quien no creía, pero al cual apelaba en los que, pensaba, eran sus últimos momentos. Yo iba a intervenir pero de pronto él enmudeció y permaneció absorto mirando debajo del escalón diez y nueve donde ya brillaba una luz enceguedora. Yo sabía bien lo que veía. Esperé el tiempo suficiente y salí de detrás del baúl donde me había escondido.

— ¿Quién anda ahí? - gritó Borges.

Entonces me hice ver.

—No tema señor Borges, no está solo - dije.

— ¿Qué estás haciendo aquí niña, quién te encerró?

—No señor Borges, nadie me encerró. Yo vengo acá desde hace mucho tiempo. A mí no me interesa el bolón del escalón diez y nueve, a mí me interesan los libros y las fotografías del baúl y bajo muy a menudo a leer. Tengo mi linterna. No tiene de que preocuparse. Si Carlos Argentino no lo viene a sacar de acá, lo sacó yo. Yo sé entrar y salir sola. Sólo le pido que no me delate.

— ¿Delatarte?-dijo Borges -¿cómo podría? Hagamos un pacto, vos no le contás a Carlos lo que dije de él y te prometo que nadie sabrá que bajas al sótano.

—¿Estás de acuerdo?

Yo le tomé la mano con el entusiasmo de mis once años y juré ¡Un pacto de honor!



Jorge Luis Bonelli
Extraños días nos están conmoviendo

Pareciera que todo lo que vivimos en este momento, sucediera en una película en la cual nosotros somos unos simples extras y no tenemos ni idea de cómo sigue el guión.

La cuarentena se había vuelto total. El coronavirus caía sobre el mundo como una lata de pintura volcada, que convertida en un tsunami se llevaba todo por delante y al que no lo cubría, lograba al menos mancharlo. Era Octubre del 2020.

En Buenos Aires y no sé por cual razón las cifras no se consideraban altas, en relación a otros países. Yo como agente de investigaciones, estaba controlado mensualmente y tenía un permiso que permitía moverme libremente. Por entonces me encontraba solo, franco de servicio y no me iba a quedar encerrado en casa. No tenía muchos amigos y mis compañeros solo lo eran en el servicio. Sabía que debía que salir. El encierro era abrumador. Pero ni siquiera podía ir a tomar un café o al cine. Y tuve una absurda idea.

Ese día, día de la madre pensé que sería decoroso, una visita al cementerio, después de tanto tiempo. ¿Qué extraño razonamiento me llevo a ir a ese lugar y en esos momentos? Pero mientras circulaba por las calles de Flores con mi pequeño auto rojo, recordé que ella había sido incinerada y yo no había ido a la entrega de sus restos. Mi esposa y mi hijo se habían ocupado. Yo estaba en una misión especial. No tenía la más pálida idea de donde estaban sus cenizas ni la forma de ubicarla. Casi diría que estaba triste.

¿Cómo no recordar donde estaban los restos de mi madre?
¡Me indigne!

Yo no tenía hermanos, hermanas, o al menos tíos o primos que con el paso de los años se perdieron en el pasado y se esfumaron definitivamente de mi vida.

De cualquier manera continúe avanzando hacia el cementerio de Flores.

Esta maldita pandemia me tenía mal. Tuve algunos conocidos que habían caído frente al flagelo. ¿Me estaría afectando de alguna manera? No sé ni que haría en cuanto llegase a la



necrópolis.

Mi ex esposa residía en Mar del Plata. Mi hijo estaba en España con su mujer y mi nieto, pero no eran fuentes confiables para recordarles algo que había pasado hace tantos años y además con el quilombo que era el mundo... ¿A quién se le ocurriría ir al cementerio? Evidentemente yo no estaba bien. Le debía una visita a mi psicóloga.

De pronto el paredón terminó y entre por la puerta de Varela. Aparqué en un estacionamiento inmenso y vacío donde solo había dos coches. Acomodé el barbijo que tenía bajo la mandíbula. Al abandonar el auto un guardia se interpuso. Le mostré mi credencial y con un gesto cordial me permitió avanzar.

Al que no conoce este cementerio, les cuento que desde ese lugar, podía ver las viejas cruces de las tumbas en tierra que se extendía hasta la Av. Perito Moreno sobre la derecha y al frente el moderno mausoleo de cemento vidriado que componía la parte nueva donde se encontraban miles de nichos. Y hacia allí comencé a caminar desganado, buscando algo que no sabía que era. ¿En este preciso momento, mi psicóloga preguntaría...? ¿Y que buscaba Jorge allí?». ¡Qué sé yo lo que buscaba! Pero allí estaba. Recordaba el nicho donde habían agrupado los restos de mi abuelo, de mi tío José y de mi padre y supuse que allí también estarían los de mi madre.

Caminé desorientado por varias galerías. Sabía que era de segunda o tercera fila casi sobre la avenida central y a la izquierda. Así que fui verificando lentamente, hasta que la encontré. Observe que figuraban tres identificaciones. El nombre de mi papa, el de mi abuelo y el de mi tío. Pero el de mi mamá no estaba... ¿...?

No me hallaba con ánimo de buscar un encargado (si había en estas circunstancias) para preguntar si...» ¿Habría restos en el nicho que no estuvieran señalados por su nombre, que podía hacer?». No era el día ni el momento indicado. Mire la vieja sepultura. Hice una displicente señal de la cruz y comencé a alejarme de un lugar que me trajo tristes evocaciones.

Abrí la puerta del auto. Me senté y desprendí el barbijo. Encendí el motor, di una vuelta pasando por el frente de la avenida central, mire de reojo hacia el fondo y prometí solemne-



mente no volver nunca más.

Avance dos cuadras. Mi cerebro comenzó a pasar imágenes de mi vida, como dicen sucede cuando se está al borde de la muerte. Recordé la muerte de mi padre con solo cuarenta y dos años. Mi abuelo paterno no resistió más de seis meses y falleció también agobiado por la muerte de su hijo. Años después también falleció mi otro abuelo y a mis abuelas agonizaron antes que yo naciera y nunca llegue a conocerlas. Mucho tiempo después también murió mi mamá.

Me estacione frente al Hospital Piñeiro en una desierta avenida Varela, a las tres de la tarde. Me tome la cabeza, con desesperación. Abrumado por todo lo que estaba pasando, nuevamente pensé en la Psicóloga. La pandemia me estaba afectando.

¿Los recuerdos ahora? ¿Por qué?

Y allí... Me sentí tan solo que comencé a llorar.



■ ■ ■ ■ ■ ■

Jorge Luis Bonelli
Rozándose en el aire como pájaros ciegos

El perfume y el color blanco hicieron memoria y recordaron los claveles, que se rozaban en las hojas verdes de una enorme planta que estaba al fondo del patio al comenzar el jardín se la vieja casa familiar.

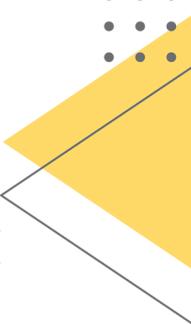
Ahora también el suave viento mecía los claveles en el aire frío al borde del andén, como sucedía en aquellos tiempos en que el verde y el blanco se entremezclaban en las brisas matutinas.

El intermitente pitido de la locomotora anunciaba la proximidad del tren acercándose y el trepidar de los rieles que estaban cerca de mí anunciaban el momento en que iba a despedirme para siempre de ese lugar, en el que había vivido varios años. A veces bien a veces mal. Pero el pasado ya no estaba en mi vida (eso creía yo). Ahora pensaba que llegaba el futuro, en ese convoy que estaba entrando a la estación.

Al detenerse en ese viejo y olvidado terraplen de provincia, descendieron dos personas y mientras observaba al uniformado jefe del parador dar vía libre para salir, el guarda que estaba detrás me apuraba a subir. Era el único viajero en ascender y el transporte se componía de la máquina, dos vagones de pasajeros y el último para correo y transporte de encomiendas. Pude observar que alguien desde el interior de este último furgón arrojó a los pies del jefe de uniforme deshinchado un paquete con diarios y revistas que le hizo dar un salto hacia atrás. Escuche una carcajada desde el fondo del tren y mirando al andén observe a unas amenazantes manos que señalaban al sujeto del último vagón, supongo que por el abrir de su boca, también lo estaba insultando. Sonreí.

Había subido al tren entre los dos vagones. Al mirar hacia adelante observe a una pareja con dos chicos y tres pasajeros (comisionistas supongo) en la otra punta del furgón que jugaban a las cartas En el de atrás solo había una persona de espaldas.

Era una mujer. Y era raro. A las mujeres siempre les gusta viajar mirando al frente.



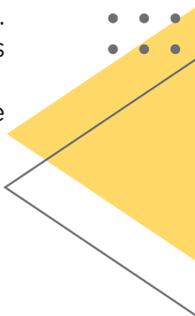


¿Y ahora que hacía? Ella estaba en medio de todo. ¿La pasaba y me ponía más atrás de frente a ella? ¿O me sentaba aquí delante y mi espalda se haría cargo de sus ojos si se atreviera a mirar?

Al final mi curiosidad pudo más. Me dirigí a un asiento del fondo y a otro lado del pasillo. Al pasar junto a ella balbuceé un “buenos días”. No esperaba respuestas pero al llegar a mi destino, una joven y cristalina voz me respondió “buenos días”. Acomode el bolso que contenía mis pocas pertenencias y me senté. La observe un momento. Ella miraba por la ventanilla. Era una mujer que no debía tener más de treinta años. Bonita y vestida demasiado elegante, como para un viaje en tren. Bueno. Listo. Entrecerré los ojos y me dispuse a dormir.

Dormí y en mis sueños mi memoria comenzó a funcionar, hasta llegar a la muerte de mi mujer a causa de un cáncer que hizo que en dos meses desapareciera de mi vida la persona que más ame y con la que solo pude compartir seis años de mi existencia. Yo tenía treinta y tres años, esto provocó en mí una locura temporal que culminó cuando hace más de tres años mi familia me internara en ese Retiro Neurosiquiátrico del que acababa de salir. Ya no sabía si dormía o estaba nuevamente en la realidad. Se suponía que estaba recuperado. El director, el viejo y querido Doctor Esuoh que tanto hizo por mí, me acompañó hasta el portón de entrada, me dio algunas recomendaciones y una tarjeta para que lo llamara cuando llegara a casa. Me abrazó rápidamente e indicó el sendero por el que camine solo, las veinte cuadras que separaban el Albergue de la estación. Y hasta ahora iba bien. Pero volví a recordar a mi esposa y comencé a llorar desesperado. Sentía mis lágrimas vagar por mi rostro y no quería abrir los ojos.

En ese momento una dulce voz me despertó, mientras me sacudía el hombro. “¿Estás bien? ¿Te pasa algo?”
Entonces le conté mi vida.



Julieta Troncone
Amanece y no estás

Amanece y no estás,
a través de la ventana veo las palomas
que no saben qué hacer con tanto cielo;
ni yo con tanta bruma en estos ojos míos
esperando la resurrección del saludo
que auguraba un buen día,
sin huecos de cariño
ni vacío de palabras.

Algunas plantas se marchitaron
como algunos rincones de mi alma,
otras reverdecen hacia la luz
como la esperanza del sobreviviente.

El gato maúlla aún con fuerza
detrás de la puerta,
todavía espera
y tú no estás.



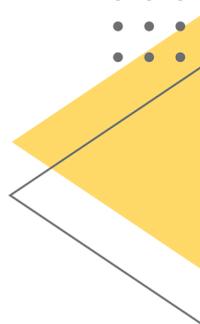
Julieta Troncone
Primer acto

Hay momentos de intenso placer y felicidad en los que le hubiera gustado detener el tiempo, breves instantes en los que se proyecta la vida entera. Bailaban, sus manos se reunían bajo la luz difusa del lugar y sus cuerpos se complementaban en el mágico territorio de las formas, la música lenta acompañaba sus pasos. Nacía el amor.





**Silvina Mariel Puppo - Docente de Plástica
Centro Cultural Lino Enea Spilimbergo**



Liliana Moscardi
Gozo

Despliega sus brazos cual alas,
danza libre como el viento
dando expresión y sentido
Aguardados sentimientos.

Moja la lluvia sus ropas
y ella sigue sin mudanza,
alegre está su corazón
inundado de esperanza.

Salta, canta, sube y baja
bañada por transparente cortina,
que no alcanza a cubrir
su delicada sonrisa.

Sigue niña con tu baile
no detengas tu energía,
que mucha falta nos hace
embebernos con tu alegría.



Liliana Moscardi Engaño

Fría mañana de otoño. Me levanté temprano y con la firme determinación de ir hoy, sin más dilaciones a la casa de mi padre. Llevo tres meses postergando el momento en el que me encontraré con lo íntimo de su cotidianidad, de sus gustos y sus recuerdos.

Abro la puerta y me invade el vacío. Enseguida y sin pensarlo más, comienzo a sacar y evaluar las cosas según mi criterio. Cacerolas, cortinas adornos...sus ropas...todo, ya que en una semana deberá estar desocupado el departamento.

Estoy en su dormitorio, lugar privado por excelencia. Mi estómago se anuda cuando se trata de tocar como propias, sus cosas más íntimas. La mesa de luz, la cómoda. Voy sacando y poniendo en distintas bolsas según creo que sirven o no... fotos, papeles con anotaciones, remedios...

Ya casi termino con el placard, sólo me falta abrir una pequeña puerta interior, pero no tiene la llave. La busco por el piso del placard. No está. Busque un destornillador que papa tenía y forcé la cerradura. Había partidas de nacimiento de él y mía, mi viejo certificado de bautismo, los boletines de toda mi escolaridad, el misal y el rosario de mi abuela, un libro y escritos sobre la dictadura del 76 y una carpeta que decía "documentos casa" y entre los papeles se destacaba un sobre marrón atado con una cinta. Lo abro y me dejo caer sobre la cama porque mis piernas se aflojaron al ver qué contenían. Eran las cartas que yo le escribí a mi mamá desde que aprendí hasta casi adolescente, en que dejé de hacerlo porque no recibía respuesta.

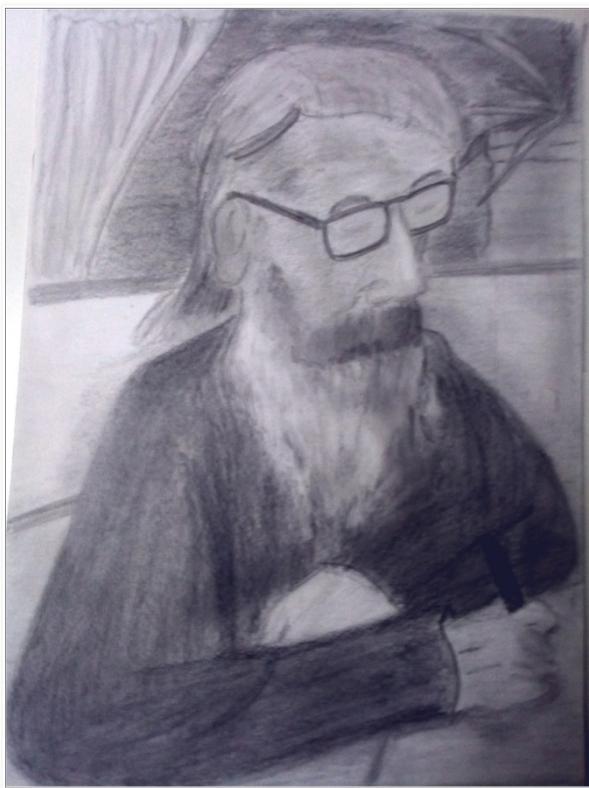
Estaban todas...todas. ¡Mi papá nunca se las había mandado! ¿Por qué? Me siento estafada. La ira me marea. ¿Por qué me mintió?... Por qué lo hizo. Con qué derecho me privó de hablar con mi mamá, de hacerle preguntas, de abrazarla tal vez...¿Por qué dejó que la enterrara con odio en mi memoria y en mi corazón cuando supimos que había muerto? ¡Quiero gritarle mi bronca!. Tirarle las cartas a la cara y que me diga por qué lo hizo. Me enferma la impotencia.

Hasta ahora lo protegió mi ignorancia y hoy lo resguarda la

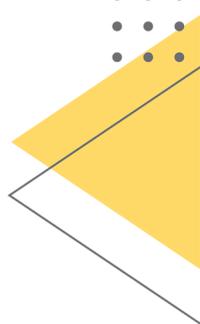


ausencia que le concede el Alzheimer, entre las cuatro paredes de un geriátrico.





**Modelo Vivo: Querido Saúl, de Alicia Rellan
Alumna Taller de Dibujo y Pintura
Docente: Analía Mario
Centro Cultural Colegiales**



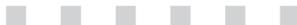
Marcelo Sangregorio
El brillo en la ventana

Reconozco mis ojos en el brillo de la ventana,
hay un afuera más allá de la visión,
un extraño fulgor que alienta al corazón y arropa la piel,
teje pestañas de sombras en la espesura de los sueños.
Estoy seguro que sos vos que venís a visitarme,
Acontarme viejas historias de amor,
a abrazarme como hace tiempo no lo hacías,
a convidarme un mimo tierno,
a revelarme tus secretos en una sonrisa.
Reconozco tus ojos en el brillo de la ventana,
donde callan todos los silencios.





Marina Arévalo - Alumna Taller de Fotografía
Docente: Agustina Sachetti
Centro Cultural Colegiales



111

Marcelo Sangregorio
La noche

La noche como un hampón se trepa al cielo por los hilos de la luna, con sus lágrimas de arroz salpica las paredes, y en cada día de extrañarla, el aire es un mareo.

En las morosidades de nuestro amor los sueños intercambian sus pulsos.

Un discreto dolor en un nuevo sol que abre las puertas de la tarde, y voy al frente con la mirada arriba de los ojos.

Peinado a jopo el viento en la copa de los árboles, y en los caireles de las estrellas vuelve otra noche a mentirse en los espejos.

En un tal vez nunca le echo mano al recuerdo de tu olvido, viene la palabra como un agujón a herir el corazón, y la voz se me vuelve un trago de alquitrán.

Desafino esta honestidad de inventarnos enemigos, de volvernos sur en el hielo derretido de un vaso de aguardiente.





Sandra Mielich - Alumna Taller de Fotografía
Docente: Agustina Sachetti
Centro Cultural Colegiales



Margarita Keleydian
**Soy el instante que se proyecta más allá
del tirano tic-tac de los relojes**

Muchas veces, en instantes sucesivos mi mente no deja de imaginar proyectos.

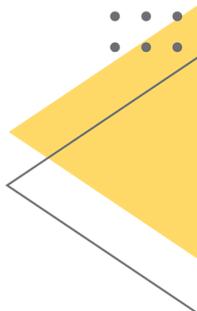
A veces se cruzan algunos tétricos como la muerte, donde ya nada puede ejecutarse, entonces los deshecho enseguida, como si con la mano los empujara y despejara de mis pensamientos.

Otros ya se los transfiero a mis hijos, como refacciones o sueños de mudanzas.

Y me guardo para mí los posibles, como los abrazos con seres queridos, los cumpleaños no virtuales, las pequeñas compras, las reuniones tan alegres con amigas, con familia. Mientras el reloj con su tirano tic-tac nos muestra que pasan las horas, los días, nuestra vida, esos instantes de mis proyectos me permiten que me levante con energía y esperanzas de cumplirlos.



Enmarañada, de Mónica Lalo
Alumna Taller de Dibujo y Pintura
Docente: Analía Mario
Centro Cultural Colegiales



Margarita Keleydian
**Historia donde las palabras imaginan
más de lo expresado**

Hete aquí que me sucede al revés de este enunciado, para mí las palabras son cortas para expresar las cosas.

Por ejemplo un cielo estrellado no significa nada ante la inmensidad del mismo.

O la palabra mamá que resulta mínima para contener el amor que representa.

Amor, cómo explicar que uno lo siente hasta las entrañas.

Gracias, que tantas veces las decimos por cortesía, no es suficiente para reflejar en ocasiones en que alguien, algo, llega en el momento justo de una gran angustia.

Naturaleza, Dios, Vida. Muy, muy, pequeñas las palabras, qué enorme lo que abarca.



María Teresa Sosa Al final

Sí querido Matías, pero al final hay que llegar aunque cueste y no se puede con todo, la torpeza de no sentir las cosas con claridad. Es que todo cambia a cada rato, aún aquello que uno hizo con tanto cariño.

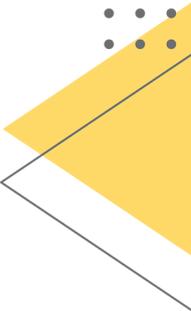
Cada cosa en su lugar...aún están en su lugar...

Me pregunto y yo, ¿dónde estoy?, sí creo que es lo único que no ha cambiado, sigo amando las mismas cosas y a las mismas personas, aunque algunas sí han cambiado.

Supongo que yo también. Y al final es la vida, cambia aunque uno no quiera y hay que adaptarse y confiar y seguir adelante...es la vida, no podemos soltarla...quién sabe, al final, puede que sea buena.



**Silvina Mariel Puppo - Docente de Plástica
Centro Cultural Lino Enea Spilimbergo**



María Teresa Sosa
Pequeña reflexión sobre la Patria

Y eso es lo que hay que encontrar y potenciar, la voz del que nos habla de la Patria, las manos de los que trabajan por la Patria y la eficacia de los que dicen amarla porque la Patria es de todos y no hay nadie que pueda decir que no la necesita, porque es de todos, de pobres y de ricos y cada uno de nosotros somos una parte de esta Patria, de este mundo nuestro que elegimos como propio.
Y por último... ¿qué haremos con el mundo?





**José Paura - Alumno Taller de Dibujo y Pintura
Docente: Analía Mario
Centro Cultural Colegiales**



120

María Cristina Díaz
La Ventana de Arriba

Aquí suspendido te observo con la ventana abierta extendida, veo toda la planicie poblada sin vida, todo está muerto desde aquí arriba.

Silente la cocina apagada de hervores y fluidos, la mesa redonda colmada de cosas rotas sin tiempo ni medida, un cigarrillo agoniza y derrama su cilindro de ceniza, acá estoy esperando las horas fantasmas que se empujan para sumarse al abandono.

Fuga de la llave, no me importa estoy dentro de la casa aunque no soy presencia todavía, estoy desnudo aquí, no hay fiesta, o no me han invitado; debería vestirme quizás con un trozo de nube, debería...

Recuerdo el mordisco que se hundió en la manzana, era tuyo o mío no sé quién fue el primero, ahora se pudre olvidada en este final detenido.

Escucho tu voz, viene del baño siempre cómica y desafinada, pero nadie está en la ducha ya nadie canta en la madrugada. Ahora pienso, y elijo perderlo todo antes de no tener nada, junto mis pesares, y cierro la ventana.





Jacinto Manso - Alumno Taller de Fotografía
Docente: Agustina Sachetti
Centro Cultural Colegiales



María Cristina Díaz
Las cenizas de la tristeza

Hace tiempo que no hablamos, es raro no contestas ni el celular y menos el hijo, estás desaparecido al mismo tiempo tan cerca.

Esta situación no me sorprende igual me inquieta, a veces necesitas huir de la escena para regresar más liviano te interpreto sin comprender.

Estos silencios me acosan “-¿y si le ha pasado algo? -” te creo inmune a todo hasta de amar.

No importa yo me conformo con el brillo de tus ojos y “un cigarrillo en la boca “que te pinta de bohemio empedernido. Tu cabello y sus matices plateados iluminan un rostro perfecto, “el pecho dentro de un hueco” agobiado de penas no vertidas.

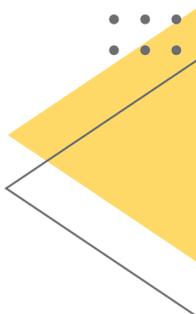
Te imagino sentado a la mesa poblada de escritos, ceniceros humeantes y el ardor de una tarde que se acaba, afuera esta tormenta de “ventanas agitadas y truenos intensos”, como la radio a todo volumen que pretende apagar el incendio de tu alma.

Es imposible algo debe consumirse, en la hoguera de tu tristeza.

Te espero nuevo quizás cansado de luchar contra ti mismo, algo me dice que esta vez es diferente, “hay un rumor de voces que me gritan ahí viene sacudiendo las cenizas.”



**Elisa Palavecino - Alumna Taller de Dibujo y Pintura
Docente: Analía Mario
Centro Cultural Colegiales**



María Cristina Fernández La ausencia

Estoy mirando una foto tuya abuela, es una foto de tu juventud, data del año 1918, año en qué después de estar cuatro en Buenos Aires, volviste a tu Asturias natal, sin saber que el destino haría que volvieras treinta años más tarde. Estás muy linda con ese pelo corto, ondulado, oscuro y con una sonrisa apenas esbozada.

Me hubiera gustado conocer a esa joven que pese a la adversidad supo salir adelante. Yo conocí una mujer de cabellos entrecanos, siempre con rodete, de mirada serena, de pocas palabras, pero de gran corazón; fuiste mi compañera y defensora de travesuras; aunque me hacías ver lo que estaba mal y no debía repetir, mi compañera de paseos, de tardes soleadas en la plaza. Contigo fui por primera vez al cine, era una película en colores Peter Pan. Fuiste mi cocinera especializada en postres, cómo olvidar el flan con huevos al baño María y el chocolate con churros que no perdonaba a pesar de tu presión. Tus brazos fueron mi refugio después del reto de mamá o papá, merecido por cierto; fuiste la que me hacía lugar en su cama en las noches de tormenta o simplemente porque quería dormir contigo, aguantaste los rezongos de mamá porque me consentías por demás.

Fuiste mi ABUELA con mayúscula, y así fui creciendo con mi ángel custodio, bien cerquita de mí, pero los años corrían inclemente y un día tu cuerpo se cansó de batallar y decidiste dormir para descansar y desde entonces cada vez que te recuerdo, desando el camino de la ausencia y vuelvo a sentirte junto a mí.





**Elisa Palavecino - Alumna Taller de Dibujo y Pintura
Docente: Analía Mario
Centro Cultural Colegiales**

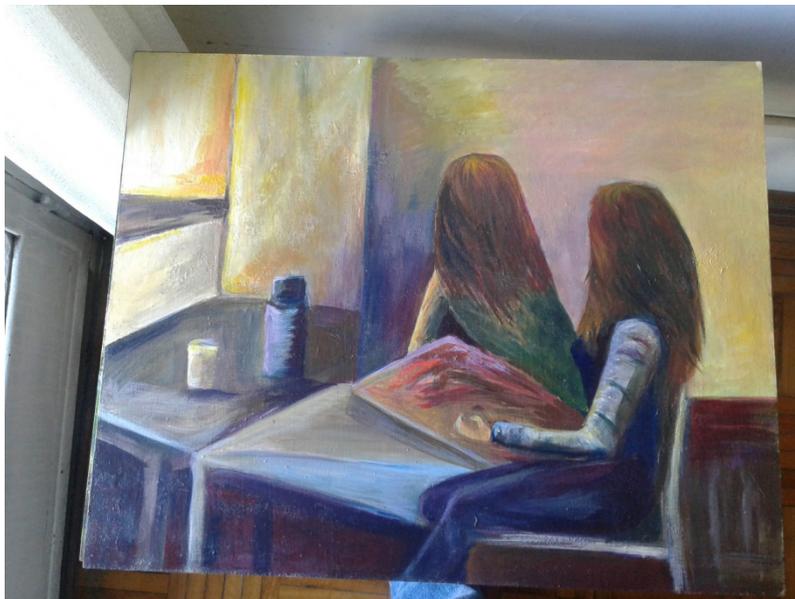


126

María Cristina Fernández
La búsqueda

La noche ha caído,
salgo a buscarte por esas calles
lúgubres y silenciosas.
La luna me acompaña con sus rayos mitigados,
y camino casi a tientas,
te busco en la oscuridad.
Miro las casas, oscuras, calladas,
mudos testigos de mi andar
y sigo buscándote;
a sabiendas que no te voy a encontrar.
No importa te busco igual,
tal vez, espero un milagro
que te haga regresar;
que me lleve a tu presencia.
Que termine esta búsqueda sin final.





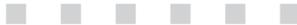
Mónica Lalo - Alumna Taller de Dibujo y Pintura
Docente: Analía Mario
Centro Cultural Colegiales



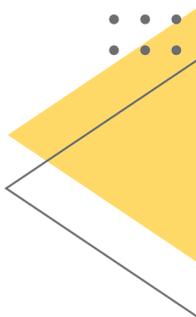
Perla Masurski
Son tus sueños...

¿Son tus sueños pesarosos
y te aterran día a día
sufres noches sin descanso
de fantasmas que imaginas?
Esas noches tenebrosas
los demonios te atosigan,
busca fin a tus desvelos
es tu mente que digita
esos sueños que imaginas;
pesarosos te esclavizan
pensamientos tenebrosos
ve la muerte en la vigilia.





Ángeles Vidal - Alumna Taller de Fotografía
Docente: Agustina Sachetti
Centro Cultural Colegiales



Perla Masurski
La casa en penumbras

Frente al ventanal titila la luz de un farol de la esquina,
la sombra de un gato negro, trepa al basural
y sus garras destripan la bolsa nauseabunda.
Un silencio opresivo envuelve la casa en penumbras
alguien se refugia en el alto portal
y; al calor de un abrazo mitiga su angustia.
Frente al ventanal se adormece la luz del farol de la esquina.
Barre el viento las hojas resacas, desechos, una carta ajada
dormitan sobre la sucia vereda.
Sólo un mudo testigo frente al ventanal.
Opresiva avanza la noche,
un manto nebuloso envuelve la casa en penumbras,
frente al ventanal aplaca su luz el farol de la esquina.



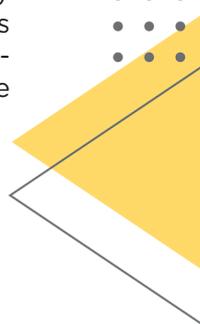


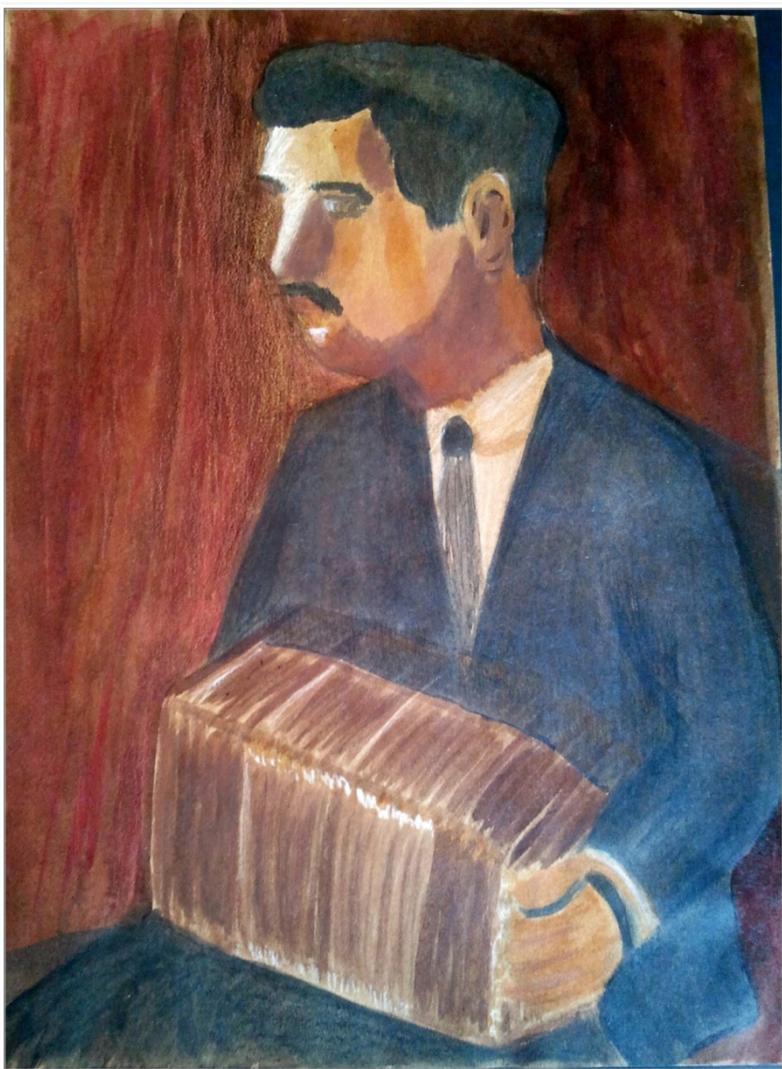
**Elisa Palavecino - Alumna Taller de Dibujo y Pintura
Docente: Analía Mario
Centro Cultural Colegiales**



María de las Mercedes Retrivi La lluvia y su música

Hoy en esta tarde gris pero sin ganas de llorar, porque no es el tango sino sólo mi realidad, decido hacer orden en el escritorio tapizado de papeles que me reclaman. No puedo concentrarme sentada frente a la ventana, me distrae una mosca que revolotea a mí alrededor y se posa en el vidrio en busca de libertad, tal vez. Luego la paloma buscando refugio en el árbol ante la lluvia que comienza a caer cada vez con más intensidad. Al mirar las gotas que quedan en la ventana vienen a mi mente tantos recuerdos y tanta música unidos a la lluvia a lo largo de mi vida. Momentos maravillosos como cuando siendo muy chica, mi loco tío Carlos me llevo dos cuabras bailando y ***Cantando bajo la lluvia***, como en la película. Y aquel reproche de mi marido que terminó en risa y canto con ***Te esperé bajo la lluvia dos horas, mil horas...*** O como olvidar aquella noche en el camping sentados alrededor del fuego cantando ***Viento dile a la lluvia...*** Al ritmo de Los Gatos y ni hablar de la maravillosa noche aquella con los amigos en aquel boliche, emocionados viendo al Polaco Goyeneche cantando ***Garua...*** Y si, al salir a la calle garuaba, ¿o lo imaginamos?. Siguen desfilando ante mí tantos momentos buenos y lluviosos y otros malos de esos en los que uno dice ***Llueve sobre mojado***, según Fito y Sabina. Todos escribiendo páginas en nuestra historia. También inolvidables días de lluvia con marchas multitudinarias, en plazas cantando y esperando con emoción al líder que nos convocó. Muchos recuerdos, muchísimos, la tarea que me propuse sigue esperando mientras miro a través del vidrio preguntándome ***Quién parará la lluvia...*** recordando a Creedence.





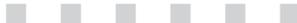
Alicia Rellan - Alumna Taller de Dibujo y Pintura
Docente: Analía Mario
Centro Cultural Colegiales



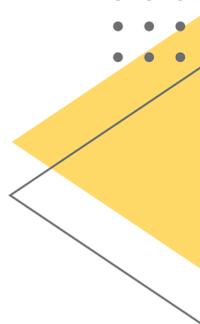
María de las Mercedes Retrivi Quiero bailar

Cruzaba la plaza como siempre ensimismada en mis pensamientos, apurada y de pronto paré en seco. Me paralice frente a una escena de terror, ahí estaban esas partes de un ser humano; una pierna con sus músculos a la vista rozaba casi mi pie, más allá el torso con la cabeza. No podía pensar, tenía que pedir ayuda; llamar a la policía, el teléfono estaba en mi cartera pero no podía moverme y era incapaz de articular palabra. Levanté la vista y ahí estaba la otra pierna y; cerca del torso un brazo con su mano. Escuche el sonido de una música que no podía entender de donde salía. Mi corazón latía con tanta fuerza que creí que iba a explotar.

Atraída por ese sonido me acerqué a ese brazo muy lentamente, en su mano tenía un celular; descubrí que la música salía de él. Una pierna se movió muy despacio, la cabeza también... se abrieron los ojos, me miraban fijamente, parecía que querían decir algo. A pesar de mi estado me acerqué más, casi como una autómatas; entonces su boca se abrió y sin desviar la mirada me dijo: Quiero bailar...



Ángeles Vidal - Alumna Taller de Fotografía
Docente: Agustina Sachetti
Centro Cultural Colegiales



Ricardo Pablo Müller
En la penumbra de mi habitación

Algo de nosotros no se resuelve, no sucede. En la penumbra de mi habitación soñamos a una pareja que inventamos

Me dispuse a ponerme el pijama y; sin embargo, mi cabeza no estaba controlada para dormir. Enojado, sin darme cuenta, puse en silencio el celular para no saber nada del mundo exterior. Sólo a Dios cobijé en mi pecho.

iNo lo puedo creer! Me di cuenta que me había mentido para que salga de mi vida. *iQué tonto!* *iTanta edad!* *iTanta vida!* No darme cuenta que el amor va y viene, pero hay veces que duele y mucho, que te enloquece la cabeza. *iBueno!*, suspiré. *iAsí tenía que suceder!* Levanté las frazadas y con muchas ganas de dormir, acurrucado, cerré los ojos, recé y volé al infinito. Quién sabe en qué momento abandoné lo que algún día, en algún momento será o no parte de mis sueños otra vez.





**Silvana Mariel Puppo - Docente de Plástica
Centro Cultural Lino Enea Spilimbergo**



Ricardo Pablo Müller
Juego de niños

La madre gritaba como loca sus nombres. Los vecinos salieron aterrorizados al escucharla. Algo terrible había sucedido. Era la hora de la siesta y los dos chiquilines habían desaparecido. Casi seguro que pasó ese perverso y me los llevó —dijo la madre. Sin embargo, sigilosamente ellos caminaban por arriba del techo y escuchaban todos los comentarios. Después de un rato, agazapados, tirados panza abajo y apenas asomando las cabezas miraban y, a su vez, se observan cómplices. Estaban disfrazados de malditos personajes del pasado.

—Mirame a los ojos. Yo nunca te lo dije pero tengo súper poderes. Ya mismo podemos convertirnos en insectos voladores y volar entre ellos —dijo el hermano menor.

—¡Sí! - respondió alegremente. —Podemos hacer que griten mucho y molestar a la medida de la vecina.

¡Flash! Comenzaron a volar entre la gente, emitiendo sonido extraños que perturbaban a todos. Eran muy raros, mitológicos. Después de un rato volaron para atrás de la casa y ¡Flash! , volvieron a la normalidad. Muy tranquilos salieron por el pasillo como si nada hubiese pasado. La madre y las personas estaban paralizadas.

—¡Ahí están! ¿No sentían los gritos? - dijeron con un tono de voz elevado.

—No, mami. Estábamos en el fondo jugando a la pelota como todos los días a la hora de la siesta.





Ángeles Vidal - Alumna Taller de Fotografía
Docente: Agustina Sachetti
Centro Cultural Colegiales



Silvia Durruty
El juicio a Emma Zunz

El día que detuvieron a Emma Zunz*, esposada en la puerta de la casa del empresario, fue fotografiada por numerosos periodistas. La noticia corrió rápida, como un río. No era Loweannthal una persona desconocida, ni mucho menos. Él era uno de los dueños de la Fábrica Textil y había muerto de un disparo.

La novedad corrió entre las trabajadoras, los hombres notables y los ciudadanos comunes. Fue río que no se detenía. Estaban todos consternados y estupefactos.

En las fotos Emma a pesar de su juventud lucía vieja. Me llamó la atención su rostro calmo, impassible, enigmático.

Fui designada para arbitrar en el Juicio como su abogada defensora. Previo a ese día tuve una cantidad de conversaciones con Emma. Yo quería salvarla del presidio, pero también necesitaba saber la verdad.

A mí el caso no me cerraba. Me quedaban vacíos en el relato, huecos que no lograba develar.

Cada vez que nos reuníamos me repetía: -me llamó para enterarse detalles de la huelga, abusó de mí-, -no podía no matarlo-, -sabía que ocultaba un arma en el cajón del escritorio, lo sabíamos todos-, -en cuanto pude zafarme de su cuerpo, tomé el revólver y le disparé-. Así lo repetía cada una de las veces, con un tono de voz monótono, de manera automática.

Como defensora tenía el deber de creerle. Le insistía en que me dijera todo. De otro modo corría el riesgo de ser acusada por homicidio. Pero no pude sacarle ni una palabra más.

La violación como coartada funcionó como hecho indiscutible. El jurado se expidió y absolvió a Emma.

Ella ahora sigue trabajando en la fábrica. Su carácter se volvió aún más introvertido. Ya casi no sale con sus amigas. Envejece en un cuerpo joven, de tan sólo diecinueve años.

Yo me quedé con muchas dudas. Con sensaciones encontradas. A mí el caso no me cierra, repito. En el relato hay algo omitido, algo oscuro. Eso es lo que pienso. Dudo de si los hechos corresponden a su narración. Pero es más que eso.

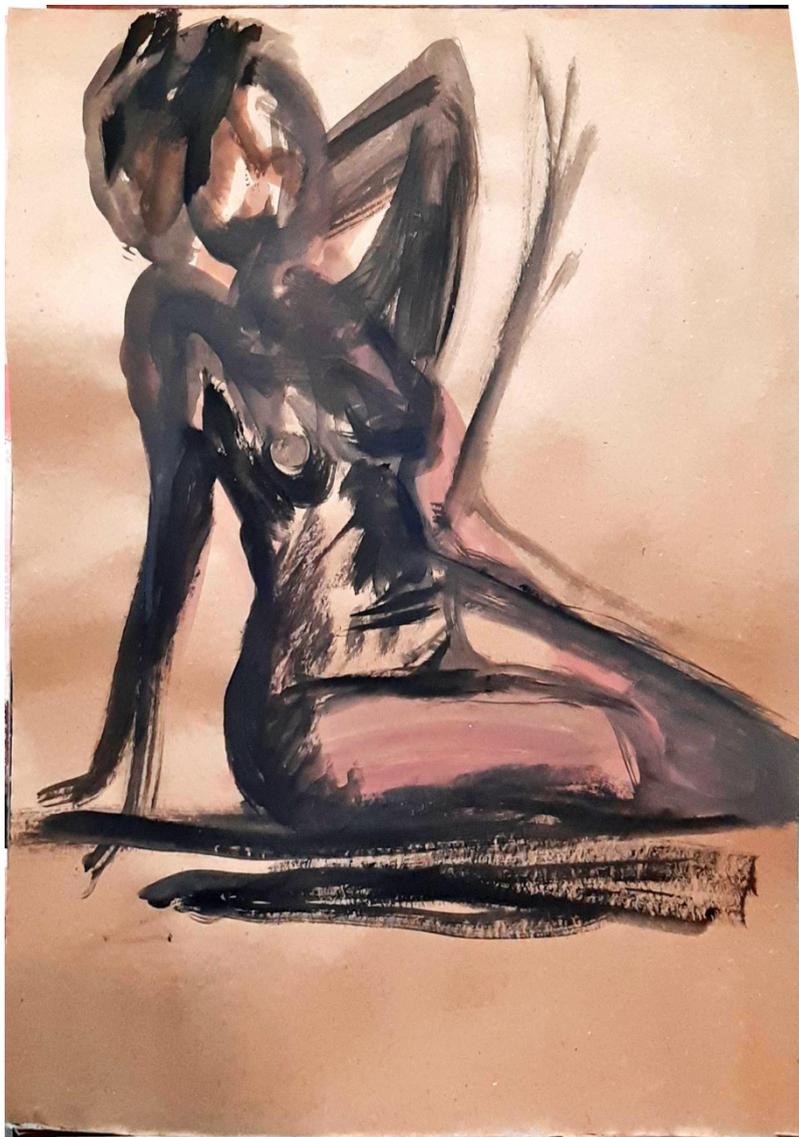


Siento como si algo terrible, algo indecible hubiese ocurrido en la más tierna infancia de Emma Zunz.

Mis años como abogada y como mujer me sugieren que algo oculto, horroroso, no dicho, algo que tal vez ni ella misma recuerde con precisión, le ha sucedido.

*Emma Zunz, personaje del cuento “Emma Zunz” de Jorge Luis Borges





Mónica Lalo - Alumna Taller de Dibujo y Pintura
Docente: Analía Mario
Centro Cultural Colegiales

Raquel Olimpia López
Ella

El viento hace bailar las ramas de los árboles
y la lluvia pone la música,
es una intensa lluvia que cae como un canto
donde acompañan los movimientos
de ella; esa silueta en medio de los charcos.
Brazos que se extienden
cabellos mojados al aire
mirada al cielo
y pies en la tierra;
barro que con sus manos toca
y sus rodillas flexiona.
Es ella, ella que baila con locura,
que no le importa nada sólo estar
en ese espacio de aventura;
en medio de los truenos
en medio de sus pasos.
Con el agua cristalina
que cae, cae bendiciendo
a ese cuerpo incansable, expresivo
que va detrás de sus sueños.
Sin importarle nada
el viento, la lluvia, los truenos
son parte de su coreografía.





**Mónica Lalo - Alumna Taller de Dibujo y Pintura
Docente: Analía Mario
Centro Cultural Colegiales**



145

Raquel Olimpia López
El patio

Papeles que vuelan, el viento los dejan en las veredas,
sólo abrir la puerta y ellos en los patios se quedan
se apoderan intrusos que con libertad
se adueñan de los sitios con plantas
y aroma de madreSelva.
Papeles envueltos en letras
quien sabe de dónde vienen,
dibujos en ellos plasmados
con garabatos y lápices de colores y tempera.
El niño curioso intenta agarrarlos
pero ellos se desplazan;
papeles viejos amarillentos que se ocultan
en sobres de cartas
Algunos se pierden en medio de las hojas
del árbol que cae de la casa de al lado,
escondidos pedacitos de letras que parecen ser de un diario.
Quisiera retener las páginas rotas
de ese libro de fabulas,
para poder leerlo a mi niño
y saber de qué se trata.
La noche se asoma
y sólo voy a lavar el patio.





Silvina Casco - Alumna Taller de Fotografía
Docente: Agustina Sachetti
Centro Cultural Colegiales

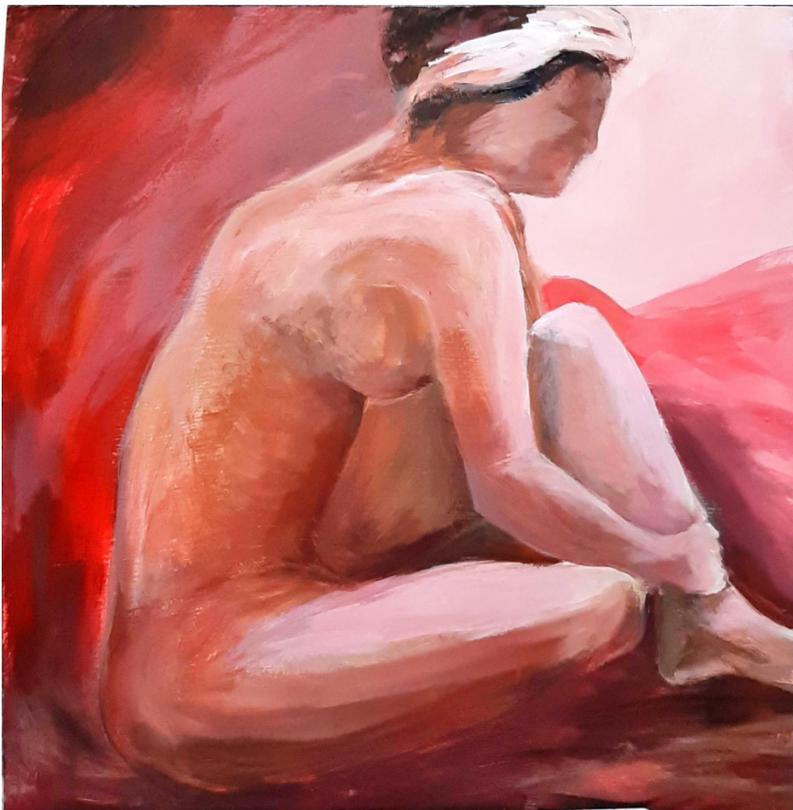


Marcel Lienard Algo

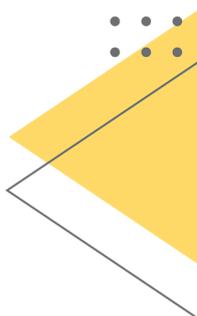
Algo de nosotros no se resuelve, no sucede en la penumbra de una habitación donde soñamos el sueño de una pareja que inventamos.

Ella se mostraba inquieta, expectante, ansiosa, había preparado la habitación para recibir a su amado como una oportunidad única. Extendió las mejores sábanas que tenía guardadas, con aroma a rosas blancas como el color de las mismas. El sahumerio también aromatizaba el ambiente, la luz tenue de su velador de madera roble le daba un toque de ternura a ese tiempo de espera...

No siempre podían encontrarse, demostrarse la pasión con que se amaban al verse, tal vez por excusas diversas o por la duda permanente de esa posible infidelidad que carcomía su mundo interno. Ella lo había soñado, el aseguraba que tan solo era un sueño, pero esa vez parecía cierto, porque no llegó al encuentro. La tristeza la envolvió, las lágrimas humedecieron sus mejillas, se abrazó a su almohada y se entregó a un descanso reparador y profundo que le permitió perdonarlo nuevamente.



Mónica Lalo - Alumna Taller de Dibujo y Pintura
Docente: Analía Mario
Centro Cultural Colegiales



Mirta Deganello
Otro mundo más allá de las sábanas

Otra vez el borde de la cama, insensible frontera con los vivos, a veces creo que por debajo de ella corre un río cristalino y lento bordado de pequeños peces de colores, esos que trepan a la cortina que enmarca la ventana.

Hay otro mundo más allá de las sábanas. Creo que en realidad las montañas se disfrazan de almohadas, disimulan ante mi incapacidad de treparlas para pasar desapercibidas.

Ya casi no distingo entre la noche y la mañana la luz se vistió de terciopelo y cubre lentamente mis pestañas para evitar encandilarme... todo es gris, quisiera bajar una pierna, o estirar un brazo pero tengo miedo que este pequeño universo se termine y caiga en un pozo al vacío o es que todo es vacío y lo único verdadero es mi cama...todo es gris, apenas se torna de un ocre dorado cuando un furtivo haz de luz refleja al Cristo colgado en la cabecera.

Sólo yo y mi abrazo solitario y moribundo, mientras mi retina incansable, busca tu silueta en la agitada ventana, donde la vida más allá de mí, transcurre urgente.





**Mónica Lalo - Alumna Taller de Dibujo y Pintura
Docente: Analía Mario
Centro Cultural Colegiales**



Mirta Deganello
Palabras y acciones

Oscila ante mis ojos el pasado y el futuro, como un limpia parabrisas de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, pero el parabrisas de mi mente sigue sucio, empastado.

Busco incansablemente un halo de luz reflejado en ese imaginario espacio para asirme en el descanso del desconuelo o del proyecto, pero mi conciencia se revela, me envuelve, me angustia. Respiro profundo y me dejo llevar vencida y resignada a esa fusión del tiempo.

Retrocedo. En el abismo del ayer vuelven a tomar forma las imágenes de dolor. Las examino, releo en cada rostro y en cada palabra la frustración y la congoja. En el mismo momento comprendo que estoy en otro plano y asumo el rol de observador desconociendo el feroz destino de mis visiones, separo, analizo, reparo y suelto. En ese instante acepto desde la tragedia a lo dramatizado. Perdono y me perdono. Vuelvo al centro sintiendo un extenuante cansancio. La angustia se convierte en alivio. Intento volver a recordar pero ya no son hechos sino circunstancias. El pasado ya no existe, se borra en el mismo momento que dejé de vivirlo.

Mi mente en un desesperado intento por dominar me sitúa en el futuro, mostrándome mis proyectos, mis metas, todo lo que tengo que resolver mañana. Siento ansiedad y descontento, se acaba el tiempo y hay tanto que hacer! Me invade el miedo de no saber nombrar lo que no existe!

Recapacito, vuelvo a observar desde arriba, desde la distancia, el futuro no existe, sólo yo puedo hacerlo real. Se desvanece cada palabra y acción trazada, se esfuma, se borra.

Respiro, cierro mis ojos y me concentro en mí, desnuda en el paraíso de mi mente, ahora, paciente, aquieto mis músculos y mi mente... yo en el ahora soy un ser sin tiempo, sin apuro, sin reclamos urgentes. Ahora, en este instante, soy sólo yo, una minúscula parte del todo y también todo el universo, sin capturar minutos que se transforman en pasado y se evaporan en olvido.

Respiro, siento, vivo... en este ilimitado e inmortal espacio del presente.





Ángeles Vidal - Alumna Taller de Fotografía
Docente: Agustina Sachetti
Centro Cultural Colegiales



María Cristina Merino
La danza de las Sombras

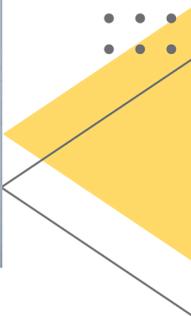
Es indudable que mi cerebro ya no funciona como antes, en que estaba pensando cuando acepté el turno del dentista a las 16, en lo más tórrido del verano. Llevo plata para un taxi, pero, por el barrio a esta hora ni las lagartijas andan, menos un taxi, tengo que ir hasta la avenida, ahí conseguiré son pocas cuadras.

Son la 15, hace 40° de térmica y yo en la calle, voy pegada a las paredes, de pronto al entrar a la cortada, para cortar camino, me quedo parada a la sombra de un portal, sin acreditar lo que veía, una danza de sombras bajo el sol, un hombre y una mujer que ahora eran uno, ahora otra, se entrelazaban, se alejaban, se juntaban, se separaban, pero eso no era lo asombroso, sino que no había cuerpos que generaran las sombras, la cortada estaba absolutamente vacía.

De pronto se comienzan a abrir las puertas de las casas y donde yo me refugiaba, sale una vecina, que me dice —¿vino a ver el baile de las sombras? —No, contesté yo—sólo cortaba camino hasta la avenida. ¿Esto es siempre? Si me respondió, todos los días a la 15. ¿De qué se trata? pregunté yo y ella me contó la historia.

En esa casa vivía un joven bailarín muy talentoso, estaba en la cumbre de , bailaba por todo el mundo, en los mejores teatros, pero tenía un problema era gay como le dicen ahora, él lo ocultó siempre, hasta que un día se enamoró, imagínese hace 70 años, un escándalo, el público lo rechazó, dejó de ir a sus obras, sus compañeros, ya no quisieron bailar más con él, la sociedad lo repudió, cayó en una profunda depresión y un día del verano más caluroso que tuvimos, se suicidó a las 15.

Desde entonces su alma que no consigue descansar, baila con su dualidad de hombre -mujer. Cuando el maravilloso espectáculo terminó, seguí caminando, pegada a las sombras de las paredes, pensando que, si el pobre hombre hubiera nacido 70 años después, sería una estrella internacional, aclamado en todos, tendría su amor, un hijo de un vientre alquilado y mostraría su sexualidad a los cuatro vientos, sin que a nadie le importe, pobre alma que nació fuera de tiempo.



**Silvina Mariel Puppo - Docente de Plástica
Centro Cultural Lino Enea Spilimbergo**

María Cristina Merino No estamos solos

Ante todo, deseo aclarar que antes de esta experiencia, era absolutamente escéptico a estas situaciones.

Soy un hombre de 56 años, divorciado y solitario. Representante de una importante ferretería mayorista, que viaja por los pueblos del interior de mi país, vendiendo o aconsejando sobre la calidad de los artículos, haciendo demostraciones de las novedades, etc., en fin, haciendo mi trabajo.

Una tarde noche después de una ardua, con un ferretero absolutamente opositor a los cambios y obtuso como buen campesino, estaba muy cansado y me encontré que ese mísero pueblo, no había alojamiento, ni comida, tan perdido de Dios estaba. Tenía dos alternativas: dormir en el auto, a la vera de la gasolinera, con lo que pudiera encontrar en ella para comer, o hacer 100 kilómetros. Hasta el siguiente poblado, donde sabía que encontraría lo que necesitaba, asique cansado, sucio y hambriento, salí nuevamente a la ruta.

Estaba en el corazón cerealero del país y la ruta cortaba una planicie a través de campos sembrados de maíz. La noche caía rápidamente, con un espectacular atardecer, el sol bañaba todo con su luz dorada. Puse la radio y solo encontré música campera, típica de la región y pensé que seguramente esa noche en algún granero todavía vacío, un grupo de lugareños se encontrarían para bebery bailar y así aliviar su dura vida de trabajo.

Iba sumido en mis pensamientos, por la ruta absolutamente vacía, cuando faltando muy pocos kilómetros para llegar al pueblo, veo ante mí que ese sol dorado rojizo del poniente se convertía en una espesa niebla, que avanzaba hacia mí. Reduje la velocidad, pero igual me alcanzó y de repente quedé sumergido en ella, era tan espesa que no podía ver nada hacía ningún lugar, traté de encontrar la banquina y me detuve. Me quedé inmóvil. No soy un hombre supersticioso y no soy miedoso, si bien prudente. Pero esto me superaba, era como si la niebla me envolviera en un enorme y apretado abrazo. Miré mi teléfono y estaba sin señal, algo frecuente en el campo y me pregunté qué hacer, estaba aislado, incomunicado y so-



bre todo asustado. De pronto, así como apareció, la niebla comenzó a aclararse, a abrirse y al final del túnel que se formó, lentamente comencé a ver el pueblo a donde me dirigía. Puse el auto en marcha y lentamente me dirigí hacia él.

Al llegar vi las calles y aceras llenas de luz, negocios abiertos, muchas personas muy elegantes charlando, paseando, riendo. Busqué el hotel, donde me había alojado anteriormente, me registré con una persona súper amable y sonriente, fui al cuarto que me asignaron, tomé una ducha, me puse ropa limpia y salía a buscar donde comer. Mientras caminaba iba pensando sobre lo que me había pasado en la ruta y lo tome como una ilusión óptica por el cansancio. Me detuve frente a un restaurante lleno de luz y calidez, con gente comiendo, charlando, riendo, con flores en las mesas y entré. Me atendió una joven sonriente y amable, me trajo la carta y tomó el pedido. Mientras esperaba y las personas de las otras mesas me saludaban sonrientes, comencé a sentir una sensación rara en mis huesos, algo no estaba bien, todo era absolutamente perfecto y en la vida nada es tan perfecto.

Comencé a observar con detenimiento a todos los de adentro y los de afuera, que veía a través de la ventana, mi inquietud crecía, no podía explicarlo. De pronto al terminar mi exquisita cena fue espectacular y el vino soñado, frente a mí se sentó algo, no era una persona como yo, sino algo hecho de niebla, etérea, sentí sus manos en mi cabeza, como sarcillos, indagando muy suavemente, analizando mi mente, viendo mis recuerdos, leyendo mis pensamientos, a nuestro alrededor, se había formado un halo de niebla, comencé a escuchar la voz de la forma en mi mente que me explicaba lo que me sucedía. Estaba en una realidad alternativa, donde no existía la fealdad de la vida, todos eran felices, sanos y generosos y que yo era el primer ser que habían analizado e invitado, pregunté - ¿porque a mí?, me respondió, que la niebla me había analizado y me encontró apto. Le pregunté quiénes eran, que querían. Me dijo que venían de un mundo muy lejano, que eran viajeros del espacio/tiempo, conociendo nuevos mundos, formas de vida diferentes a ellos. Pero Uds., son iguales a nosotros, -le dije, no - me respondió - nos hicimos semejantes a Uds., nosotros somos seres de energía, lo que Uds., llaman apariciones, creamos un mundo paralelo para no asustarlos con nuestras apariciones.



Comencé a sentirme muy cansado y sentí que me llevaban a la cama. Tuve sueños maravillosos, de mundos y creaturas inimaginables, viaje por toda nuestra galaxia y más allá. Cuando desperté, me sentí absolutamente descansado y feliz, tomé una ducha, desayuné y volví a la ruta. Estaba amaneciendo al salir del pueblo la niebla me envolvió, pero ya no tenía miedo, desapareció como había llegado, al mirar por el retrovisor, solo vi el camino con los maizales al costado. Llegué al siguiente pueblo y no lo reconocí, busqué la ferretería que era mi cliente y la encontré absolutamente cambiada, al igual que el pueblo. Entré al negocio, no vi al dueño y pregunté por él, un joven muy amable, me informó que él era el dueño, no busco a Ian McMurdo, ah me dijo el joven ese era mi abuelo, quien fundó la tienda. Salí del negocio, y comencé a caminar por el pueblo, las casas eran las mismas, las personas iguales, la vestimenta diferente, pregunté qué año era y entonces comprendí que lo que había creído una noche de sueños, habían sido 100 años de viajes. Como no envejecía, para evitar problemas y explicaciones, tomé la decisión de no contarle a nadie jamás y cada 10 años, cambiar.





**Daniel Giuseppucci - Alumno Taller de Plástica
Profesora Dalia Hendler
Centro Cultural RobertoArt**

María de los Ángeles Giganti Falta envido y truco

No le importó las sacudidas violentas del vetusto vagón, ni el ruido agudo de las metálicas ruedas sobre las vías que descansaban en el regazo de flojas durmientes.

Sólo, con su pensamiento en calma y los ojos secos recorría los paisajes que en la ventanilla del viejo tren imprimían.

Abrió los cajones de recuerdos que celosamente en su cerebro guardaba; volvieron hacia él esas vivencias de una época de su vida dónde la ética, la medida y la tiranía del tiempo no existían. Noches de copas, mujeres baratas, cigarros que no se consumían, cerró fuertemente sus ojos para percibir los olores de aquellas noches.... no lo logró, sólo pudo dibujar en sus párpados la vieja mesa vestida de verde donde los naipes volaban y las fichas sonoras bailaban.

Con el cabello blanco y las manos pecosas pensaba en cómo se vería su viejo amigo, el único que le quedaba, la única prueba de sus fechorías.

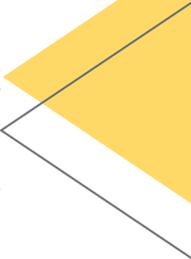
Hacían varios meses que a sus cartas no respondía, esa incertidumbre lo llevó a su encuentro.

Se habían prometido que en el año número cincuenta de su última partida vendría la revancha y el perdedor pagaría la vuelta.

Llegó a destino, le pidió a su osamenta que le ayude a descender del tren, allí estaba ella, la estación que alguna vez fuera nueva y hermosa ahora lucía lividez en sus paredes maquilladas con moho y arrugas siniestras en sus andenes.

Su amigo entrañable había faltado a la cita; transitó solo las calles de tierra que lo llevaron después de una hora hasta la morada de aquel compañero de fechorías.

Con temor interior y pulso inquieto apretó el pomo, abrió la puerta y allí estaba la mesa con su capa verde, los vasos vacíos, un cenicero que no humeaba, una caja de naipes aún relucientes, y esparcidos, sin orden alguno, aquellos sobres que jamás se abrieron.





**Franca Sapia - Alumna Taller de Plástica
Profesora Dalia Hendler
Centro Cultural RobertoArt**



María de los Ángeles Giganti Ausencia

Con el amanecer de cada día se repite esa pregunta, sin respuesta, en mi mente, ese silencio que acompaña al trajín de mis horas y hace de funda a mi almohada.

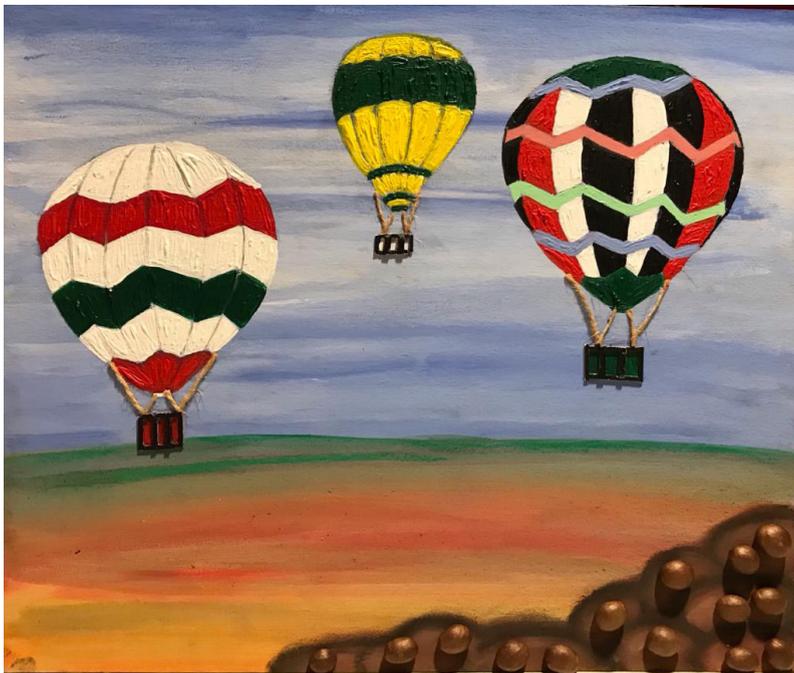
No sé si es la incertidumbre de los vocablos que nunca se abrazan o sólo son las palabras sin sentido vagando en un espacio sin oraciones ni diálogos.

No sé si fue la razón que abrochó sus labios o fue un viento de paz que cerró mis oídos para conocer la vida desde las más dulces melodías mezcladas con el sonar del recuerdo.

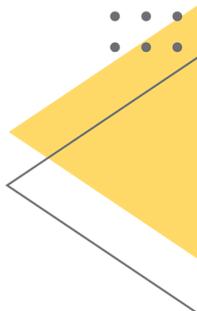
No sé si el hedor de esas viejas flores fueron las que me recordaron que nada es eterno, ellas también culminan su ciclo y aceptan perder el color de sus pétalos para luego colocarlos en ronda sobre el frío cristal de una mesa olvidada.

No sé si es el grito de la Naturaleza que implora piedad a sus depredadores, sólo quiere seguir su curso, sin frustraciones, sin violaciones, igual que mi alma ebria de ausencias pasadas y presencias inertes.

No sé si ese vacío sordo que dejaron sus pasos hoy es un canto a la vida plasmado en el pentagrama del olvido que, sin maestros ni aplausos, aprendo a ejecutar.



Mónica Rodríguez - Alumna Taller de Plástica
Profesora Dalia Hendler
Centro Cultural RobertoArt



Miguel Ángel Young
Crónicas urbanas
Contramentaria

Desde hace más de 50 días, debido al aislamiento social obligatorio, ocupa mi tiempo el contraste entre “el interior y el exterior”. Hace unos días recibí un video con una sucesión de obras de arte. Al recorrerlas se expone el contraste de las figuras y pinturas. Pueden resumirse en varios grupos, mujer y varón, máscara blanca y máscara negra, amor y odio, abrazo y distancia, entre otras. No está explícitamente la de “interior y exterior”, pero puede inferirse que está implícita en las diferentes obras. Es posible que también hablen de “la compañía y la soledad”. Quien menciona el interior, puede referirse a lo íntimo; quien habla del exterior, habla del otro o los otros, que se relacionan con uno.

Una de las imágenes, como dije, muestra dos máscaras de frente, una blanca y otra negra. He experimentado, al mirarla, que estas máscaras no son contrarias, sino complementarias, se enlazan por la letra “y” y no por la letra “o”. También me llevó a sentir que es una imagen a la que le faltan matices. Tal vez la intención del artista era resaltar esta verdad, que él ve la vida sin matices, bipolar; es una posibilidad, o tan sólo es lo que despierta en mí la obra y su intención fue otra. En el presente, lo exterior, el otro, se está configurando como lo hostil, peligroso, nos refugiamos en el distanciamiento y tras el barbijo, disimulamos nuestra expresión del miedo que nos invade cuando un tercero, aún alguien conocido, se acerca. No sabemos sus pautas de higiene o en dónde apoyó sus pertenencias. Nunca antes nos habíamos formulado estas preguntas, y confiábamos en que sus conductas eran similares a las nuestras y esto nos bastaba. Hoy nos ponemos bajo sospecha, inclusive a nosotros mismos.

Como lo externo nos resulta extraño, prestamos más atención a lo interno. ¿Lo hacemos? ¿O simplemente nos ocupamos de nuestra higiene corporal y de la limpieza de los enceres de nuestra casa? Atender a nuestro interior, es encontrarnos con otros extraños que nos habitan, que son parte de nosotros mismos. A ellos también les tememos, y



nos cuesta indagarlos o reconocerlos. Toda una tarea que, tal vez por falta de tiempo, no hemos ejercitado con profundidad durante nuestra vida. Muchas veces he necesitado de la ayuda de psicólogos para abordarlos con el fin de conocer mis límites, errores y virtudes. Sin mucho éxito la mayoría de las veces. Tal vez me resulta atractivo entender que, lo que parece opuesto o los contrastes no sean muestra de lo contrario, sino de lo complementario; como la palabra o la música necesitan del silencio para alcanzar la elocuencia o para poder ser escuchadas, el día de la noche, el calor del frío, la Naturaleza de la Civilización, la Civilización y la barbarie y así puedo encontrar varias parejas de contrastes que se necesitan mutuamente para existir. De allí el título de esta reflexión "CONTRAMENTARIA".





**Silvina Mariel Puppo - Docente de Plástica
Centro Cultural Lino Enea Spilimbergo**



166

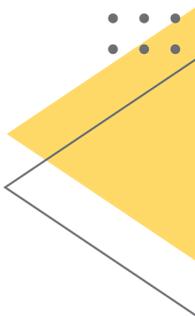
Miguel Ángel Young
Incierta realidad

Visiones, recuerdos, memoria.
Miedos, angustias, detalles,
alimentan mis pesares.
Amores, alegrías, impulsan mi risa.

Mi realidad es compleja,
como la de cualquier mortal.
Mis sueños y esperanza
me ayudan a ser vital.

La pobreza de espíritu que me rodea,
la pérdida de lenguaje,
desafían mi entrega.

Insisto, como tarea,
con incierto resultado.
Sólo insisto.





Silvana Padorno - Alumna Taller de Fotografía
Docente: Agustina Sachetti
Centro Cultural Colegiales



Rosa Batavia
El sueño

Era la despedida de dos seres que compartían un amor incondicional, se amaban en las palabras, en los gestos, con el cuerpo, en el beso apasionado eran uno, y en *“el roce de los cuerpos, el tiempo se hacía infinito...”*

Su mente no puede recordar, en sueños aparece su imagen mirando como el avión desgarrar las nubes para perderse tras los cerros y las altas montañas...

Ella sólo permite que el recuerdo llegue hasta allí, no tiene valor para seguir adelante...



**Elisa Palavecino - Alumna Taller de Dibujo y Pintura
Docente: Analía Mario
Centro Cultural Colegiales**



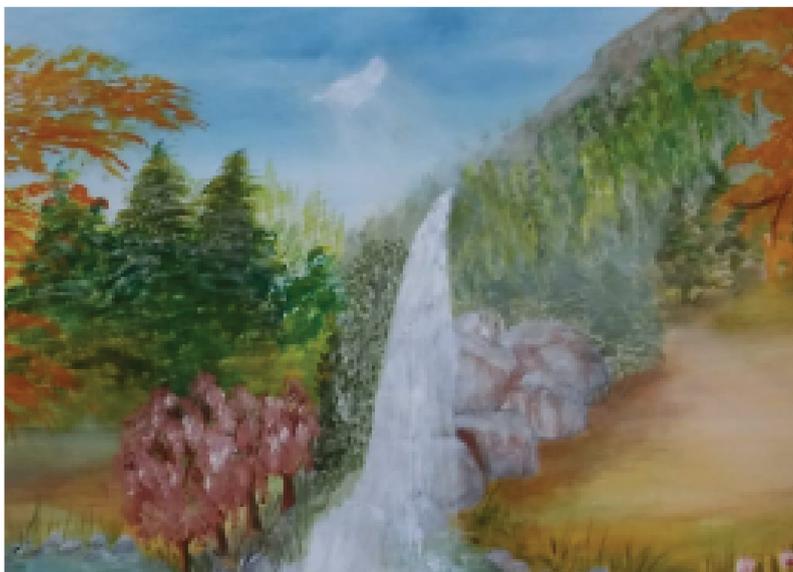
Rosa Batavia Entrega

Fue un instante fugaz e intenso como cuando nos estremece-
mos al ver caer una estrella...

Era una noche que invitaba a caminar por la playa, cálida y os-
cura... nos desplazábamos en silencio, pero nos percibíamos
próximos, las olas nos llegaban como en un murmullo a acari-
ciar nuestros pies descalzos...mientras la luna llena en la línea
del horizonte, donde el mar se besa con la noche, emergía
intensamente roja para luego ascender triunfante en el infinito
cielo, brillando con luz de plata.

Era tan inmenso y mágico el momento que el deseo de tocar-
nos se hizo urgencia y nuestros *cuerpos se duplicaron en la
entrega.*





Susana Estruch - Alumna Taller de Plástica
Profesora Dalia Hendler
Centro Cultural Roberto Arlt



María Teresa Liberati
Me perdí en una parte de mi cuerpo

Si analizamos al corazón, en su accionar físico, es un órgano pequeño, del tamaño de un puño.

Su tejido es muscular y bombea sangre a todo el cuerpo y la transporta por medio de arterias y venas.

Me pregunto entonces, ¿qué haría nuestro “director de orquesta”, que en mi opinión es el cerebro, sin él?, ya que la función orgánica del corazón es indispensable para mantenernos vivos. Pero diga lo que diga el director, yo coincido con Pascal, cuando nos dijo que. ***“El corazón tiene razones que la razón no comprende”.***

Y ello es porque el corazón en forma consciente o inconsciente expresa nuestras emociones y a mi entender, son ellas las que definen nuestro accionar.

De su acción emanamos Amor u Odio, con sus múltiples y distintas medidas y variaciones.

Debo reconocer que ante la consigna, me costó mucho decidir en qué parte de mi cuerpo me perdería, ya que todas y cada una de sus partes son esenciales, al punto que cuando una de ellas no funciona o funciona mal, es grave y nos genera una minusvalía.

Pero finalmente llegué a la conclusión de que sin el corazón, no soy nada.

Creo que la capacidad de Ama, en cualquiera de sus formas a todos y cada uno, el procurar no hacer daño al otro, así como los valores que intento respetar y defender, y muchas cosas más, me los proporciona el corazón.

Y ello para mí, es lo más importante.





**Lidia Di Benedetto - Alumna Taller de Plástica
Profesora Dalia Hendler
Centro Cultural Roberto Arlt**



**María Teresa Liberati
Alejandra**

Alejandra se descubre y por ello se entrega al paraíso de su memoria. Recuerdos hermosos que conserva y que son sus herramientas para poder seguir andando.

Ello es así, también en este presente al que no puede desconocer, ya que el mismo la despedaza de tal manera, al punto de que en sus visiones cree estar viviendo el apocalipsis.

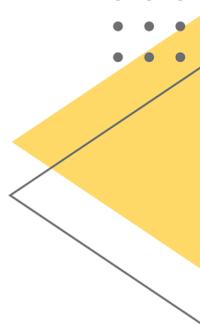
A pesar de que es tanto lo bueno que aún queda, esta tenebrosa realidad mecánicamente la paraliza y la bloquea, generándole una incertidumbre que la enceguece y se derrumba.

Entonces la esperanza que sea posible que todo cambie y se pueda lograr lo positivo no puede ser reconocida por ella.

Ojala pueda equilibrar su estado emocional, ya que como bien dijo Saint Exupery, hay momentos en la vida en los que tenemos que “someternos para sobrevivir y luchar para seguir siendo”.



Ángeles Vidal - Alumna Taller de Fotografía
Docente: Agustina Sachetti
Centro Cultural Colegiales



María Delia Riggi
El atardecer

Fue en aquel momento, cuando contemplé el atardecer, que retazos de mi alma se deslizaron, se corrió el velo de los recuerdos, fue aquella muchacha soñadora, llena de ilusiones, a la que pude ver.

Fue sólo un momento, un instante, dónde todo cobró vida, las formas, los colores, los sonidos, las vivencias de una vida. Y de repente aquellas reminiscencias, fueron llevadas a su tiempo y me encontré detenida en el mismo lugar, desde donde había empezado.





**Silvina Mariel Puppo - Docente de Plástica
Centro Cultural Lino Enea Spilimbergo**



178

María Delia Riggi
La playa

Ella dejó vagar sus pensamientos, hasta llegar a contemplar el mar en su vastedad y sus montañas, que guardan secretos de otros tiempos, dibujados en sus piedras.

Su mirada paseó por el ir y venir de las olas, escuchó el rumor acompasado del agua, respiró el aire limpio del lugar y sintió en su boca el gusto salado de la bruma, se acordó de una canción cantándola con alegría.

Sus pies sintieron el agua tibia como una cálida caricia en su piel, cerrando sus ojos, había penetrado en los momentos más placenteros de su vida, donde encontraba la paz que tanto ansiaba.

Viajó entre sus laberintos y océanos, sintiéndose pletóricamente feliz.





**Elisa Palavecino - Alumna Taller de Dibujo y Pintura
Docente: Analía Mario
Centro Cultural Colegiales**



María Ximena Sauter El encuentro

La cita estaba pactada para las cuatro de la tarde. Me vestí gustosamente para esta esperada ocasión. Sé que te gusta que tenga la barba recién rasurada, la loción de siempre perfumando mi piel y el pelo peinado hacia atrás, escondido tras la boina.

Mis manos arrugadas, están suaves; siempre que recorro tus delicados cabellos me regalas la más deslumbrante sonrisa.

El brillo de tus ojos acompaña el gesto, tu semblante tan sincero no puede ocultar la felicidad del momento.

No puedo creer la tersura de tus manos, como la fuerza que a veces contrasta la delicadez de tus movimientos. La ilusión que te hace el verme me maravilla, me llena de vida y de una profunda alegría.

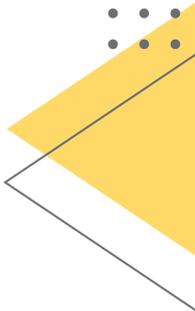
Sé que lo mismo te pasa, aunque no me lo expreses con palabras muchas veces. Sin embargo, tus abrazos lo demuestran sin medida, cuando me arrojas los brazos al cuello, me acaricias la barbilla, o nariz con nariz me devoras con la mirada de esos enormes ojos vivaces.

Sí, hoy la distancia que nos separa se acorta, con el pasar de los minutos se va evanesciendo. Poco a poco te siento, el calor de tu cariño ya casi me envuelve. Estás a la vuelta de la esquina. Oigo tu risa, es la vida misma que me habla y vine a mi encuentro.

Te veo correr hacia mí. Sueltas la mano de tu madre... Te recibo en el más conmovedor y esperado de los abrazos y despeinas mis prolijas canas... Me dices tiernamente: "Abuelo..."



Marina Arevalo - Alumna Taller de Fotografía
Docente: Agustina Sachetti
Centro Cultural Colegiales



María Ximena Sauter
Más allá de mi ventana

Cada mañana el sol sale y calienta suavemente primero, intensamente después, los cristales mi ventana. Desde aquí contemplo muchas cosas. Los árboles de verdes copas frondosas en verano, que tímidamente reverdecen en primavera, para volver a desnudarse en el frío otoñal que va anunciando el invierno.

Veo las aves que, en las ramas de aquellos estoicos señores de madera, se posan y anidan allí justamente, en el Jacarandá de la puerta de mi casa. En las mañanas estos pajaritos piden con un potente piar el alimento a su madre que sale en su busca, aguerrida y determinada.

Los niños que salen de la escuela y pasan riendo y jugando. La vecina de enfrente, levemente encorvada, con sus canas envueltas muy prolijamente en una redecilla y con su antigua bolsa de las compras en mano, va y vuelve siempre a las 10. Los perros que tiran de las correas en el racimo del paseador, ladran y se olfatean.

Don Antonio el diariero, que desde antes del alba ya está desarmando los paquetes de periódicos y acomodándolos en el puesto. Los autos, las motos y las bicicletas vienen y van retumbando entre calle y calle. También jóvenes en patines “rollers” y patinetas pasean los fines de semana. Todo es vida, color y movimiento.

Sin embargo, la vida tiene muchas facetas y también tiene grises y oscuros. Así, a través del ventanal puedo ver a este señor de piel curtida, cabellos grises salpicados de amarillentas canas que, junto con la barba larga, le cubren la mayor parte el rostro. Aun así, logro ver los profundos surcos de sus arrugas, esas que circundan los ojos, ojos que en él son pequeños, lucen brillosos y cargados de melancolía.

No sé su nombre pero sé que es el hijo de alguien y quizás el hermano de alguien, o sea padre o también el esposo de alguna mujer, y me pregunto qué le ha ocurrido para que hoy su única compañía sean la soledad, el frío de la noche, el silencio atronador de no intercambiar palabras y las miradas furtivas y cargadas de prejuicios de los peatones.



De pronto me digo que yo, en el cobijo de mi casa lo miro a través de los cristales y me quedo con estas preguntas sin contestar. Hoy, en la cocina, revuelvo en la olla una sopa succulenta con fideos y un poquito de carne. La pongo en un cazo pequeño, me abrigo y cruzo la calle. Me acerco y recibo una mirada dubitativa. Estiro la mano y le ofrezco la sopa. Lo saludo, me presento y le pregunto su nombre.

Por debajo de la barba se asoma una sutil pero indisimulable sonrisa y al mismo tiempo una lágrima se quiere escapar de sus ojos, estoy segura que es debido a mis palabras más que a la comida. Sé que de alguna forma le acaricia el alma saber que a alguien le importa. Asiente con la cabeza en señal de agradecimiento y con una voz un tanto rasposa, quizás por la falta de uso o por la emoción, me regala un 'Gracias'.

Ahora sé su nombre y un poco de su historia y además tengo un propósito. Voy a hacer lo que esté a mí alcance para que desde mi casa ya no alcance a verlo y que de alguna manera, él también esté arropado detrás de una ventana y pueda ver desde allí los árboles, los pájaros y los otros colores de la vida.





Sandra Meilich - Alumna Taller de Fotografía
Docente: Agustina Sachetti
Centro Cultural Colegiales



185

Noemí Álvarez
Comparsa del Oeste

Solía hacer canciones de tristeza... / ¿Cómo saber qué pena atormentaba su corazón, sus pensamientos, su alma entera? / Y aunque en su rostro siempre estaba dibujada una sonrisa, / era tan falsa y colorada como los rizos que cubrían su cabeza. / No había forma de disimular tanta amargura, / hasta su traje de un brillante satén hacía el esfuerzo, / combinando perfectamente el verde botella de la corbata con el rojo carmesí de la solapa / y aun así dejaba translucir la languidez de su silueta. Pero, de pronto, en un instante surgió la magia, / transformando la tristeza en alegría, / la quietud en movimiento, la soledad en compañía. / Un instante en donde todo su ser como un ave fénix renacía... / saltos, piruetas, contorsiones y todo se volvió algarabía / cuando las notas de la Comparsa del Oeste con su rítmico sonar aparecían.



Noemí Álvarez Cuzquito

Pasaba la mayor parte de su tiempos sentado frente a un televisor inútil, eléctrica compañía hasta que lo vencía el sueño, que sólo interrumpía el agudo ladrido del pequeño y blanco cuzquito lanudo ante los escandalosos maullidos de riñas o amoríos vaya uno a saber, de los gatos sobre el tejado. Ana, la mujer con la que había compartido más de la mitad de su vida, ya no estaba para regañarlo por esa costumbre, para ella insoportable, de hacer zapping hasta quedarse dormido al mismo instante que el control remoto estaba por el piso. Aún conservaba esa manía, pero nada era igual sin ella. Extrañaba su ir y venir por el inmenso caserón desarrollando las tareas hogareñas, en una forma tan metódica y eficiente que hasta podría tildarse de obsesiva. Extrañaba verla cocinar las exquisitas recetas heredadas de su madre italiana. Todo lo hacía bien a su parece. La costura que había aprendido en su adolescencia soñando con llegar, algún día, a ser una modista de “outcosture”. Extrañaba todo de ella. Sus enojos cuando el hacía sonar a todo volumen en el antiguo equipo de música las notas de Aída o Norma, su opera preferida. Hoy solo se acerca a él para sacudir el polvillo que entra por la ventana entreabierta del living con tristeza y melancolía. Ya no salía a librar batalla con las condenadas hormigas que desojaban sus rosales, esos que antaño eran su orgullo, pero ya no importaba, porque a nadie daría con una sonrisa en los labios y los ojos brillando de amor la primera rosa de Abril.

Hoy sus ojos grandes y verdes amanecían enrojecidos como muchas mañanas de todos sus días. Mientras desayunaba recordaba todas sus luchas, el desarraigo al venir de su lejana Italia, la pobreza, las horas en vela noche tras noche trabajando extras para sostener la familia que había formado con Ana. Esa mujer bajita de estatura pero gigante como compañera y de tierno corazón, solo a su lado pudo soportarlo todo, pero hoy lo más insoportable era transitar la vejez en soledad, sin ella.





Ángeles Vidal - Alumna Taller de Fotografía
Docente: Agustina Sachetti
Centro Cultural Colegiales



188

María Ester Álvarez
De afuera y me encarcelaron en mi propio hogar

Ya nada es igual, vino el desconcierto. Un día, la ciudad se puso a dormir una larga siesta.
La prisión llegó de una manera inusitada, los barrotes acudieron de afuera y me encarcelaron en mi propio hogar.
Olvidé por un tiempo que existían los abrazos, los besos, y el silencio comenzó a reinar.
Sensaciones nuevas se apoderaron de mí.
Tuve que ponerme a prueba para sobrellevar la ocasión que la soledad del presidio impone.
Encontrar nuevas maneras de conexión, donde uno es el principal actor, hasta que las celdas vuelvan a abrirse.
Sola en cuarentena, regresé a mí y me enfrenté conmigo.
Hice las pases con el pasado en el laberinto de la memoria, que en cada instante de la vida se aleja.
Tuve una cita con cada rincón de la casa.
Un mundo para adentro empezaba a construir, tratando de entender lo que pasaba.
Hice que saltaran las palabras miedo, dolor y desesperación por otras como esperanza, tranquilidad, vida.
Ahora veo un túnel donde lo malo quiere salida para que vuelva el sonido con el abrazo guardado y te avise que todo es posible cuando tus oídos escuchan una cadente melodía que hace que creas en un nuevo destino buscando los encuentros.





Silvina Casco - Alumna Taller de Fotografía
Docente: Agustina Sachetti
Centro Cultural Colegiales



María Ester Álvarez
Sin prisa

Soy finita en el tiempo voraz del reloj, que me va llevando en su andar.

De pronto, en la soledad del cuarto, donde mi sombra y yo nos fundimos en una, pienso en la que ya no soy y en lo que debo hacer si no quiero ser devorada.

Entonces, me permito elevarme en un viaje pausado, recorriendo mis sentidos.

Para poder mirar con los ojos bien abiertos, para poder oler el aire que respiro, para poder abrazar y no parar de hacerlo, para poder escuchar las palabras que silencio.

Y ahí darme el gusto de saborear el tiempo lejos del ritmo frenético, desacelerando mi marcha entonces, quizá me encuentre ganando la partida, haciendo que el reloj de la vida camine más lento junto a mí.



Silvana Padorno - Alumna Taller de Fotografía
Docente: Agustina Sachetti
Centro Cultural Colegiales



Neli Funes El trigémino

Facultad de Medicina. Examen de Anatomía.

¿Cómo presentarse a un examen sin haber estudiado lo suficiente?...aunque sea para una nota suficiente de aprobación... Se presentó pensando: “que sea lo que Dios quiera”. Y allá fue, luego de un potente desayuno como para ayudarse, y saber que cualquier síntoma gástrico que sintiera no iba a ser porque no había desayunado bien, sino por la angustia de no haber preparado como debía ese examen tan importante... El profesor lo miró profundamente esperando una exposición como las que estaba acostumbrado a escuchar.

El alumno comenzó a hablar sobre los nervios que se encuentran en el cerebro.

—Muy bien, hábleme del trigémino.

Bueno, el trigémino es un nervio del cerebro de los llamados craneales que nace en el tronco del encéfalo y se dirige hacia el cuello.

—¡Ah! ¿Pasa por el cuello? Prosiga, prosiga.

—Bueno, sigue bajando y pasa entre los dos pulmones...

—Ajá...¿y luego?

—Luego sigue descendiendo hacia la cintura, luego la cadera, hasta encontrarse con el muslo, el izquierdo...

—Ah! El izquierdo...

—Sí, sí...ya termino...baja hacia el pie del mismo lado, y...

—No, deje, termino yo.

El profesor se pone de pie, abre la puerta, y a viva voz pregunta: —¿Está el portero por ahí? Por favor que abra la puerta ya que hay un trigémino que va a bajar por las icscaleras!”



Neli Funes
Hola Maestro

Vos, que hubieras querido hablar con Borges, por qué no buscas en ¿El Aleph?, me dijo mi amiga Florencia...

No sé si tenía muchas ganas de encontrarme frente al Aleph, porque quien ve a través de él ya no puede sorprenderse de nada, porque en un instante lo habría visto todo...y no quería perder mi capacidad de asombro... Igual me sedujo la idea de acercarme a él, al Maestro...

Y allí estaba...con su bastón, con sus ojos entrecerrados. Al percibirme me preguntó: “¿Y Ud. quién es, m’ hija?”

Bueno, mire, ehhhh, soy sincera, yo no he leído muchas obras tuyas, pero he quedado admirada por sus tangos y milongas... sobre todo ese que dice “Me acuerdo fue en Balvanera en una noche lejana, que alguien dejó caer el nombre de un tal Jacinto Chiclana...” Cuántos artistas lo cantaron, si Ud. supiera... —¿Quiénes? ¿A ver? Dígame.

—Bueno...Jairo, Edmundo Rivero, Nelly Omar...

— ¡Uf! Nelly Omar...la peronista...Justo!

—Sí, la que cantaba “La descamisada”.

—¡Bueno,pare! pare! El Aleph está para cosas más importantes, no para lo popular!

—Bueno maestro...también lo escuché recitar...

—Qué cosa?

—Vio que lo iba a sorprender? “La milonga de los hermanos” por ejemplo, y también “Jacinto Chiclana” cuando dice: “Sres., yo estoy cantando lo que se cifra en el nombre...”

—Oiga! ¿Ud. se está burlando de mí?

—Jamás Maestro! Nunca podría... Ya me hizo conocer el Aleph, esa obra artística que tanto me intrigaba. Ahora sí puedo transitar por la vida con la alegría de haber entrado en su mundo por un instante Maestro...Maestro? Dónde está?... no se vaya, recitemos juntos...no se vaya por favor!...



194

Vicente Noce
Amor en tiempos de cuarentena

Un simulacro de viento hizo realidad esa eterna fantasía de amarse y compartir la vida.

Juntos fueron dejando sus huellas. En el andar se hace camino y lo transitaron con sus manos solidarias extendidas para aliviar al que sufre y dar ánimo al amigo.

Sembraron y cosecharon frutos. Ha transcurrido casi medio siglo y se los ve balconeoando entre macetas y flores, aplaudiendo y conociendo a sus vecinos.

Hoy, en plena cuarentena, tienen vigente que el roce de sus cuerpos en el tiempo sigue siendo una fiesta y que cada noche es noche de bodas.

Se despiertan y renuevan cada amanecer observando el sol que entra por sus ventanas.

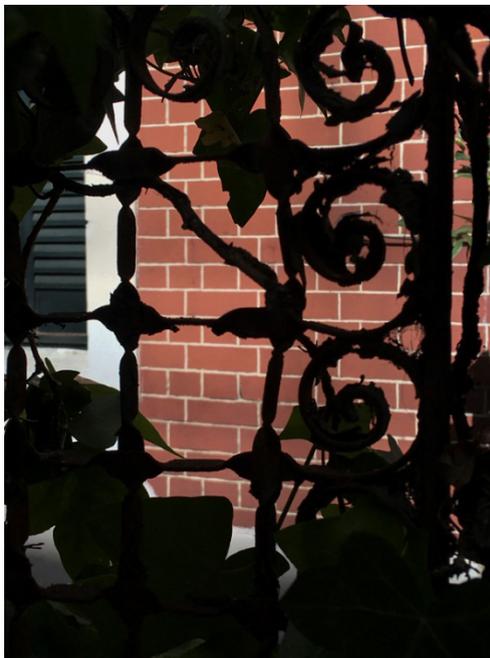
El domingo sacan sus mejores pilchas.

Saben que es día de precepto y de pandemia, pero nadie les impide celebrar la eucaristía. Ella prepara un manjar para el almuerzo, él tiende el mejor mantel sobre la mesa y pone las copas de vino.

Luego levantando el Malbec, se miran a los ojos, brindan y dan gracias por tantas dichas recibidas.

Los personajes son ficticios, cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.





Silvina Casco - Alumna Taller de Fotografía
Docente: Agustina Sachetti
Centro Cultural Colegiales



Silvia Inés Gonzalo
Proyecto amor eterno

Sentado sobre la tierra, al pie de un árbol añoso, de frente al río que corre barranca abajo, el dramaturgo tomó sus apuntes.

El paisaje bucólico no acalló sus demonios internos. Venía de atravesar períodos oscuros. Cuando el sol acarició su piel, sintió un impulso de vida y decidió dar rienda suelta a su creatividad, vio la posibilidad de volcar en la obra sus búsquedas y reflexiones.

Escribió. Prácticamente pintó escenas con palabras. La brisa que venía de la ribera, lo animó a no detenerse, se sentía uno con la naturaleza, quería fundirse con ella y con toda la existencia, revolcarse en el polvo, penetrar la tierra, florecer, fructificar.

Po fin el texto estuvo listo, se sintió reflejado.

Acomodó los papeles, cerró la casa de verano, tomó unas pocas pertenencias, se dirigió a la estación de autobuses y a las pocas horas estaba en Buenos Aires.

Sin demorarse, visitó a su amigo director.

Compartían la misma pasión por el teatro, la misma insatisfacción, la misma percepción de que la vida estaba desbocada y de que el amor es una añoranza permanente que mueve por igual, tanto a lo sublime como a lo perverso.

El amigo devoró la obra y de inmediato convocó a los actores, escenógrafos, vestuaristas y entre todos, con cuerpos trabajados, ágiles, osados, expresivos, armaron las escenas sin palabras, confiando en que los nervios, los músculos, los gestos, las tensiones, expresarían la magnitud de los sentimientos, el odio, la violencia, el amor, la entrega, el placer.

Cuando el autor fue invitado a ver el último ensayo, se sintió conmovido, asombrado.

Con los ojos mojados por las lágrimas, exclamó en su fuero íntimo:

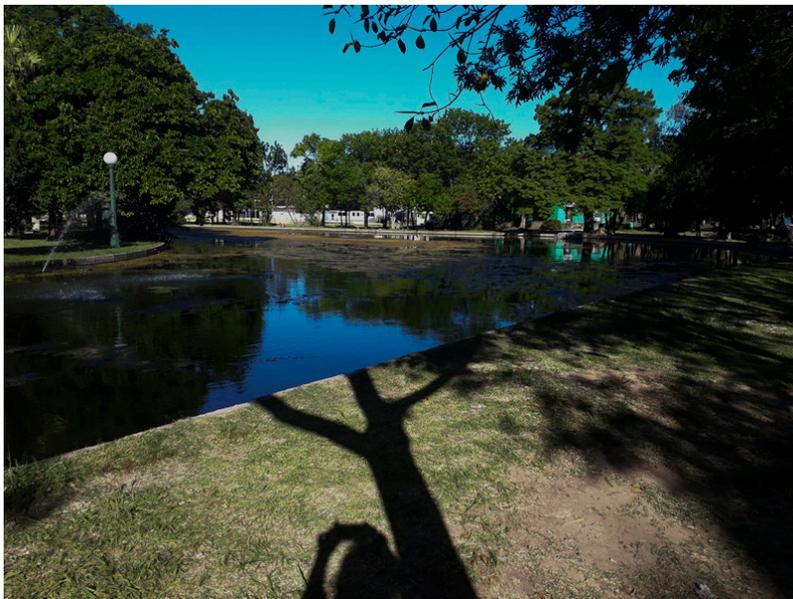
—Esta obra es carne de mi carne. Entre ellos y yo formamos un nosotros pleno de interrogantes, de angustias, de alegrías. ¿Será, acaso, este nosotros, el soporte de la vida?

Cuando por fin reaccionó, aplaudió, aplaudió de pie hasta ag-

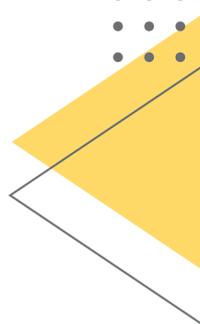


otarse, mientras el elenco entero lo envolvía con sus vítores y palmadas de reconocimiento.





**María Inés Quiroga - Alumna Taller de Fotografía
Docente: Agustina Sachetti
Centro Cultural Colegiales**



Marta García Fraga
El aplauso

Tanta gente escuchando y luego aplaudiendo y todo mi ser disfrutando ese instante, en que mi imaginación vuela, como una gaviota, que vuela, vuela y no se detiene y mi corazón agitado de felicidad, pero es solo un instante, luego la realidad que me hiera profundamente, por no haber llegado a la meta, y que es una paradoja, que mi espíritu no termina de entender; y esa ventana misteriosa, que refleja el sueño no cumplido, me hiera una y otra vez, invadiendo mis pupilas acusándome del fracaso y el adiós a mis sueños incumplidos. ¿Es la ventana? ¿O soy yo? ¿O es el final de mis caminos oníricos? ¿O me persiguen por las sendas arcanas?





Silvina Casco - Alumna Taller de Fotografía
Docente: Agustina Sachetti
Centro Cultural Colegiales



201

Marta García Fraga
El paraíso

¿Ella se desnuda en el paraíso? ¿Detrás del bosque encantado de su imaginación? Esos fueron quizás, algunos caminos que en sus ensueños vagaron en sus soledades interminables.

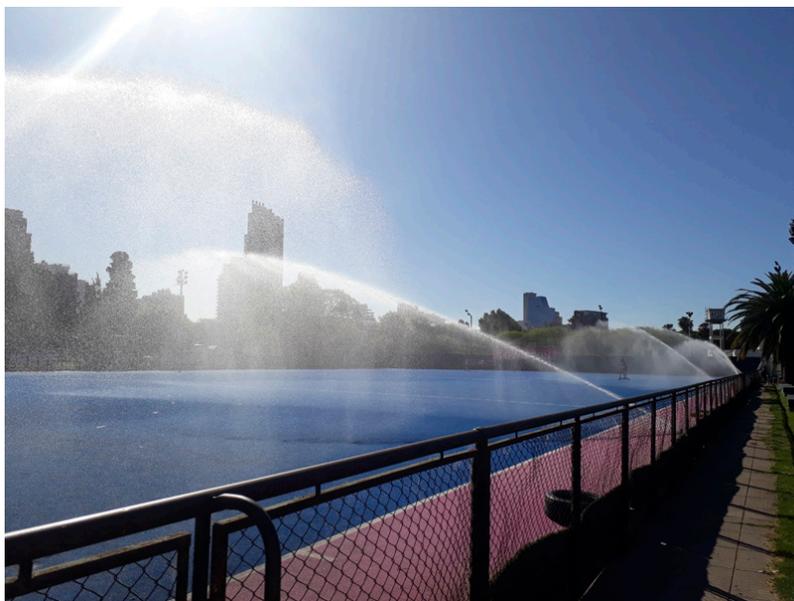
Quiso andar los caminos para llegar hasta el bosque, pero se detuvo y se perdió por los senderos arcanos una a una sin llegar al bosque encantado, solo lontano, lontano 1veía las luces en la cima de cada árbol sin llegar, solo las luces, estaba segura que ahí tendría la respuesta del enigma.

Camino, tomo senderos alternativos, algunos eran largos, otros se cruzaban, solo eran rémoras. ¿Comenzar otro camino distinto? ¿Era real o vivía una fantasía?

Dentro de esa burbuja que flotaba en el aire estaba la respuesta, estaba ahí nomás.

Quizás llegaría a ese bosque encantado, cuando encontrara el verdadero camino de su pasado. ¿Existió?





María Inés Quiroga - Alumna Taller de Fotografía
Docente: Agustina Sachetti
Centro Cultural Colegiales





Homenajes

¡Siempre presentes!

Graciela Pavlotsky Memoria

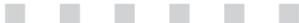
Ellos se llevaron hasta el último papel. No dejaron absolutamente nada. Los vi alejarse en silencio, uno cerca del otro. Creo que ni siquiera levantaron la vista para mirarme. Se habían llevado todo lo que pudiera hacerme recordar a mi padre. Hasta la fotografía en la que aún era un chico de pantalón corto.

Me quedé sola en la habitación vacía, despojada del calor de los recuerdos, de los pequeños objetos que habían registrado las huellas de sus manos y las marcas del uso. Poco a poco fui resbalando, dejé caer mi cuerpo al suelo hasta afirmar la espalda contra la pared y no pude llorar. Porque tu ausencia era tan grande que no quise añadir más ausencia a la memoria, porque para mí seguías acompañándome en una dimensión distinta desde la cual yo podía entender tus gestos y tus caladas palabras. Sí. No estaba sola. Había tanto de vos entre esas paredes, tanto de los dos compartiendo el tiempo, el de los relojes y el nuestro, que hubiera sido difícil borrarlo todo por querer llevarse hasta el último papel en la creencia de no dejar absolutamente nada.

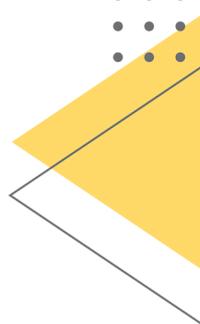
Igual seguías allí. Estaba tu olor y yo lo respiraba como también apretaba en la mano una de las cartas que me habías escrito.

Palpitaba en mi mano el sobre azul y la letra que quería escapar del papel para trepar a la garganta y gritarme otra vez tu amor y el lazo indestructible de una unión sin ataduras.

Había conseguido preservar la intimidad encerrada en el sobre. Ellos no supieron de la carta, ni siquiera sospecharon. No hubieran sido capaces de entenderla así como tampoco comprenderían que pese a todos sus esfuerzos nunca podrían destruir mi memoria.



Jacinto Manso - Jacinto Manso
Alumna Taller de Fotografía
Docente: Agustina Sachetti
Centro Cultural Colegiales



Amanda Aguerriberry
Carta a mi hija

Cuando conocí a tu padre, no imaginé que él sería el hombre de mi vida.

Estuvimos varios años de novios debido a que tu papá, debía finalizar su carrera universitaria.

Éramos jóvenes, llenos de sueños y proyectos, dispuestos a vivir y gozar de la vida a pleno.

Ambos queríamos tomarnos nuestro tiempo sin prisa, para casarnos cuando cumpliéramos con todas las metas soñadas.

Así llegó el día en que unimos nuestras vidas para siempre.

Fuimos muy felices, nuestras almas se proyectaron en total comunión.

Un día tibio y luminoso, donde la brisa se paseaba susurrando, llegaste con ternura a inundar de amor nuestras vidas. Con tu pícara sonrisa y tus manitas suaves lograste tomar la mano de tu padre e inmediatamente lo convertiste en tu esclavo. A partir de ese momento él vivió pendiente de su pequeña. Veló por las noches en que tu llanto nos inquietaba por alguna dolencia. Te arropó, te mimó, te acunó con tanta dulzura... así juntos te vimos crecer sana y alegre.

El tiempo escapaba de nuestras manos; cuando nos dimos cuenta ya eras una chiquilla de ojos muy profundos y mirada clara. Tu padre solía decir que de ellos brotaban chispitas de dulzura y ¡Cuánta razón tenía!

Cuando comenzaste el Colegio, fue para nosotros un nuevo comenzar. ¡Temíamos que no te adaptaras, eras tan pequeña! Y nosotros... ¡tan inexpertos!

Descubrimos que tenías una gran personalidad y rápidamente te fuiste amoldando a las enseñanzas y juegos con tus nuevos compañeritos. Conociste a Laurita y Sofía. Eran tres niñas en total armonía en todos los aspectos de sus cortas vidas.

¡Hija! Cada día vivido a tu lado, fue una página escrita en el libro de la vida.

Al cumplir los quince años te convertiste en una pequeña mujercita. Con cuanta felicidad disfrutaste de tu fiesta organizada junto a tu padre. Con que alegría te vimos departiendo y riendo junto a tus amigos. Esa noche, al mirarnos con tu



padre, descubrimos lágrimas de emoción que rodaban incontenibles por nuestras mejillas. ¡Qué orgullosos estábamos! Dimos gracias a Dios por regalarnos la plenitud del goce en familia.

Junto a Laura y Sofía finalizaste los estudios secundarios y se inscribieron en la Universidad. Nosotros seguíamos aprendiendo y sumando experiencias de padres a tu lado. ¡Teníamos tanto para agradecerte!

Nuestras vidas, nuestro hogar, nuestros sueños, todo giraba en torno a tu persona. Nada nos parecía imposible, superábamos los obstáculos con firmeza y sobre todo con mucho amor. Recuerdo con dolor el día que enfermaste y cuanto hicimos para que te recuperaras. Recurrimos a todos y a todo lo que se nos presentaba para que sanes. Nunca bajamos los brazos. Debí soportar además la tristeza de tu padre, ese hombre maravilloso, que de golpe había envejecido de pena. Mientras tanto la vida continuaba.

Un día, nos reuniste en tu lecho de enferma y mirándonos a los ojos dijiste: --Gracias! ¡Los amo tanto! Pero quiero partir, por favor papá no me detengas. Mami, no llores.

A cada lado de tu cama, ambos tomamos tus manos y volviste a decir -Gracias... - Luego como en un sueño cerraste tus cálidos ojos para siempre dejándonos el corazón desgarrado. ¡Tenía tanto miedo! rabia, dolor. Traté de gritar y mi boca no emitió sonido alguno. Me faltaba el aire, quedé sin aliento, no podía respirar. En mi cabeza sonaba y resonaba ¿Por qué?

Pregunta que volví a repetirme meses después cuando encontré a tu padre en la habitación postrado de rodillas frente a tu cama con un ataque cardíaco del que nunca se recuperó. No podía entender que la muerte es un cambio, nunca supe que era la muerte. Solo sé que están los dos juntos cuidándose.

Hijita: Contigo he vivido, he sufrido y he muerto mil veces. Contigo aprendí a vivir en compañía y es por eso que ahora aprendo a vivir en soledad. Estar sola no significa huir de la realidad, es el medio para llegar a encontrarme a mí misma.

En soledad conocí la risa y el llanto, el murmullo y el silencio. Dentro de mi confusión comprendí que no se trata de morir, sino de seguir viviendo más allá de la misma muerte. Tu fuerza me abraza, así descubrí la presencia de Dios y en el silencio encontré su Palabra.



Ya no busco respuestas a mis preguntas porque éstas están en mi interior.

La resignación es una nueva conciencia que me permite seguir.

Sé que todo lo que me dejaste es la fuerza que me levanta cada día llevando todo mi ser hacia Dios mismo.

No dejaré que el agobio o las heridas me impidan llegar a verte una vez más.

Vivo el hoy para encontrar la paz necesaria y así poder aprender a partir de este mundo con la sensación de que he cumplido con la tarea de mi existencia. El dolor no se aleja de mí, quizá vos no sepas lo irreparable y triste que fue tu partida.

Hoy, he dejado en mi vida construido un largo camino, tal vez alguien pueda transitarlo. Me conformo con haber sido útil aquí en este mundo.

Este fue el motivo por el cual decidí escribirte esta carta.

Recostada en penumbras en tu sillón preferido, cierro mis ojos y te veo llegar desde muy lejos envuelta en nubes de humo, con tus cabellos flotando al viento y en tu rostro reflejada la más maravillosa de las sonrisas.

—Aquí....aquí estoy hijita....



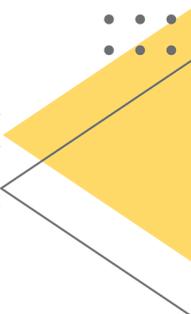


Ángeles Vidal - Alumna Taller de Fotografía
Docente: Agustina Sachetti
Centro Cultural Colegiales

Nélida Zala Bacskay
Mi mano Izquierda

Es doloroso para mí volver a revivir la etapa de mi infancia, sobre todo en evocar sin que se me estruje el corazón, mi primer día de clases en aquella escuela del Barrio de Barracas. Quizás deba detenerme un instante en esbozar como se configuraba mi familia en ese entonces cuando yo aún no había cumplido los siete años. Mis padres eran muy jóvenes y trabajaban juntos en una confitería que estaba casi pegada al cine Social de la calle Montes de Oca. Entrar por primera vez allí fue desde ese momento y hasta hoy tomar contacto con la magia, igualito, creo, como le pasó a Alicia, al entrar en el mundo de las Maravillas. El cine era como un apéndice de mi propia casa, entraba y salía cuando lo deseaba. Lo frecuenté desde los cuatro años. Nadie me detenía porque era “la nena” de....Supongo que mi papá tenía alguna clase de participación con la sala de espectáculos. Cuando volvía a la casa, buscaba siempre un lugar donde estar sola y jugar con lo que encontrase. Yo era el Hada que transformaba en soldados a las botellitas de gaseosa y en carruajes de lujo a las cajas vacías de “Bay Biscuit”.

Solita y sola podía bailar y cantar y ser feliz en mi mundo donde la imaginación fluía inagotable. Hasta que un día se derrumbó mi mundo de fantasías y tomé contacto con el mundo real. Jamás lo olvidé, por el contrario, lo recuerdo en cada gesto que despliegan mis manos adultas. Esa tarde mi madre por primera vez me puso un delantal blanco, aclarándome que desde ese día empezaría a ir a la escuela donde me enseñarían a leer y a escribir y además podría enseñarle a la maestra los dibujitos que ya sabía hacer desde que era chiquitita. Confiada me dejé guiar por la señorita de blanco. Me sentó junto a otra nena. Miré a mí alrededor con mi timidez en puntas de pie. ¡Cuántas había cerca de mí y atrás y adelante! Era como un cine pero con luz y la pantalla era gigantesca pero de color negro. Allí con tiza blanca, la señorita maestra, dibujó unos fosforitos que nosotras debíamos copiar. Me parecieron fáciles y casi enseguida los copié y verifiqué Me alegró el juego, y con entusiasmo me apresuré





a continuar en el renglón siguiente. Una sombra se interpuso entre mi lápiz y el papel. Alcé la vista y mi esbozo de sonrisa se coaguló en mi boca. Ella sacudió mi brazo. El lápiz cayó de mi mano y se escondió lleno de susto tras la pata de algún banco cercano. “se escribe con la mano derecha, y hasta que aprendas mantendrás tu brazo en la espalda”. (Dijo en voz bien alta para que su autoridad quede ratificada sin lugar a dudas). Alguien con risa contenida me alcanzó el lápiz que apenas pude mantener entre mis dedos temblorosos que no sabían contenerlo. La hoja rayada que hasta hacía unos instantes exhibía los fosforitos erguidos como soldados fieles a su reina, se habían transformado en un manchón borroso arrasado por un aluvión de lágrimas incontenibles...

Ese episodio trastornó mi vida... Odié las clases de geometría porque mi mano no podía trazar una línea recta y mucho menos una circunferencia. La profesora de labores no podía explicarse porque mi festón era tan torcido y además porque para hacerlo yo daba vuelta la tela y la pasaba a la otra mano. Aún más complicada era la clase de dibujos ya que inexplicablemente en su transcurso de algo me enfermaba; y que decir de mis mapas que sobresalían por verse poco prolijos en los lineamientos del dibujo y también en lo ilegible de las letras. Pero entre tanto infortunio en lo casi artístico y manual resurgía otra luz, la más poderosa, la más mágica, la de las palabras...Y con ellas digo como el poeta: “Yo tomo la palabra y la recorro como si fuera sólo forma humana, me embelesan sus líneas y navego en cada resonancia del idioma: pronuncio y soy porque dan vida a la vida las palabras”.





Jacinto Manso - Alumno Taller de Fotografía
Docente: Agustina Sachetti
Centro Cultural Colegiales



Índice

18. La persistencia de los objetos, Carlos A. Quevedo
20. “El día que conocí a Julio Cortázar”, Adrián Darío Arévalo
22. El escultor, Adrián Darío Arévalo
25. Más que una compañera/o, Ana Olaechea
27. Reencuentro con la luz, Ana Olaechea
28. Adiós amiga, María Beatriz Tellería
30. Amor sin miedo, María Beatriz Tellería
32. Aquí me quedo, Diego Lanis
33. Conjunto, Diego Lanis
35. El resto de la vida, Daniel Cuberos
38. El garca, Daniel Cuberos
40. Esa Noche, Elvira Klärlich
42. Llegó ese día, Elvira Klärlich
43. Un escenario vacío, Esther Spadaro
45. Reencuentro, Felisa Jakubowicz
46. Retazos de infancia, Felisa Jakubowicz
48. El espejo de Benito, Manuela Guruciaga
50. Ella baila, Manuela Guruciaga
53. Muestra de arte, María Aida Di Marco
55. Palabras para Alejandra, María Aida Di Marco
56. El valiente, Gabriel López Siboldi
57. Indefenso, Gabriel López Siboldi
58. Danza, Adriana Elena Buhler
59. Reciclando, Adriana Elena Buhler
61. La gota, Alba Pozo
62. La terraza de los recuerdos, Ana Coccolo
64. Descubrí en sus manos las huellas de las mías, Lucila Gallino
66. La sorpresa, Marina Estévez
68. Una cena muy especial, Marina Estévez
69. Diálogo en sueños con Liliana Heker, Susana Curia
70. El ciclo vital, Héctor Gregores
71. Sensaciones encontradas, Héctor Gregores
72. El hombre gris, Beatriz Silvia Bonfanti de Valls
73. Juegos preferidos, Beatriz Silvia Bonfanti de Valls
74. Sola, solita y sola, Beatriz Silvia Bonfanti de Valls
75. Historia donde un reloj divide la vida de dos personas,
Andrea Rodríguez
77. Con sencillez y pasión, Andrea Rodríguez
78. Género y perspectiva, Ivon Steiner
81. Lejana cercanía, Ivon Steiner
84. La foto de papel, Lia Derincovsky
85. La casa, Beatriz Ordiz

86. El señor Alzheimer llama a tu puerta, Beatriz Ordiz
87. "LA" Casa, Claudia Beltramini
89. Después de las Fiestas..., Dante Donolo
90. Caligrama, Dante Donolo
91. El baile, Isabel Lago
92. Misteriosa aparición, Isabel Lago
94. Final inesperado, Ethel Milic
96. Pacto de honor, Ethel Milic
97. Extraños días nos están conmoviendo, Jorge Luis Bonelli
100. Rozándose en el aire como pájaros ciegos, Jorge Luis Bonelli
102. Amanece y no estás, Julieta Troncone
103. Primer acto, Julieta Troncone
105. Gozo, Liliana Moscardi
106. Engaño, Liliana Moscardi
109. El brillo en la ventana, Marcelo Sangregorio
111. La noche, Marcelo Sangregorio
113. Soy el instante que se proyecta más allá del tirano tic-tac de los relojes, Margarita Keleydian
115. Historia donde las palabras imaginan más de lo expresado, Margarita Keleydian
116. Al final, María Teresa Sosa
118. Pequeña reflexión sobre la Patria, María Teresa Sosa
120. La Ventana de Arriba, María Cristina Díaz
122. Las cenizas de la tristeza, María Cristina Díaz
124. La ausencia, María Cristina Fernández
126. La búsqueda, María Cristina Fernández
128. Son tus sueños..., Perla Masurski
130. La casa en penumbras, Perla Masurski
132. La lluvia y su música, María de las Mercedes Retrivi
134. Quiero bailar, María de las Mercedes Retrivi
136. En la penumbra de mi habitación, Ricardo Pablo Müller
138. Juego de niños, Ricardo Pablo Müller
140. El juicio a Emma Zunz, Silvia Durruty
143. Ella, Raquel Olimpia López
145. El patio, Raquel Olimpia López
147. Algo, Mariel Lienard
149. Otro mundo más allá de las sábanas, Mirta Deganello
151. Palabras y acciones, Mirta Deganello
153. La danza de las Sombras, María Cristina Merino
155. No estamos solos, María Cristina Merino
159. Falta envidia y truco, María de los Ángeles Giganti
161. Ausencia, María de los Ángeles Giganti
163. Crónicas urbanas - Contramentaria - Miguel Ángel Young
166. Incierta realidad, Miguel Ángel Young
168. El sueño, Rosa Batavia
170. Entrega, Rosa Batavia

172. Me perdí en una parte de mi cuerpo, María Teresa Liberati
174. Alejandra, María Teresa Liberati
176. El atardecer, María Delia Riggi
178. La playa, María Delia Riggi
180. El encuentro, María Ximena Sauter
182. Más allá de mi ventana, María Ximena Sauter
185. Comparsa del Oeste, Noemí Álvarez
186. Cuzquito, Noemí Álvarez
188. De afuera y me encarcelaron en mi propio hogar,
María Ester Álvarez
190. Sin prisa, María Ester Álvarez
192. El trigémimo, Neli Funes
193. Hola Maestro, Neli Funes
194. Amor en tiempos de cuarentena, Vicente Noce
196. Proyecto amor eterno, Silvia Inés Gonzalo
199. El aplauso, Marta García Fraga
201. El paraíso, Marta García Fraga
204. Memoria, Graciela Pavlotsky
206. Carta a mi hija, Amanda Aguerriberry
210. Mi mano izquierda, Nélica Zala Bacskay